



OLIVER

EMMA MADDEN

TERCER LIBRO DE LA
SERIE AUSTRALIA

OLIVER

Tercer libro de la Serie Australia

EMMA MADDEN

—¡Vamos, Sean!, corre...

Agarró a su sobrino en brazos y corrió con él hasta el final del jardín para marcar un Try. El pequeñajo, que solo tenía un año y medio, no soltó el balón hasta llegar a la línea de goal, tal como le había enseñado, y se tiró con él sobre el césped muerto de la risa.

—¡Sean Campbell marca cinco puntos, señores! ¡Bravo! ¡Campbell!, ¡Campbell!

—¿Qué hacéis? —Sophie se les acercó entornando los ojos y el niño, al ver a su madre, corrió hacia ella para abrazarse a sus piernas—. ¿Qué haces con el tío Oliver, cariño?

—Estamos aprendiendo a jugar al rugby, ¿verdad, Sean? El balón que le he traído es perfecto.

—Es muy bonito —inspeccionó el balón pequeño y blandito que le habían hecho por encargo y luego miró a su hijo—. Qué suerte tienes de que el tío te enseñe a jugar al rugby, mi vida, pero ahora vamos a entrar a comer, ¿quieres?

—¡No!

—Sí, sí, campeón, para jugar al rugby hay que comer mucho y bien, así que, a comer con mamá, luego seguimos jugando. ¿De acuerdo? —Le revolvió el pelo rubio y él asintió—. Genial.

—Nosotros comemos en media hora, Oliver ¿Te apetece tomar algo mientras tanto? Tengo croquetas, tortilla de patatas, jamón serrano...

—Quiero de todo, eres la mejor, Sophie... espera... —se detuvo al sentir vibrar el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros y le hizo un gesto para que entrara en la casa—. Tengo que contestar, ahora voy.

—Vale... vamos, mi vida, ¿tienes hambre?

—Hola —Respondió siguiéndolos con los ojos y su amiga Tricia, que además de amiga era su jefa de prensa y su asistente personal, lo saludó en su tono habitual.

—Hola, macho, ¿dónde te metes?

—Estoy en Piper Point, en casa de mi hermano William para comer una paella en familia.

—¿Casera?

—Por supuesto, es una de las especialidades de mi cuñada, que es medio española, ¿recuerdas?

—¿Estáis todos?

—Si te refieres a los tres hermanos, sí. Sashi está como nueva y ha venido con el bebé y con Alex, también con mi sobrino Jackson, que ha llegado de Escocia para conocer a su hermanito, aunque se vuelve en seguida a Edimburgo. ¿Tú qué te cuentas?

—¿Cuándo nació el bebé de Sashi?

—Hace un mes, dio a luz en cuatro horas y ahora está igual que antes. Un milagro de la naturaleza.

—Qué envidia, dicen que eso es genético.

—Eso dice mi madre, pero no tengo ni idea. En fin, ¿qué necesitas?, no puedo entretenerme.

—Isabella vuelve a Sydney.

—... —Guardó silencio y al no recibir respuesta Tricia siguió hablando.

—Ha dejado su trabajo en Wellington y pasará unos días aquí porque se marcha a vivir con su novio a Inglaterra, la buena noticia es que ha suspendido la boda.

—Madre mía —Respiró hondo pasándose la mano por la cara, porque llevaba muchas semanas intentando pasar de su ex y de su nuevo novio, y tragó saliva.

—Sé que quieres olvidarla, pero también sé que te mueres de ganas por tener noticias tuyas. Te conozco demasiado bien, Oli.

—En serio, no puedo seguir hablando, me están esperando para comer.

—Creo que esto necesitabas saberlo. Adiós y pórtate bien, capullo.

Colgó, arrepintiéndose de inmediato de haber cogido el teléfono a Tricia, que era amiga suya desde el instituto, una tía leal y muy divertida, aunque en lo referente a Bella solía sacarlo bastante de quicio, y pensó en ella, en Bella, en Isabella Howard, su novia de siempre, la mujer de su vida, esa que lo había dejado después de años de rupturas, dramas y reconciliaciones, y un agujero en el centro del estómago lo paralizó. Respiró hondo intentando calmarse, levantó la cabeza y se encontró de frente con su hermano Alex, que salía a buscarlo con un botellín de cerveza en la mano.

—Tío, dijimos que nada de móviles.

—Sí, lo siento, pero era importante, ahora lo apago. Gracias —cogió la cerveza y caminó hacia la casa tratando de espantar el desconcierto—. ¿Qué tal el peque?

—Durmiendo, gracias a Dios, ha tomado el pecho y se ha quedado frito, pero a saber. Duerme fatal.

—Bueno, es lo habitual, ¿no?, es un recién nacido.

—Hay otros más tranquilos, a este le gusta la juerga. ¿Estás bien? —Lo detuvo antes de entrar en la casa y buscó sus ojos.

—Sí, ¿por qué?

—Hace media hora estabas fenomenal y ahora te has venido abajo. ¿Quién te ha llamado?, ¿qué te ha dicho?, ¿hay algún problema?

—Isabella vuelve a Sydney.

—¿Y?

—Ha dejado su trabajo y se marcha a vivir con su novio a Inglaterra.

—¿Te ha llamado ella?

—No, me ha llamado Tricia, ya sabes que nos conoce a los dos.

—Vale, pero creí que ese tema estaba zanjado y que tú...

—Sí, hermano, no te preocupes, no pasa nada. Ha sido el shock inicial, pero estoy bien. Vamos a comer, me muerdo de ganas de probar esa paella.

1

—¿Sigues a gusto en los Sydney Roosters, Oliver?, las malas lenguas aseguran que tienes ofertas para marcharte a jugar al Reino Unido. ¿Es eso cierto?

—Sí, siempre hay ofertas, pero no es mi intención mudarme a vivir al Reino Unido, no soportaría el clima.

Bromeó, guiñándole un ojo a esa chica tan guapa, la periodista de *Men's Health Australia*, que le estaba haciendo una entrevista mientras un fotógrafo, dos asistentes, un productor, un estilista, una peluquera, una maquilladora, su representante, su jefa de prensa, su madre y dos personas que no tenía ni idea de quienes eran, los observaban atentos, y suspiró.

—Me han contado que tienes familia en Escocia, eso podría facilitar las cosas ¿no?

—Todos los australianos tenemos familia en alguna parte.

—Ya, pero igual te apetece estrechar lazos con tu familia paterna.

—¡*Stop!* —Soltó Tricia muy seria y miró a la periodista desde su metro ochenta de estatura haciéndola parpadear asustada—. Nada de temas personales, Lucy, y mucho menos en esa línea, en el contrato había quedado claro. ¿Necesitas que te lo enseñe?

—¿Qué tiene de malo hablar de su familia paterna?

—No habla de su vida personal.

—No le estoy preguntando quién es su novia o si piensa casarse este año, le estoy preguntando por su familia escocesa, la Wikipedia dice...

—Genial, ¿documentas las entrevistas en la Wikipedia?, qué profesional.

—No te pases, Tricia, le estamos haciendo un reportaje fotográfico espectacular, hemos hecho todo lo que no habéis pedido, solo necesito que me conteste a temas que vayan más allá del rugby o de su rutina de ejercicios, ¿sabes?

—Y yo te repito que no vayas por ese camino o esto se acaba aquí...

—Basta —levantó la mano para aplacar a Tricia, que solo estaba defendiendo su filosofía con respecto a la prensa, pero que se estaba pasando cuatro pueblos, y le sonrió—. Está bien, no pasa nada, le contestaré a Lucy un par de cosas personales para que complete su reportaje.

—Tú mismo —Bufó ella, se dio la vuelta y desapareció cabreada.

—Gracias. Lucy —miró a la periodista y le sonrió—. Supongo que ya sabes que conozco desde hace poco a mi familia paterna. Es verdad que tengo tíos y primos en Edimburgo, y son encantadores, pero no pienso mudarme a jugar a Escocia, ni a ningún otro equipo del Reino Unido o de Europa, me quedo en los Sydney Roosters hasta que me quieran aquí.

—¿Es cierto que tienes dos hermanos en Australia?

—Dos hermanos, dos cuñadas y tres sobrinos. Todas personas anónimas a las que quiero, con las que paso mucho tiempo y de las que no voy a dar más detalles para respetar su intimidad.

—¿Por qué ahora usas el apellido Campbell?, durante años solo fuiste Oliver Watson, es...

—Mi apellido es compuesto, me llamo Watson-Campbell desde siempre, mis padres lo decidieron así, sin embargo, cuando entré a jugar en la liga profesional me empezaron a llamar solo Watson y ahora, desde hace un tiempo, la prensa usa el apellido completo. No es algo que yo decida o imponga o...

—¿No es un homenaje a tu padre que salió a la luz tras años de permanecer en el anonimato?

—Acabo de decir que no es algo que yo haya decidido o haya impuesto —Respondió un poco áspero y ella sonrió.

—Es muy curioso que muestres tanto celo en lo referente a tu entorno familiar paterno, porque siempre has sido muy abierto con tus fans, con la prensa...

—Bueno, hay cosas que son sagradas y me gusta respetarlas.

—Acabas de cumplir treinta y dos años, ¿has pensado en sentar la cabeza?, ¿casarte y ser padre?

—Me encantaría ser padre, no sé si llegaré a casarme, pero espero, algún día, formar una gran familia.

—¿Qué buscas en una mujer?

—No sé, aún no lo tengo claro —Volvió a bromear para quitar hierro a la situación, y miró a su madre, que observaba la escena con el ceño fruncido.

—¿Qué opinas de ser uno de los hombres más deseados del país y el australiano más deseado del mundo?

—¿Quién dice eso?

—Una encuesta de nuestra revista y de otros medios de comunicación.

—¿En serio?

—¿No te condiciona tu aspecto físico?, obviamente eres muy atractivo, no puedes negar el efecto que produces en las demás personas.

—No sé de qué me hablas.

—¿Te molestan este tipo de comentarios?

—Yo juego al rugby, soy deportista, todo lo demás que se diga sobre mí o sobre mi aspecto físico me trae sin cuidado. Es una idiotez.

—Aún así tus colaboraciones como modelo o imagen publicitaria de muchas marcas se multiplican cada año.

—Solo es trabajo.

—Ok —asintió ella resignada a no sacarle nada más y le indicó la playa—. Vamos a hacer fotos en la arena y en el mar con la tabla de surf. Háblame de tu afición por el surf, cuándo empezaste a practicarlo, cuánto tiempo le dedicas, etc. ¿Te parece?

—Muy bien.

Se puso de pie y se sacó el albornoz para salir a la playa y terminar con el dichoso posado

para *Men's Health Australia*, una revista con la que colaboraba desde hacía años, pero que cada vez lo convencía menos, porque enseñar tanta carne, aunque fuera en una publicación masculina dedicada a la vida sana y a los deportes, en realidad, era una soberana estupidez.

Miró a su madre, que obviamente seguía disgustada por las preguntas de la periodista, porque ella no llevaba nada bien que se hablara de su padre biológico, un hombre con el que nunca se había casado y que había mantenido en secreto durante casi treinta años, y se le acercó para darle un beso en la frente.

—Relax, Lizzy, lo he capeado bastante bien. No te enfades.

—Es que me parece insólito, pero no pienso amargarme el día, tranquilo. Ahora que te hagan unas buenas fotos y todos en paz.

—Vale... ¿te marchas?

—Sí, voy a casa de Sashi y Alex para quedarme con el bebé un par de horas, ella tiene médico y yoga, él está de viaje, y me he ofrecido como abuela sustituta.

—Me parece perfecto, adiós.

—Adiós, cariño.

Se acercó para darle un par de besos y luego se alejó de él despidiéndose de todo el mundo con la mano, dejando en el aire ese aroma a rosas que siempre la acompañaba.

Liz Watson era así, mágica, una mujer preciosa, ex Miss Australia, una de las modelos más famosas de su país en su juventud, y su madre. Una persona estupenda, cariñosa, independiente y adorable, una madre moderna y liberal que lo había criado prácticamente sola, porque lo había tenido a los veintiocho años, en la cúspide de su carrera, con un hombre casado que nunca había querido hacer pública su relación, mucho menos la existencia de un hijo en común, lo que había propiciado que jamás reconociera públicamente quién era el padre de su hijo.

Ella había sido, y seguía siendo, muy conocida en Australia, la acosaba la prensa, el público y los fans, sin embargo, había conseguido mantener en secreto la identidad de su padre biológico durante décadas, había cerrado herméticamente su vida familiar y de ese modo había conseguido protegerlo a él y de paso a John Campbell, el gran amor de su vida, y uno de sus mejores amigos.

Lamentablemente, la inesperada muerte de su padre hacía casi tres años lo había cambiado todo. Había destapado muchas cosas, entre ellas su identidad por culpa de una persona ajena a la familia que la había hecho pública sin su consentimiento poco tiempo después de que él conociera a sus dos hermanos, los otros hijos de John Campbell, en la lectura de su testamento. Ese encuentro, por una parte, increíble, por otra los había vuelto vulnerables, y Liz Campbell había tenido que ver expuesta en la prensa y en la televisión su vida personal, el nombre del padre de su hijo en los titulares, y todo aquel equilibrio de intimidad que tanto esfuerzo le había costado conseguir se había roto de un plumazo, provocándole un daño innecesario y un dolor que aún le costaba disimular.

Casi tres años después del escándalo ella seguía entre el dolor y el cabreo, más el cabreo, como ese día en el que esa periodista de *Men's Health* que no los conocía de nada se había atrevido a mentar a su familia paterna, y sabía que se había marchado indignada, tanto, que

pensaba compensárselo, no sabía cómo, pero ya lo haría.

—Muchas gracias, Oliver, y lamento mucho sí te he incomodado con las preguntas sobre tu familia paterna —Le dijo la periodista cuando terminaron la sesión de fotos y él la miró muy serio—, pero tenía que preguntar, todo el mundo quiere saber...

—Es igual, voy a cambiarme. Tengo entrenamiento en una hora.

—Parece que a tu madre le ha sentado fatal, discúlpame con ella, por favor.

—Sí, le ha sentado muy mal porque, como te advertimos incluso a través de un contrato, yo no hablo de mi vida privada, mucho menos de mi padre o de mi familia paterna, pero ya es tarde, ¿no? Dejémoslo correr. Adiós.

—Déjame resarcírtelo, te invito a cenar.

—¿A cenar? —Se detuvo para mirarla con detenimiento, porque estaba realmente buena, y ella jugueteó con su pelo largo y pelirrojo muy sonriente.

—¿Tienes novia?, y esto no pienso ponerlo en la entrevista.

—Con novia o sin novia suelo cenar todos los días.

—Entonces... ¿te vienes?, conozco un sitio en...

—Espera un segundo...

Miró su teléfono, que vibraba sin parar, y al ver que se trataba de un número de Nueva Zelanda lo respondió olvidándose inmediatamente de la periodista, de la cena y de todo lo demás.

—¿Bella? —Preguntó un poco ansioso y la voz que lo saludó desde el otro lado lo dejó congelado en su sitio.

—No, no soy Isabella, soy su prometido, Peter Armstrong. Buenas tardes, Oliver.

—¿Qué quieres, tío?, y lo más importante, ¿quién coño te ha dado mi número de teléfono?

—Estoy siendo educado, y tu número me lo facilitó la propia Isabella, no sé por qué lo tiene, pero lo tiene y me ha pedido que te llame.

—¿Qué ha pasado?, ¿está bien?

—Ha desaparecido su hermano, ya hace una semana, sus padres están destrozados y dice que tú sueles...

—Sí, yo suelo encontrarlo, pero si quiere pedirme el favor dile de mi parte que me llame personalmente. Adiós.

—Está ocupándose de su madre y yo... solo intento ayudar.

—Dile a tu “prometida” que si quiere algo de mí me llame ella misma. Hasta otra, chaval.

Le colgó queriendo estampar el puñetero teléfono contra la pared, levantó la vista y se encontró con Tricia, que lo estaba observando con los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado?

—Chris ha vuelto a perderse. Necesito el coche en quince minutos, por favor.

—Mierda, jodido, Chris, ¿dónde se habrá metido esta vez?

—Ni idea, pero localiza a Bella y dile que la próxima vez que me llame su puto novio, a mi puto teléfono, para pedirme un puto favor, voy y le rompo la cara de tío idiota que tiene.

—Oliver...

—¿Qué?!

—¿Qué hacemos con tu amiga la periodista?, creo que te está esperando.

—Ah... —la miró de reajo y le dijo adiós con la mano—. Si quieres vete a cenar con ella, dile que con eso me resarce de sobra.

2

—Tu amiguito del alma es un maleducado, se lo tiene muy creído, ni que hubiera inventado una cura contra el cáncer...

Soltó Peter entrando en la cocina dónde ella estaba preparando una tizana para su madre, y decidió ignorar el comentario para no discutir. Se giró hacia él y levantó las cejas.

—¿Qué ha dicho?

—Que si quieres pedirle un favor lo llames tú.

—Pero ¿le has explicado lo de Chris?

—Sí y me ha respondido eso.

—Vale, no pasa nada, con que lo sepa me vale y... —puso la taza en una bandeja y lo miró de reojo caminando hacia el jardín—. Te advertí que no te metieras, así que no te quejes.

—Prefiero llamarlo yo a que lo hagas tú.

—Menuda estupidez.

Masculló hartísima y salió a la terraza donde su madre seguía lloriqueando por Chris, su primogénito, su ojito derecho, un tío de treinta y dos años que por enésima vez había desaparecido dejando a su familia inquieta y muy preocupada.

Ella adoraba a su hermano, que era un encantador de serpientes, lo quería con toda su alma, pero ese día, en ese preciso momento, no podía evitar estar furiosa con él. No podía, porque otra vez lo colapsaba todo, paralizaba a toda la familia, especialmente de su madre, hacía volver a su padre, volvía locos a sus amigos, a todos lo que lo conocían, y solo porque era un egoísta caprichoso que en cuanto conocía a una chica nueva o encontraba unas olas nuevas en una playa de no sé dónde, se largaba sin pensar en nadie más, mucho menos en coger el teléfono para dar señales de vida y avisar de que estaba bien.

Chris era así, siempre lo había sido, y en el fondo sabía que estaba sano y salvo en alguna parte, pero no podía evitar preocuparse, no podía ignorar el problema y hacer como que no pasaba nada, menos aún estando en Sydney, donde no se podía escaquear de ver a sus padres, que en seguida tiraban de ella para que solucionara la papeleta.

Desde pequeños había sido así, ella era la responsable de su hermano, aunque él fuera el mayor, y desde siempre su madre la había designado como la cuidadora oficial de su hijito del alma, el futuro conde de Clarendon, un título nobiliario sin ningún respaldo financiero que, sin embargo, era lo que más preocupaba en el mundo a su familia, especialmente a sus padres, que vivían separados, aunque seguían legalmente casados para mantener con algo de dignidad su título y sus paranoias nobiliarias.

Por lo tanto, con algo de suerte, Christopher, el primogénito, iba a heredar el dichoso título y por eso lo habían criado entre algodones y le habían permitido todo lo inimaginable para tenerlo contento mientras él, que era un australiano de pura cepa, se pasaba la vida renegando del título

inglés, de las responsabilidades que supuestamente conllevaba, y de todas aquellas historias familiares que le espantaban y que lo habían convertido en una persona huidiza, inestable y tremendamente egoísta a la que solo le importaba una cosa: el surf.

Chris Howard solo vivía para el surf, sus fiestas, sus chicas y sus amigos surferos. No trabajaba en algo serio desde que había terminado la carrera de derecho casi obligado en la Universidad de Sydney, ni había madrugado desde el colegio, ni daba explicaciones a nadie, y desaparecía de vez en cuando sin que nadie supiera dónde andaba. Era un puñetero inconsciente, uno que solo controlaba, y cada vez menos, una sola persona en el mundo, su mejor amigo, Oliver Watson-Campbell, con el que se había criado y al que sableaba económicamente muy a menudo, sobre todo desde que Oliver se había convertido en una estrella mundial del rugby.

Oliver, pensó, y automáticamente un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¿Has hablado con Oliver? —le preguntó su madre en cuánto la vio en la terraza y ella asintió.

—Lo ha llamado Peter, ya está al tanto.

—¿Por qué lo ha llamado él?

—Ya está hecho, mamá, no te preocupes.

—Pero si lo odia... —dijo susurrando y mirando hacia el salón donde estaba Peter, y Bella resopló—. Es verdad, no lo puede ni ver, igual no le ha hecho ni caso.

—Chris está por encima de nuestros problemas, mamá, podemos confiar en Oliver, seguro que ya estará intentando localizarlo. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias, pregúntale a tu padre, que anda por ahí como un alma en pena.

Asintió y volvió al interior de la casa para buscar a su padre, que había llegado la noche anterior quejándose y acusando a todo el mundo de perder a Chris, como si la cosa no fuera con él, y como si su hijo tuviera dos años. Caminó por el pasillo directo hacia la habitación de invitados donde se había instalado, pero antes de llegar al salón pilló a Peter hablando por teléfono medio escondido debajo de la escalera, se le acercó y lo miró moviendo la cabeza.

—¿Qué haces?

—Hablar.

—Y ¿por qué te escondes?

—No quiero que se entere tu familia... —le hizo un gesto muy raro, como de asco, y ella frunció el ceño—. No es asunto de ellos, es un tema personal.

—Si quieres vuelve al hotel, aquí no haces nada útil y yo estoy muy ocupada.

—Muy amable, cariño.

—¡Bella!

La llamó su padre apareciendo en el pasillo con batín de seda y un cigarrillo electrónico en la boca, y ella dejó de prestar atención a Peter para saludarlo.

—Hola, papá, ahora iba a buscarte. ¿Quieres comer algo?

—¿Has hablado con Oliver?

—Sí. ¿Tienes hambre o no?

—Ven aquí... —la agarró por un brazo mirando de reojo a Peter y se la llevó a la cocina—. No me gusta este tío, es un pusilánime sin sangre, ¿de dónde diantres lo has sacado, hija?

—Madre mía...

—Dejar a un hombre como Oliver para acabar con esto, ¿estamos locos?

—Mira, papá, no voy a discutir contigo. ¿Quieres comer o no?

—No, me voy a ir al club de campo a comer con alguien.

—¿Ah sí?, ¿y qué pasa con Chris?

—Seguro que está perfectamente, tu madre es una exagerada, el pobre muchacho se ahoga con ella encima, es normal que se largue. No sé a qué viene tanto drama y yo no ayudo en nada sentado aquí.

—Entonces no haberte molestado en venir.

—¿Qué querías que hiciera?, si tu madre me llama cincuenta veces llorando y tirándose de los pelos.

—Vale, haz lo que quieras.

Lo miró una vez más, giró y subió hacia su cuarto por la escalera de la cocina. Llegó a la segunda planta de dos zancadas, caminó deprisa por el pasillo, entró en su habitación de toda la vida, cerró la puerta con pestillo y luego se descalzó y se tiró en la cama bocabajo, con los ojos cerrados y una enorme sensación de fatiga encima.

En cuanto apareciera Chris lo iba matar, porque ella necesitaba estar concentrada en otras cosas, como su inminente mudanza a Londres, no podía perder el tiempo con él, ni con sus padres, ni con la casa, ni con la comida de nadie. Necesitaba su espacio, ese que había conseguido hacia casi tres años mudándose a Wellington, la tranquila capital de Nueva Zelanda, donde además de liberarse de su familia, había conseguido aplacar el dolor y la pérdida, la ruptura con Oliver Watson-Campbell, el primer, único y auténtico amor de su vida.

Giró en la cama y miró el techo donde aún tenía pegado un poster suyo, el primero que había salido a la venta cuando a los diecinueve años había fichado por los Sydney Roosters, y una oleada de añoranza y tristeza la inundó entera porque, quisiera reconocerlo o no, seguía echándolo muchísimo de menos.

Cerró los ojos y pensó en su sonrisa, en sus ojos azules, en que se había enamorado de él a los diez años, cuando había aterrizado en Mona Vale, el bonito barrio de Sydney al que había llegado a vivir procedente de Inglaterra con su familia.

Sus padres se habían conocido en Londres, él era inglés y ella australiana, se habían casado y habían tenido a sus dos hijos allí, sin embargo, la precaria situación económica de su padre, que ostentaba título nobiliario, pero también un montón de deudas, los había empujado a dejar el Reino Unido para buscar un futuro mejor en Australia. Y eso habían hecho para horror de sus hijos de diez y doce años, que habían tenido que dejar colegios, amigos y su vida atrás de la noche a la mañana y sin demasiadas explicaciones, porque lo cierto es que ni siquiera habían tenido el detalle de contarles que el viaje a Sydney era definitivo.

Con todo ese despiste y ese cambio de vida radical había llegado a Mona Vale, y a las primeras personas que había conocido había sido a sus vecinos de enfrente, a Oliver y a su madre, la espectacular Liz Watson, una modelo muy conocida, una mujer simpatiquísima y resuelta que los había “adoptado” e integrado rápidamente en el barrio, empezando por conseguir plazas para Chris y para ella en el exclusivo colegio al que asistía su hijo, un niño de doce años precioso, rubito y de ojos azules, muy deportista y risueño del que rápidamente ella y su hermano se habían hecho inseparables.

Desde que tenía diez años Oliver había formado parte de su existencia, casi no recordaba su vida antes de él, y mucho menos después, cuando esa amistad inocente e infantil que habían iniciado nada más conocerse, había dado paso a una atracción y a un enamoramiento inevitable.

Cuando tenía doce años lo había besado a traición en los labios, escondidos en el baño de su casa, y al poco tiempo habían pasado a probar los besos de adultos que veían en las películas. Cuando había cumplido los catorce él le había pedido formalmente que fuera su novia, incluso haciéndolo oficial delante de sus padres, y a los dieciséis ya se habían acostado juntos.

Él era mayor de edad en ese momento, ella aún no, y su hermano había querido matarlos a los dos, pero nadie había sido capaz de poner puertas al campo, y cuando él había entrado en la universidad y al poco tiempo lo habían fichado los Sydney Roosters para jugar profesionalmente al rugby, ya estaban asentados como pareja, así se sentían ambos, aunque no eran más que un par de críos, y habían empezado a proyectar su futuro juntos, a planear su boda, a elegir el nombre de los hijos que iban a tener, la casa que iban a comprar... lástima que todo aquello se había acabado estropeando y haciéndose trizas, provocándoles un daño irreparable que aún le dolía demasiado como para poder expresarlo con palabras.

—Hola... —Contestó al móvil que llevaba un rato iluminándose y oír su voz la hizo ponerse de pie de un salto.

—Ya lo he encontrado, está bien, no te preocupes.

—Muchas gracias, Oliver. ¿Dónde está?

—En Port Elizabeth.

—¿Sudáfrica?

—Sí, se ha ido con una amiga que conoció hace un mes. Está perfectamente, solo quería pillar unas olas... ya sabes que ese sitio es la leche. Le he dicho que llame a tu madre.

—Voy a asesinarlo, en serio, es para matarlo, no sabes la que se ha montado aquí.

—Lo sé perfectamente.

—Claro... —respiró hondo y se atusó el pelo—. ¿Ya tiene su teléfono operativo?

—No, pero su amiga sí, la he llamado a ella y ella me lo ha pasado. Ya os llamará, tranquila.

—No sé cómo lo haces, pero mil gracias, Oli, sabes qué...

—No vuelvas, nunca más, a dejar que tu novio me llame a mi teléfono privado, ¿de acuerdo? Puedo aguantar muchas cosas por ti, pero eso no, por ahí sí que no paso.

—Lo siento, estaba liada con mi madre y Peter...

—Ni lo menciones, no quiero oír su nombre.

—Oliver...

—¿Es verdad que te mudas a Londres con él?, ¿en serio?

—Tengo una buena oferta de trabajo y él... —resopló y miró hacia el jardín donde su madre estaba hablando por teléfono—. Mira, agradezco en el alma lo que acabas de hacer por nosotros, pero no voy a discutir contigo sobre lo que haga o deje de hacer.

—Perfecto, tú sigue haciendo lo que te de la real gana, Bella, y a mí que me folle un pez.

—¡Oliver!

Protestó y a la par escuchó cómo le colgaba y la dejaba con la palabra en la boca. Maldijo por lo bajo y abrió la puerta con ganas de abofetearlo, pero obviamente no podía, así que bajó corriendo para contarle a sus padres que Chris había aparecido.

3

—No deberías gastarte dinero en Chris, así no va a madurar nunca, y ya ni siquiera es tu mejor amigo.

Su madre soltó el comentario en medio de una comida con Alex, Sashi y Jackson, aunque no viniera a cuento, y no pudo evitar mirarla con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es Chris? —preguntó su hermano y él parpadeó—. Nunca te he visto con él.

—Es un amigo de la infancia, el hermano mayor de Isabella. No me has visto con él porque llevamos un par de años muy distanciados.

—¿Isabella tu ex? —Intervino Sashi y él asintió—. Vaya, ¿la ruptura con ella afectó a vuestra amistad?

—Entre otras cosas.

—Entre otras cosas como que es un irresponsable, se pierde por el mundo sin dar cuentas a nadie, no trabaja, ni hace nada provechoso. Lo he visto crecer y lo adoro, porque es adorable, pero me alegro de que se mantenga alejado de Oliver, aunque sigo esperando que también se mantenga alejado de su cartera —Espetó su madre tan ancha y él posó los cubiertos en el plato.

—Mamá, no te pases.

—Es cierto, desde que ganas dinero no hace más que pedírtelo, y tú no haces más que pagarle cosas. No ha trabajado en la vida, pero vive muy bien gracias a la generosidad de sus amigos. Es igualito a su padre.

—Siendo justos, todos hemos tenido un gorrón en algún momento de nuestra vida —Opinó Alex y él bufó intentando concentrarse en la comida.

—Y... ¿qué ha hecho ahora el tal Chris? —preguntó Jackson y su madre se apresuró a intervenir otra vez.

—Se ha largado a Sudáfrica sin avisar a nadie, ha desaparecido varios días para angustia de su familia, y tu tío lo ha buscado y lo ha encontrado como siempre, por Isabella, para tranquilizarla a ella, pero desembolsando un montón de dinero

—¿Qué dinero?

—Mi jefe de seguridad tiene contactos en todas partes y puede localizar a quién quieras, en cualquier lugar del mundo, si no haces preguntas. Es un tío muy eficiente, nunca falla, pero cobra una pasta.

—Parece una peli de James Bond.

—Espera... —interrumpió Alex entornando los ojos—. ¿Estamos hablando de Chris Howard?, ¿el surfista?, ¿él es el hermano de tu ex?

—Sí.

—Lo conozco, es muy habitual de mis locales y ha hecho varios viajes de aventura con nuestra

empresa. No sabía que fuera amigo tuyo.

—Nos criamos juntos, pero hace tiempo que apenas nos vemos.

—Recuerdo que quería ir a surfear a Port Elizabeth, ¿ahí lo han encontrado? —Oliver asintió—. Menuda suerte, allí están las mejores olas de Sudáfrica y él es un surfista cojonudo, lástima que nunca quiera participar en competiciones oficiales.

—No tiene la disciplina, ni la voluntad, ni el compromiso necesario para hacerse profesional. Es un puñetero desastre, pero eso no lo convierte en un indeseable, sigue siendo un amigo y es el hermano de Bella, no me importa nada más.

Miró a su madre a los ojos y ella movió la cabeza con resignación y dando por zanjada la charla sobre Chris, que, afortunadamente, estaba vivo y coleando, disfrutando de una nueva novia con pasta que se lo había llevado a surfear a Sudáfrica. Algo que por cierto no interesaba ni a su hermano ni a su familia, que habían tenido la deferencia de invitarlos a comer a su casa.

—Ya está, creo que Alexander se está despertando —anunció Sashi cambiando de tema, mirando el monitor para bebés que tenía junto al plato, e hizo amago de levantarse de la mesa—. Voy a verlo antes de que se ponga a llorar...

—No, *Moonlight*, espera un segundo y en todo caso ya voy yo —Alex la cogió de la mano y la miró a los ojos—. No podemos correr cada vez que se despierta, tiene que aprender a...

—Tiene dos meses, cariño, no puede aprender nada.

—Sí puede, de hecho, ya ha aprendido que corres a cogerlo en brazos en cuánto parpadea.

—Es muy chiquitín...

—Lo es, mi amor, pero podemos... —guardó silencio al ver que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas y se acercó para darle un beso—. Está bien, *Moonlight*, no te angusties, ve a verlo, haz lo que quieras.

—Seguid comiendo, ahora vuelvo.

Se levantó corriendo con el monitor en la mano y se perdió por el pasillo camino de la habitación del pequeño Alexander. Alex respiró hondo y los miró a todos con cara de disculpa.

—Lo siento, pero las reglas aquí nos la saltamos todas, Sashi está muy sensible y...

—Normal, es su primer hijo —Opinó su madre con una sonrisa—. Además, tiene derecho a malcriarlo, luego crecen muy rápido y ya no podemos dar marcha atrás.

—Ya, pero hace lo que quiere con nosotros y no puede ser, ambos son muy dependientes, a este paso no lo llevaremos jamás a una guardería.

—Tiene dos meses, papá, es un bebé muy pequeño, no necesita ir a una guardería si su madre no necesita volver al trabajo —Lo regañó Jackson—. Viéndote, no quiero ni imaginar qué hacías conmigo cuando tenías diecinueve años.

—Cuando yo tenía diecinueve años tú me toreabas como te daba la gana, aprendí a fuerza de equivocarme, por eso sé que es importante dar a Alexander un poco de autonomía, eso es todo. ¿Tú qué opinas, Oliver?

—¿Yo? —Lo miró con cara de despiste y negó con la cabeza—. No tengo ni idea, pero si ella quiere

malcriar a su bebé que lo haga, está en su derecho.

—¡Ay, Dios mío, mirad quién viene!

Exclamó su madre al ver que Sashi volvía a la mesa con Alexander despierto y se puso de pie para saludarlo.

El pequeñajo, que tenía la piel tostada de su madre, pero los ojazos azules de su padre, era igual que un muñequito y los miró a todos sonriendo y haciendo pedorretas, y de repente la comida pasó a un segundo plano y toda la familia se dedicó a hacerle carantoñas, incluido él, que siempre había pensado que a su edad ya tendría al menos un par de niños como ese, dos o tres con Isabella, por supuesto.

—Alexander es un bellezón, es igual que su padre, por lo tanto, es igual que su abuelo. Otro John Campbell en el mundo, la sangre escocesa tira muy fuerte, la verdad. ¿Oliver?

—¿Eh? —Miró a su madre de reojo, un par de horas después, conduciendo hacia Mona Vale, y ella le acarició el brazo.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, un poco cansado.

—No tenías que traerme a casa, podría...

—Me pilló de paso, no me cuesta nada.

—Bella está en casa de sus padres, ¿lo sabes?

—No, no hablo con ella.

—Se marcha hoy o mañana al Reino Unido, su madre no supo decirme una fecha exacta, ya sabes cómo es.

—Mmm...

—¿De verdad no has hablado con ella?

—No, salvo por lo de Chris.

—Mira, hijo, yo...

—No quiero hablar del tema, ¿te parece?

Liz forzó una sonrisa y se calló para mirar el paisaje en silencio, él le acarició la mano y se concentró en conducir hasta la zona de Mona Vale donde se había criado, a dos pasos de la casa de los Howard, de Chris, Bella y sus excéntricos padres, que habían aparecido en el barrio cuando ella tenía diez años y era una preciosa niña de ojos oscuros recién llegada de Inglaterra.

Pensar en eso le contrajo el pecho y le dolió, le hizo trizas otra vez el corazón, así que decidió poner música y pensar en otras cosas, como en su trabajo. En su próxima concentración con la selección australiana de rugby, con la que iba a jugar el Torneo de las Seis Naciones en Inglaterra e Irlanda, en las decisiones que tenía que tomar con respecto a unas propuestas publicitarias, en su nuevo fisioterapeuta, en la chica a la que había conocido hacía dos días en un almuerzo y que no paraba de llamarlo por teléfono... en sus hermanos, con los que le encantaba

pasar su tiempo libre... en todo lo que tenía que hacer... hasta que de pronto llegó a su barrio, a la calle de su madre, que estaba al principio de Mona Vale, a quince minutos de su propia casa. Esa casa que había mandado construir al final de Pittwater, en la zona que había elegido con Bella para crear su propio hogar y que ella había disfrutado tan poco.

—Adiós, mamá, ya nos veremos...

Se despidió de su madre sin bajarse del Hummer, ella le tiró un beso y antes de volver a poner el coche en marcha la voz chillona de una mujer lo hizo saltar en el asiento.

—¡Oli!, Oliver, mi vida, baja y ven a darme un beso. ¡Vamos!

—Hola, Nancy.

Vio a la madre de Isabella, que estaba en la entrada de su casa delante de un coche alquilado, y no le quedó más remedio que bajarse para ir a saludarla. Ni siquiera había mirado en su dirección, porque desde hacía años intentaba ni mirar su casa, pero ya que lo había descubierto hizo lo correcto y caminó hacia ella seguido por su madre para darle un abrazo.

—¡Cariño, cuánto tiempo sin verte! —Lo sujetó para abrazarlo y darle un par de besos y luego lo alejó para mirarlo de arriba abajo—. Cada día más guapo, Oliver.

—Tú sí que estás estupenda, Nancy.

—Qué me vas a decir tú, por cierto, mil gracias por encontrar otra vez a Chris, no tendré vida para agradecértelo cómo es debido, ya se lo digo a tu madre cada vez que la veo.

—No es nada, yo...

Levantó la vista y vio salir a Bella de su casa con una mochila al hombro y precedida por el capullo de su novio, que llevaba una maleta de ruedas diminuta camino del coche alquilado. De inmediato se calló y la observó sin poder evitarlo, porque nunca en la vida podría dejar de mirarla. Ella los descubrió y se acercó con una sonrisa para saludar a su madre primero y luego clavarle los ojos oscuros a él, que dio un paso atrás metiéndose las manos en los bolsillos.

—Vaya sorpresa, ¿qué tal?

—Hola.

Recorrió con los ojos sus vaqueros ceñidos, su camiseta rosa, su cara lavada y preciosa, y su pelo oscuro recogido en un moño, y sin querer suspiró. Ella se movió incómoda y les indicó el coche donde la esperaba el imbécil del novio con la puerta abierta, pero sin moverse, ni hacer amago de saludar.

—Debería irme, cogemos un vuelo en menos de tres horas y ya sabéis como están los aeropuertos ahora...

—¿Peter no puede venir a saludar?, ¿este chico no tiene modales? —La regañó Nancy y ella frunció el ceño.

—No hace falta, mamá. Liz, hasta pronto, me ha encantado volver a verte —Se acercó a su madre y la abrazó muy fuerte, él no se sacó las manos de los bolsillos y la miró muy serio—. Adiós, Oliver.

—Adiós.

—Muchas gracias otra vez por lo de Chris, sigue en Sudáfrica, pero al menos llama de vez en

cuando —Susurró con una sonrisa y sus dos madres se apartaron de ellos y los dejaron solos—. En fin, debería irme.

—¿Estás segura?

—Oliver, no empieces.

—¿Empezar yo?, ¿el qué?, solo he hecho una pregunta. ¿Estás segura de que te quieres largar a Inglaterra con ese gilipollas?

—No es asunto tuyo, pero no voy a discutir. Tengo que irme.

—Es tan asunto mío como tuyo, pero está bien —Levantó las dos manos y ella bufó—. Si necesitas algo, lo que sea, me llamas ¿de acuerdo? Si quieres volver o lo que sea, me llamas.

—Oli...

—¿Lo harás? —Asintió bajando la cabeza y quiso abrazarla y darle un beso, pero era imposible, así que dio un paso atrás—. Voy a jugar el Seis Naciones a Reino Unido e Irlanda, a lo mejor podemos vernos.

—No, no podemos. Adiós y mucha suerte.

—No sabes lo que haces, Isabella, no lo sabes, pero tal vez un día te des cuenta y ya sea demasiado tarde.

—Por favor, no me digas esas cosas.

—Te quiero...

Lo miró con lágrimas en los ojos y le dio la espalda, corrió hacia el coche, donde el tal Peter Armstrong la estaba esperando con cara de súplica y desesperación, y se subió despidiéndose de Liz y Nancy con la mano. Él cerró los ojos y oyó sin moverse como se largaba de allí y lo dejaba completamente solo.

4

—Dijiste que te querías casar conmigo.

—Sí, lo dije, no estaba convencida, pero lo dije, sin embargo...

Terminó de hacer la maleta y se enderezó para mirar a Peter a los ojos, buscando un poco de comprensión, pero él parecía demasiado ofuscado como para entender nada, así que respiró hondo y trató de ser lo más delicada posible.

—Mira, Pete, yo...

—He soportado que no quisieras hacer oficial nuestro compromiso, que retrasaras la fecha de la boda mil veces e incluso, al final, hasta la suspendieras, pero que me dejes tirado aquí, en un país extraño, al mes y medio de haber llegado juntos, no pienso tolerarlo.

—No es cuestión de que toleres nada, mi decisión está tomada. No voy a seguir compartiendo piso contigo, no voy a salir más contigo y siento que haya sido aquí, en este país extraño, pero te advertí que no quería que viviéramos juntos, porque sabía que al final...

—Sabías que al final me ibas a dejar tirado por el imbécil de siempre.

—¿Disculpa?

—Si hasta tus padres parecen enamorados de él. Tanto Oliver para arriba, Oliver para abajo, y a mí ni un vaso de agua en condiciones me han ofrecido nunca. Ya sé que Watson-Campbell es famoso y tiene mucha pasta, lo que les encanta, pero yo soy una persona mucho mejor, soy médico, por el amor de Dios, no hay comparación.

—¿Qué?!

—Vi a tu madre abrazarlo y saludarlo delante de mí, sé que lo prefieren a él, pero yo...

—Oliver se crio con nosotros, es como un hijo más, su madre...

—Me importa un carajo su madre, que es otra famosilla a la que tu señora mamá idolatra, como idolatra todo lo que signifique glamur y dinero, aunque no sea suyo. Es patético.

—No te pases, no te pases... —Bajó la maleta de la cama y decidió largarse antes de acabar diciendo cosas que no quería decir.

—Ahora tu amiguito del alma podrá estar forrado, pero en cuando deje de jugar pasará al olvido y se hundirá en la miseria, porque no sabe hacer nada más, mientras yo siempre podré darte una vida estable y cómoda.

—No necesito que nadie me dé una vida estable y cómoda, soy una profesional, tengo trabajo y cabeza ¿Quién coño te crees que eres para hablarme así? —soltó la mochila y la maleta y se le acercó con ganas de abofetearlo—. No me conoces un pelo si crees que me importa el dinero, menos el dinero de Oliver, y no pienso consentir que me juzgues y te dirijas a mí en esos términos. ¿Lo tienes claro?, perfecto, me largo.

—¿Qué crees que hará cuándo deje de jugar?, ¿eh?, ¿vas a cargar con un inútil?

—Es licenciado en biología marina, ¿sabes? Aunque no creo que sea asunto tuyo. Adiós.

—¿Vas a ir a buscarlo?, ¿ahora que lo tienes cerca vas a ir a encontrarte con él?

—Adiós, Peter.

—Eres una zorra egoísta si te atreves a dejarme tirado en Londres...

—Mira, chaval, no te doy una torta porque no pienso ensuciarme las manos, pero como me sigas faltando al respeto no respondo.

—Eso, muy fina la hija del marqués...

—Es conde.

—Me importa una mierda, menudo conde de pacotilla que no tiene ni dónde caerse muerto.

Se calló al ver que se giraba para mirarlo con cara de asesina, y reculó blanco como la cera.

—Escúchame bien, Peter, no quiero volver a verte, así que no te molestes en llamarme o en ir a buscarme, mucho menos a mi trabajo. Quería acabar esto con un poco de dignidad, pero está visto que eres mucho más cortito y mezquino de lo que pensaba.

—Vinimos aquí por ti, teníamos planes.

—Vinimos aquí porque a ti te hicieron una oferta de trabajo inmejorable y no tenías huevos para venirte solo. Te morías de ganas de vivir en Londres, pero no te atrevías y por eso te he acompañado. No estamos aquí por mí, estamos aquí por ti, que no se te olvide. Ahora tienes un piso, tu trabajo, nuevos colegas y amigos, te he enseñado a usar el metro y abrir una cuenta bancaria. Tienes treinta y ocho años, eres “médico”, supongo que te las podrás arreglar muy bien solito. No seas tan pusilánime, que das mucha vergüenza.

—Si me estás llamando cobarde, te digo que la cobarde eres tú, que no has tenido la valentía de cumplir con tu palabra y casarte conmigo.

—Tengo la valentía de reconocer que no te quiero, que lo mejor es liberarte de nuestro compromiso y alejarme de ti. Nunca te podré querer como tú necesitas, Peter, romper contigo es lo mejor que puedo hacer por ti.

—Vives obsesionada con ese tío. Ve, tíratelo y cuando vuelva a ponerte los cuernos y a dejarte tirada no vengas a buscarme, porque no pienso darte otra oportunidad.

—¿Sabes qué? Vete a tomar por saco. Adiós.

Salió del piso que habían alquilado en Richmond Upon Thames, al Oeste de Londres, y cerró la puerta sintiéndose de pronto muy aliviada. Aunque él había intentado hundirla y hacerla sentir culpable, la verdad es que era inútil, porque ella estaba siendo honesta, actuando con justicia para él, decidiendo lo mejor para los dos, y sabía a ciencia cierta que algún día se lo agradecería.

Salió del edificio, que estaba muy cerca del trabajo de Peter, y caminó hacia la parada del autobús que la iba a llevar de vuelta al centro de Londres, donde vivía su tía Rose, la hermana mayor de su padre, que residía sola en una casa preciosa de Bloomsbury, una zona central y muy *chic* que le quedaba, afortunadamente, muchísimo más cerca del Charing Cross Hospital, donde

llevaba trabajando casi dos meses.

Su tía Rose, que era una viuda rica sin hijos, era también bastante tiquismiquis y le había ofrecido alojamiento a ella (no a su novio) y le había pedido que pasara una temporada en su casa para ponerse al día, y eso pensaba hacer hasta que se cumpliera su contrato con el hospital, tras lo cual, ya decidiría si volvía a Sydney, a Wellington o se quedaba en el Reino Unido trabajando y estudiando, porque estaba haciendo todos los trámites necesarios para conseguir una beca que la ayudara a volver a la universidad.

Esos eran sus planes en ese momento, aunque, en realidad, lo único que le importaba a corto plazo era que había conseguido romper con Peter, y solo esperaba que él aceptara la ruptura y no se lo pusiera difícil, porque poca paciencia le quedaba ya para aguantar sus gilipolleces.

Desde que había roto con Oliver definitivamente había salido con dos chicos sin ningún éxito. El primero le había durado un suspiro porque Oliver, al enterarse de su existencia, se había presentado en Wellington y le había montado tal escándalo que el pobre había salido corriendo despavorido, y el segundo, Peter Armstrong, un médico adorable de su hospital, había durado algo más, pero nunca había ido del todo bien. Había roto con él tres veces sabiendo que no lo quería lo suficiente, no obstante, presionada y un poco fuera de sus cabales había aceptado casarse con él. Sin embargo, nunca había creído que llegarían a casarse de verdad, y el viaje a Londres había acabado por confirmárselo.

En Wellington jamás habían vivido en la misma casa, a pesar de los ruegos de él, ella siempre se había negado, y probar a vivir juntos en Inglaterra había sido revelador y definitivo: no lo soportaba. Lo quería como amigo, pero no la volvía loca de amor, ni sentía deseo por él, era insoportablemente meticuloso y prudente. Era soso en la cama y muy maniático. Era guapo, listo, buena persona y cariñoso, pero también era dependiente y celoso, débil, temía terriblemente la figura y el recuerdo de Oliver Watson-Campbell, y aquello se había hecho insostenible casi desde el principio.

Ella podía entender que la figura de un exnovio de toda la vida podía ser incómoda, y que, si el exnovio en cuestión era alguien como Oliver, mucho más, pero Peter nunca había estado a la altura, nunca había tenido el valor necesario para confiar en ella, y cada vez que discutían la frase: “Al final me vas a dejar tirado para volver con él” salía a relucir sistemáticamente, y eso siempre empeoraba las cosas.

No le gustaba la gente tibia o cobarde, de hecho, lo que más la enamoraba de Oliver era su valentía y pasión. Desde pequeño se había lanzado de cabeza por lo que quería, o por lo que creía. Había sido capaz de enfrentarse a los matones de turno para defenderla a ella o a Chris a los doce años, a un vecino que trataba mal a sus perros a los catorce o a un profesor racista a los dieciséis, cuando había conseguido que lo despidieran por despreciar a una alumna musulmana de su clase.

Él siempre había dado la cara por los demás, por lo que le importaba, y seguía siendo así. Seguía siendo la persona más fuerte, segura y valiente que conocía, y cualquier actitud contraria a esos principios los despreciaba, no los toleraba, mucho menos en un hombre que pretendía ser su novio y casarse con ella.

En resumen, Peter no era mala persona, pero no era SU persona, nunca confiaría en ella, ni ella lo querría como él esperaba, y lo mejor que podían hacer era separarse. Seis semanas bajo

mismo techo habían acabado evidenciando sus diferencias, su escasa afinidad, su falta de pasión y de amor, y solo rogaba a Dios porque le mandara muy pronto a una mujer que de verdad lo quisiera.

Llegó a la Estación Victoria, se bajó del autobús y decidió caminar hasta Fortnum & Mason para comprar unos bombones para su tía Rose. Cruzó hacia Buckingham Palace arrastrando la maleta, atravesó Green Park disfrutando del día y de la majestuosidad de ese parque al que la habían llevado desde que tenía memoria, llegó a Picadilly Street y giró hacia la derecha, hacia la famosa tienda que era una de las favoritas de su tía, también de su madre, para hacerse con una cestita de esos chocolates carísimos que solo se encontraban allí.

Antes de llegar ya vio varios puestos de prensa donde los titulares de los periódicos hablaban del Torneo Seis Naciones de rugby que se estaba celebrando entre Irlanda e Inglaterra, y del éxito de la selección australiana capitaneada por Oliver Watson-Campbell. Sabía perfectamente que él estaba jugando en Irlanda y que al ir superando las primeras fases del campeonato acabaría jugando en Londres, pero no se había parado a pensar en eso.

Como siempre, con disciplina y fuerza de voluntad, había ignorado el dichoso torneo, aunque a ella le encantaba el rugby, y gracias a Dios, como ni en su nuevo trabajo, ni en su nueva vida, la gente conocía su vinculación con la estrella del equipo australiano, le estaba resultando bastante sencillo pasarlo por alto. No lo había comentado con nadie, menos con Peter, que odiaba el rugby y más aún a la selección australiana, y se había pasado cuatro semanas oyendo las noticias de lejos, como si no fuera con ella, porque en realidad no iba con ella, y tenía que aceptarlo.

Compró los bombones, una caja de té y unas pastas, y regresó a la calle para andar hasta Regent Street Saint James's y desde allí callejear hasta Trafalgar Square, donde pasaba el autobús que la dejaba en Bloomsbury. Dio unos cuantos pasos esquivando a los turistas, y al llegar a la esquina la imagen de Oliver en tamaño XXL la recibió desde uno de los paneles luminosos y gigantescos de Picadilly Circus.

A todo color, vestido con una camiseta gris sin mangas, con la bandera de Australia en el pecho, mirando a cámara con una sonrisa de las suyas y sus ojazos azules brillantes, saludaba a los fans del Torneo Seis Naciones y publicitaba una de las marcas que lo patrocinaban.

Isabella se quedó clavada en el suelo, sin poder dejar de mirarlo, porque siempre que lo tenía delante no podía dejar de mirarlo, y sintió perfectamente como se le llenaba el corazón de amor y de orgullo, porque no podía estar más orgullosa de él.

De repente se le llenaron los ojos de lágrimas y se echó a llorar en medio de la calle repleta de gente, con las piernas temblorosas y el corazón latiéndole muy fuerte, sin importarle nada, porque tampoco podía hacer nada por evitarlo, y siguió así, sin moverse, mucho rato, pensando que romper con Peter no le había costado nada, pero que solo ver a Oliver en ese momento y lugar, y no poder abrazarlo, era demasiado duro para soportarlo.

5

—Uno de los tuyos está en urgencias, pero lo han aislado en una zona restringida porque es muy famoso.

—¿Perdona?

Levantó los ojos de la mesa y prestó atención a Mamen, esa chica española tan maja que era su compañera en el turno de noche y una de las mejores enfermeras de Cuidados Intensivos con la que había trabajado nunca. Ella se le acercó y se inclinó un poco para que la escuchara mejor.

—Han ingresado a un australiano muy famoso a última hora de la tarde. Le han hecho un millón de pruebas y ahora está en una zona restringida para evitar a la prensa y a los fans. Eso me han contado los chicos de Urgencias antes de irse. He llegado antes y he podido cotillear un poco, al parecer todo el departamento de Neurología se ha movilizó y han batido su propio récord con el TAC y la resonancia magnética. Menudo revuelo se ha montado.

—Ah... —Asintió, mirando el ordenador para ver sus pendientes y revisar la actividad del día antes de poner en marcha su guardia, y Mamen siguió hablando.

—He ido a echarle un vistazo por curiosidad, porque yo de rugby no sé nada, pero, tía, menudo monumento...

—¿Rugby?, ¿quién es? —Preguntó con todas las alarmas encendidas y ella se encogió de hombros.

—Oliver no sé qué, es el capitán de la selección australiana, al parecer le cayó un oponente encima en medio de un partido y tiene una conmoción cerebral.

—Mamen, por favor, ¿puedes cubrirme un momento? Voy a ver qué le ha pasado... —Tiró el boli encima de la mesa y se puso de pie de un salto.

—Vaya, no sabía que te gustaba tanto el rugby. Tú tranquila, yo te cubro.

—Muchas gracias.

Se despidió y salió volando hacia Urgencias.

Su hospital tenía una de las mejores Unidades de accidentes cerebrovasculares de Londres, era muy prestigioso por su área de neurología, pero jamás habría podido imaginar que a alguien se le ocurriera llevar a Oliver allí. Ni siquiera sabía que ya estaba en Londres, menos aún que le hubiera pasado algo en un partido, y recorrió pasillos, subió ascensores y bajó escaleras corriendo, asustadísima y con el corazón saliéndosele del pecho.

—Hola, ¿sabéis dónde está Oliver Watson-Campbell?, el jugador australiano... —Preguntó un poco ansiosa al llegar a la mesa de ingresos de Urgencias y el auxiliar responsable la miró de reojo.

—Sí, pero está en un área privada, no se puede ver.

—Trabajo aquí —se miró a sí misma y se tocó la credencial del bolsillo—, y es amigo mío. Lo conozco de toda la vida.

—Genial, llama a alguien de su equipo y que te den autorización para pasar, yo no puedo dejarte entrar.

—¿Dónde está Cliff, el jefe de servicio?, él me conoce.

—Hoy ha estado de tarde, se acaba de ir. ¿Puedes despejar el mostrador, por favor? Gracias.

—Muchas gracias, muy amable.

Respondió con ganas de asesinarlo y se giró buscando el teléfono móvil, pero no lo llevaba encima, se lo había dejado en la UCI y estaba muy lejos, así que caminó un poco desesperada por los pasillos hasta que de milagro vio a alguien completamente inesperado en una de las salas de espera más alejadas de la entrada.

Parpadeó, intentando aclararse y comprobar que no estaba soñando, y al ver que no eran alucinaciones suyas, sino que era cierto y estaba allí, se le acercó con precaución.

—¿Alex?

—¿Eh? —Él se giró y al verla sonrió de oreja a oreja—. ¿Isabella?, qué sorpresa. Oliver nos dijo que estabas trabajando en Londres, pero... vaya... qué alegría verte.

—Lo mismo digo —Le dio un par de besos y él le indicó a una chica guapísima, preciosa, que se puso de pie con un bebé en brazos para saludarla.

—Te presento a Sashi y este es nuestro hijo Alexander. Cariño, esta es Isabella, la...

—Ya, ya sé quién es. Encantada de conocerte, Isabella, y qué bien que hayas venido a ver a Oliver, le encantará saber que estás aquí.

—Trabajo aquí, en la UCI, acabo de empezar el turno y me han contado lo de su accidente, ¿está bien?

—Sí, está perfectamente, gracias a Dios. Le cayó un tío enorme del equipo francés en el cuello y perdió unos minutos el conocimiento. Dicen que es una conmoción, pero está bien. William, su otro hermano, está ahora hablando con los médicos.

—¿Estáis todos aquí?

—Sí, hemos venido todos menos Liz a ver la última fase del torneo, también nuestros primos de Escocia, aunque ahora sean rivales —bromeó Sashi—. La mujer de uno de ellos, que también es médico, está con Will charlando con los especialistas, todos los demás se han ido al hotel con los niños, porque estaban cansadísimos.

—Vaya, menudo apoyo, me alegro mucho por Oliver.

—Seguro que él se alegra más de verte a ti —Susurró Alex y ella desvió la vista para observar a su bebé, que tenía unos ojazos azules preciosos y muy parecidos a los de su padre y su tío Oliver.

—Es guapísimo, ¿cuánto tiempo tiene?

—Cinco meses, es su primer viaje fuera de Australia.

—Es riquísimo. Hola, chiquitín, eres precioso.

—Ok, todo en orden. Lo van a hacer pasar la noche aquí por precaución, pero no hay peligro...

Habló alguien con la misma voz de Oliver a su espalda y ella se giró para mirarlo de frente. Era William Campbell, el otro hermano de Oliver, un médico muy famoso, tal vez el mejor cirujano cardiovascular de Australia, que se les acercaba acompañado por una chica joven y muy

sonriente.

—Esta es Isabella, la amiga de Oliver, William —se apresuró a presentar Sashi y él le sonrió.

—Encantado, Isabella.

—Usted no se acordará de mí, doctor Campbell, pero hemos coincidido alguna vez. Fui enfermera de la UCI del St. Vincent's un año, y he asistido a varios de sus seminarios.

—Claro que me acuerdo, pero no sabía que tú eras la novia de Oliver. Menuda casualidad, el mundo es un pañuelo. ¿Qué tal estás?, ¿qué haces en Londres?

—Trabajo aquí, en este hospital, acabo de enterarme del accidente de Oliver y...

—Hola, soy Anne, la prima política de Oliver, encantada.

Se presentó la chica joven y guapa de su lado e Isabella empezó a sentir que sobraba allí, que Oliver estaba muy arropado, y no solo por su equipo, sino por toda su familia, y decidió que se había precipitado acudiendo como una loca a verlo. Definitivamente había perdido los papeles, otra vez, al pensar que estaba en peligro y la necesitaba, pero, aún estaba a tiempo de corregirlo, así que dio un paso atrás mirándolos a todos con una sonrisa.

—Bueno, yo me marchó. Ahora que ya sé que Oliver está bien y en tan buenas manos me vuelvo al trabajo. Encantada de conoceros y de verte otra vez, Alex. Hasta luego.

—¡No! —Sashi la detuvo levantando una mano—. Lo siento, pero tienes que pasar a verlo, por favor, aunque solo sea un minuto.

—Yo... —Miró a Alex y él asintió indicándole el pasillo hacia la habitación.

—Por favor, Isabella, si sabe que has estado aquí y no has pasado a verlo, se vendrá abajo.

Le susurró él empujándola suavemente por la espalda hasta la habitación del área privada y ella obedeció sin resistirse.

—Hola, hermano, mira a quién me he encontrado ahí fuera... —soltó Alex entrando en el cuarto y Bella pudo ver como Oliver, con una vía en el brazo y aún conectado al monitor de los signos vitales, giraba la cabeza para mirarlo primero a él y luego a ella con cara de sorpresa.

—¿Bella?

—Hola, ¿qué has hecho ahora, Oliver?

Bromeó, viendo como se le humedecían un poco los ojos, y le sonrió mirando a sus acompañantes, dos personas de la selección australiana y Tricia O'Neal, su inseparable chica para todo con la que ella no se llevaba especialmente bien. Respiró hondo y los saludó acercándose a la cama.

—Buenas tardes. Hola, Tricia. ¿Qué tal estás, Oli?

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí, ¿cómo te sientes? —La deformación profesional la empujó a mirar la tablilla con su ficha e inmediatamente frunció el ceño—. Es alérgico a la penicilina, ¿por qué no está reflejado aquí?

—Porque ha tenido un golpe, no una infección, no sabía que había que poner eso de la penicilina

—Se defendió Tricia cuadrando los hombros y ella la miró de reojo.

—Si se ingresa en un hospital y en la ficha se pregunta por las alergias que tiene el paciente es porque se trata de una información fundamental, siempre y en cualquier circunstancia.

Anotó ella misma lo de la penicilina, agregando su alergia a la soja, y sacó el medidor de pupila, se acercó a Oliver, se inclinó para valorarlo y luego se apartó de él sonriendo

—Creo que estás perfectamente, ya sabía yo que eras más duro que una piedra.

—Lo que no sabía yo es que ahora eres médica —Espetó Tricia y luego se echó a reír—. Es broma, tonta, ¿cómo estás?, ¿qué tal te trata Londres?

—¿Nos podéis dejar solos, por favor?

Pidió Oliver sin reírle la gracia y todos se miraron y abandonaron la habitación de inmediato. Todos menos Tricia, que se entretuvo haciéndose la remolona, hasta que no le quedó más remedio de irse cerrando la puerta.

—Tu amiguita del alma sigue siendo tan encantadora —resopló y lo miró a los ojos—. ¿De verdad estás bien?, ¿cómo te sientes?

—Has recuperado un poco el acento británico.

—Lo normal después de dos meses aquí.

—Me pone, es muy sexy.

—Definitivamente estás en perfectas condiciones.

—Ahora que te veo sí, además, eres la única de todos los que están allí fuera que sabe que soy alérgico a la penicilina y eso también me pone.

—¿Así que te cayó un francés encima? —Cambió de tema y él sonrió.

—Uno de ciento veinte kilos por lo menos, una bestia parda, podría haberme partido en dos.

—Gracias a Dios no pasó nada más grave. ¿Cómo acabó el partido?

—Perdimos, pero aún tenemos opciones. Ven, acércate un poco, por favor, no voy a morderte.

—Sólo puedo quedarme un segundo, estoy de guardia. He subido para comprobar cómo estabas, pero tengo que volver a la UCI en seguida.

—Muchas gracias por venir, significa mucho para mí —Le sujetó la mano y le sonrió—. ¿Qué tal con la tía Rose?

—¿Cómo sabes que estoy con mi tía Rose?

—Tu madre se lo cuenta todo a la mía, me mantienen informado y me contaron que llevas dos semanas con tu tía. De hecho, pensaba ir a visitarte uno de estos días, pero nos tienen aislados y concentrados a tope y...

—Vaya por Dios, ¿mi madre es tu informante?

—No te metas con ella, es un pedazo de pan y se apiada de mí.

—Ya, ya... —Le sostuvo la mirada con ganas de comérselo a besos, pero no me movió—. ¿Qué?

—¿Es verdad que has roto para siempre con el capullo de tu novio?

—Ay, Oliver, no empieces. Me voy, espero que te pongas bien muy pronto.

—No, no, espera —La sujetó con fuerza por la muñeca y la pegó a la cama—. Me alegro tanto de verte, Wallabí (1)

—Y yo de verte bien, Oli —le sostuvo la mirada intentando mantenerse serena, porque oír ese apodo que le había puesto hacía mil años solía desarmarla, y le sonrió—, pero, en serio, tengo que irme.

—¿Por qué eres tan guapa, Bella?, me pones muy nervioso... —Hizo un puchero con ojitos de cordero degollado y ella se echó a reír.

—No seas zalamero.

—Mira la maquinita esa, se me ha acelerado el pulso en cuánto has entrado.

—¿Le hablaste al médico de la conmoción cerebral que tuviste a los veinte años?

(1) Wallabí, marsupial pequeñito, típico de Australia, y apodo de la selección australiana de rugby, los "Wallabies"

—¿Y tú recuerdas lo que hicimos en la cama del hospital cuando me puse bien, Bella?, casi nos echan —Se mordió el labio inferior sin quitarle los ojos de encima y ella intentó apartarse.

—Vale, me voy...

—No, ven, dame un beso.

—No, solo he venido a verte porque me dijeron que estabas fatal, no te pases.

—Uno pequeñito.

—No, Oliver, no seas crío.

—Si has venido a verme es porque aún te preocupas por mí.

—Por supuesto que me preocupo por ti, siempre me voy a preocupar por ti.

—¿Me lo juras?

—Sabes que sí.

Le acarició la mano empezando a bajar la guardia, con el pulso acelerado y el corazón a mil por hora, pero antes de dar un paso o articular palabra, la puerta de la habitación se abrió de golpe, dejando entrar primero un halo de perfume muy intenso, dulzón y pegajoso, y luego la figura de una mujer altísima, muy elegante, rubia y preciosa, que iba con unos taconazos de infarto, unos pantalones negros de cuero y una blusa de seda abierta casi hasta el ombligo.

De un vistazo Bella divisó su sujetador de encaje, su maquillaje y sus larguísimas uñas postizas, y soltó a Oliver de un tirón apartándose de la cama, porque era ella, una de sus habituales, la famosa Pamela Brown, una cantante estadounidense con la que le había sido infiel en el pasado.

—¡Oli, amor!, ¡¿cómo estás?! Estábamos en el palco y no me dejaron bajar a verte... si no llega a ser por Tricia, que me ha avisado en qué hospital estabas, me hubiese muerto de la angustia.

—Isabella... —la llamó Oliver al ver cómo se giraba hacia la puerta, pero ella lo ignoró—. ¡Bella!

—¡Enfermera! —chilló Pamela Brown—. La está llamando, vuelva aquí y de pasó tráigame un ansiolítico y un vaso de agua, me siento fatal. Estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Tráetelo tú, no te jode...

Masculló furiosa, más consigo misma por gilipollas, que con ella o con él, y salió al pasillo a grandes zancadas, a tiempo de cruzarse con Tricia O'Neal, que le sonrió con tal malicia en la mirada que no hizo falta decir nada más.

6

—Buenos días, ya sé que no puedo estar aquí, pero es importante, busco a la enfermera Howard, Isabella Howard.

Preguntó a esa mujer que lo miraba muy atenta sin decir nada, y él le sonrió empezando a impacientarse. Se volvió hacia a su escolta, que era inglés, y él se acercó a la celadora de la zona de Cuidados Intensivos del Charing Cross Hospital para hablarle muy serio.

—Señorita, ¿puede ayudarnos?, buscamos a una enfermera que trabaja en la UCI, nos han dejado bajar a verla, pero...

—¿Son familiares de algún paciente?

—No, solo buscamos a la enfermera Howard, es mi... mi chica —soltó Oliver y ella abrió mucho los ojos.

—¿Es la niña australiana?, ¿la nueva?

—Esa misma, ¿puede ir a buscarla, por favor?

—No la he visto, voy a preguntar, esperen aquí.

—Gracias.

Se apartó del mostrador y se pasó las dos manos por la cara muerto de sueño. Apenas había pegado ojo, primero porque no lo habían dejado dormir tras la lesión, y después por culpa de Pamela Brown, que había aparecido en su habitación sin ningún sentido, espantando a Bella y destrozando de paso los únicos minutos de intimidad y acercamiento que habían tenido en tres años.

A punto había estado de matarla, a ella y a Tricia, que aún no era capaz de explicar por qué la había invitado al hospital sabiendo que hacía siglos que no se veían, y encima sabiendo que él no la soportaba. Por culpa de Pamela había perdido a Isabella, por ella y por su mala cabeza, obviamente, pero ella había sido uno de los detonantes definitivos y lo último que le apetecía en ese momento era tenerla cerca.

Pamela Brown, una cantante americana muy famosa, también por su intensa vida sentimental, era *persona non grata* en su entorno. Había explotado su *affair* hasta la saciedad, había hecho un daño irreparable a su relación con Bella, no eran amigos y si se encontraba en el Reino Unido viendo un partido del Torneo Seis Naciones no era por él, sino por su novio, un delantero de la selección francesa con el que pretendía casarse, así pues, nada justificaba su presencia en el hospital, era de locos, y aún tenía pendiente una charla muy seria con Tricia para que respondiera por semejante despropósito.

Sin embargo, lo primero era lo primero y antes tenía que intentar resolver lo realmente importante.

—Perdonen, caballeros, ¿buscan ustedes a una de nuestras enfermeras?

Una señora vestida con bata blanca salió de la zona restringida de la UCI y se les acercó para saludarlos con el ceño fruncido, él se adelantó y le ofreció la mano.

—Sí, buenos días, busco a la enfermera Isabella Howard.

—¿Me podrían explicar el motivo?, tal vez yo pueda ayudarlos.

—Es personal, Bella es mi... ha sido mi pareja muchos años y necesito hablar con ella. Estaba ingresado en la planta de Neurología, la saludé anoche, pero antes de abandonar el hospital me gustaría...

—Entiendo, ¿es usted Oliver Watson-Campbell de la selección australiana de rugby?

—El mismo, encantado.

—Encantada. Me llamo Susan Applewith, soy una de las jefas de servicio y lamento decirle que la enfermera Howard no está aquí, cumplió su turno hasta las seis de la mañana y hoy y mañana libra, así que no volverá al hospital hasta...

—Entendido, muchas gracias.

—¿Sabe dónde puede localizarla?

—Creo que sí, muchas gracias y disculpe las molestias.

—¿Puedo pedirle un favor, señor Watson-Campbell? —preguntó la dama con una sonrisa muy sincera y él asintió—. ¿Podría acceder a hacerse un *selfie*?, hay mucha gente aquí que está deseando saludarlo.

—Claro, como no.

Levantó la vista y descubrió a muchas personas con bata blanca esperando para saludarlo, y él no era de los que se negaba a hacer esas cosas, mucho menos con el personal sanitario de un hospital, así que les hizo un gesto para que se acercaran y saludó y se hizo fotos con todos. Una media hora de teléfonos en alto, palabras de admiración, de apoyo y de cariño que acabó cuando miró el reloj y tuvo que despedirse y salir pitando.

No disponía de demasiado tiempo libre, su entrenador le había dado solo hasta la hora de comer para incorporarse a la concentración con el equipo, así que salió escopetado a la calle y pidió al escolta que lo llevara directo a Bloomsbury, a la casa de la tía Rose, a la que conocía mucho de Australia y también de Londres, porque una vez habían alojado con ella durante unas vacaciones por Europa.

Antes de llegar a Little Russell Street, donde estaba su casa, pasaron por una floristería para comprar unas camelias blancas, que recordaba eran sus favoritas, y cuando al fin tocó el timbre y ella personalmente salió a abrirle la puerta, la miró con cara de duda, rogando al cielo porque aún le cayera bien, lo dejara saludar a su sobrina y no lo mandara de paseo antes de tener la oportunidad de explicarse.

—Tía Rose.

—¿Oliver?, ¡qué sorpresa verte por aquí!

—Lamento mucho venir sin avisar, pero es que...

—Pero ¿qué dices?, tú no tienes que avisar. Pasa, pasa y dame un abrazo.

Lo abrazó muy fuerte, aceptó las flores y luego le dio un par de besos antes de mirarlo de arriba abajo con ojos de aprobación, después le acarició el pecho y miró de reojo al escolta que

lo esperaba en la acera.

—Pasa, cariño.

—Gracias.

Hizo un gesto al guardaespaldas para que lo esperara en la entrada y luego pasó al interior de la casa mirando el *hall*, el pasillo y todos esos tesoros que tenía ella por todas partes. Su casa era una especie de museo, pero más elegante y especialmente interesante, porque tenía objetos y cuadros de la familia Howard que siempre le habían fascinado, y no les pudo quitar los ojos de encima hasta que llegaron a la sala de estar y ella le señaló un sofá.

—Siéntate, cielo, ¿cómo está tu madre?

—Muy bien, gracias.

—He estado siguiendo tus partidos. ¿Cómo estás después del golpetazo de ayer?

—Bien, solo fue un susto, no jugaré el próximo partido por precaución, pero si pasamos a la siguiente ronda jugaré con normalidad. ¿Qué tal estás tú?, por un momento creí que no me abrirías la puerta.

—¿Por qué?

—Por mis problemas con Bella, yo...

—En diversas ocasiones he querido hacerte picadillo, Oliver Watson-Campbell, porque he visto sufrir a mi ahijada por tu culpa, pero eso no ha impedido que te siga queriendo y me alegre de verte —Se acercó y le acarició la mejilla—. Si yo soy la primera que quiero que volváis, os caséis de una vez y me empecéis a dar sobrinos nietos tan guapos como vosotros.

—Me alegra oír eso, porque he venido para hablar con ella.

—No está. Volvió del hospital, se fue a su clase de ballet, luego vino, se duchó, se cambió y se fue a hacer la compra. Joselyn, mi asistenta, no ha podido venir hoy y necesitaba algunas cosas.

—Muy bien, pero, si no te importa, me gustaría esperarla, no tengo mucho tiempo, pero...

—¡Tía Rose! —Se giró de un salto hacia la puerta al oír la voz de Bella y la tía Rose se asomó al pasillo para saludarla—. Hay un tipo enorme ahí fuera, ¿sabes quién es?

—Sí, es un guardaespaldas.

—¿De quién?

—De tu visita.

—No me lo puedo creer —bufó asomándose al salón para mirarlo a la cara y dejó las bolsas del supermercado en el suelo— ¿Qué diantres haces aquí, Oliver?

—¡Isabella Rose Howard, ¿cómo te atreves a hablar así a nuestro invitado?! No te hemos educado para eso, señorita. No me abochornes delante de Oliver.

—Ah... ¿tú lo has invitado?

—No, pero ya que ha venido a vernos, no seré yo la que le cierre la puerta en las narices.

—Genial, pues pasadlo bien, yo me subo a dormir, estoy agotada.

—No, Isabella, obviamente viene para hablar contigo, así pues, compórtate, por favor, y ofrécele algo de beber. Yo me tengo que ir al *brunch* de Virginia Stanhope.

—Tía Rose... —Masculló ella, pero su elegante tía se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Me marchó, portaros bien. Oli, cielo, vente otra noche a cenar y nos ponemos al día. Quiero que me lo cuentes todo sobre tus dos hermanos y tu familia paterna.

—Claro, en cuanto me den una noche libre.

Se despidió de ella con dos besos y miró a Isabella, que lo estaba observando como si fuera una especie de asesino en serie, o algo incluso peor.

Esperó a que la tía Rose se alejara lo suficiente y se puso las manos en las caderas buscando las palabras adecuadas para explicarse bien y no acabar de patitas en la calle, pero Bella se adelantó, se le acercó y le clavó los ojos oscuros.

—Vete, Oliver, por favor te lo pido, no quiero pelearme contigo aquí.

—Creí que ayer habíamos conectado otra vez y...

—Hasta que tu novia apareció con sus perfumes, sus uñas postizas y su ropa de discoteca.

—Bella... —disimuló la risa y estiró la mano para tocarla, pero ella retrocedió—. Sabes, fehacientemente, que no es mi novia, nunca ha sido mi novia. Hacía siglos que no la veía y sigo sin entender qué coño pretendía apareciendo en el hospital.

—¿No has visto su Instagram?, colgó un montón de fotos del hospital y tuyas en la cama. Muy bonito todo. Deberías hacer que tu agente las revise, porque seguro que atentan contra tu intimidad.

—Yo no la llamé, ni siquiera sabía que estaba en Londres...

—No la llamaste tú, la llamó Tricia, que para el caso es lo mismo.

—En absoluto es lo mismo y ya arreglaré cuentas con ella.

—La cuestión es que no es asunto mío, no sé por qué estamos hablando sobre esto, no me interesa. Me muero de cansancio, he tenido turno de noche, aún no me he acostado y...

—Lo sé, pero necesito que me escuches. Solo será un momento.

—No, Oliver, no quiero escucharte. Ayer fui a verte porque estabas en mi hospital y me dijeron que tenías una conmoción cerebral, pero ya está, nada ha cambiado entre nosotros. No quiero saber nada de ti, de tus novias o exnovias, de Tricia o de toda esa mierda que me revuelve las tripas.

—Esta vez yo no he hecho nada.

—Vale... —respiró hondo girándose hacia el pasillo—, vale, no tengo nada más que decir. Gracias por venir y cierra la puerta al salir, por favor.

—Te digo lo mismo que te dije la última vez en Sydney, Isabella, no sabes lo que haces, pero tal vez un día te des cuenta y ya sea demasiado tarde.

—Sé perfectamente lo que hago, porque, para mi desgracia, sé lo que hay y sinceramente no tengo fuerzas para repetirlo.

—No tenemos por qué repetir nada, yo...

—No pienso abrir ningún resquicio de esperanza, ni dar un paso atrás. Me ha costado mucho llegar hasta aquí y ahora lo último que necesito es todo esto.

—Y ¿qué pasó anoche?

—Que fui a verte porque habías tenido una lesión muy seria, nada más.

—No es verdad, te conozco, Bella, sé lo que sientes...

—¿Sabes lo que siento cuando aparece una tía como Pamela Brown en tu cuarto y te habla como te habla?, ¿eh?. Me siento igual que me he sentido cientos de veces a lo largo de nuestra relación, revivo mil cosas que aún me duelen. Eso es lo que siento.

Se quedó mudo, observando su cara seria y sus brazos cruzados, su barbilla temblorosa y los ojos húmedos, y se sintió fatal, como siempre, impotente por no poder hacer que reaccionara, que comprendiera que él ya era otra persona, que no podían vivir de los rencores del pasado y...

—Estamos gafados, Oliver, hay que aceptarlo. Llevamos peleándonos y queriéndonos desde que yo tenía diez años, y la verdad es que agradezco tu perseverancia y todo lo que haces por mí, pero...

—¿Gafados?, ¿cómo te atreves a decir eso?

—Es la cruda realidad, todo el mundo parece verlo menos tú.

—¿Cómo que todo el mundo parece verlo menos yo?, eso es falso.

—Mira, hemos tenido tiempos increíbles, pero también nos han pasado otras cosas malísimas. La última vez que nos separamos, yo... tú no quieres ni hablar de eso y a mí se me parte el corazón cada vez que lo recuerdo... —Suspiró con los ojos cerrados y luego volvió a mirarlo—. Ningún ser humano en su sano juicio puede querer esto, Oli, lo mejor que podemos hacer es seguir cada uno su camino.

—No, no voy a rendirme.

—Genial, es lo que sueles hacer en tu vida, no rendirte, sobre todo en el rugby. Lástima que esto no sea un partido de rugby.

—¿Cuándo vuelves a Sydney?

—No lo sé, lo más probable es que me quede en Londres.

—¿Con el capullo de Peter Armstrong?

—No. No es asunto tuyo, pero no. Quiero trabajar y estudiar. Me voy a presentar a varias becas a ver si puedo hacer otra especialidad o incluso otra carrera.

—Puedes hacer eso en Australia.

—Quiero hacerlo aquí, que al fin y al cabo es mi país, y es donde, con algo de fortuna, por una vez en la vida puedo conseguir una beca.

—Tú no necesitas una beca... —se pasó la mano por la cara al ver su reacción, muy agotado de tanta cháchara y caminó hacia el pasillo—. Ok, no te preocupes, no voy a ofenderte ofreciendo mi ayuda para que sigas estudiando, ni te voy a molestar más. Haz lo que te plazca y hazlo sin mí. Tú sigue decidiendo por los dos.

—Eso es muy injusto.

—Hombre, alguna vez tendré que atacar, no solo defenderme.

—El único que ha decidido siempre por los dos has sido tú, que no te ha importado irte a la cama con cualquiera cuando yo no andaba cerca.

—Eso, tú sigue machacándome tres años después.

—Si no quieres que te machaque no vengas, ni me busques, ni me llames, ni...

No aguantó más, se giró, la agarró por el cuello y la besó.

Primero suave, solo en los labios mientras ella intentaba zafarse, pero luego abrió la boca y le atrapó la suya con la lengua hasta obligarla a besarlo, a responder a esos besos que habían aprendido a darse juntos hacía mil años, que parecían necesitar tanto, y que seguían siendo insuperables.

Ella se resistió, claro, porque era más dura que una piedra, pero solo un poco, porque finalmente cedió, se aferró a su pecho y respondió con la misma intensidad de siempre, y él se deleitó en su sabor, en su aroma único y que añoraba a todas horas, mucho rato, hasta que empezó a excitarse demasiado, y entonces se apartó de ella, la miró a los ojos, le acarició con el pulgar la mejilla sonrosada y le sonrió.

—No sé para qué hablas tanto si lo que hay es lo que hay.

—¿Crees que puedes venir aquí y...? ¡Joder!, que no tenemos quince años.

—No, no los tenemos, vas a cumplir treinta en octubre y yo ya tengo treinta y dos, tal vez ha llegado la hora de comportarse como personas adultas.

—Sal de aquí, por favor.

Cuadró los hombros muy digna y él le sonrió, se acercó y le dio otro beso rápido y a traición.

—Te quiero, llámame y volvemos a hablar. Adiós.

7

—Hay que vender, lleva demasiados años manteniendo una casa que no se puede permitir.

—Y ¿qué hará entonces tu madre?, que se ha pulido toda su herencia.

—¿Se ha pulido toda su herencia? —levantó la cabeza y miró a su padre a los ojos, él dio un paso atrás y se quedó mudo, porque tenía mucho que callar, y ella respiró hondo para no ponerse a gritar—. No se quedará en la calle, se trata de vender, pagar deudas, comprar un pisito o una casita pequeña, y así ahorrar la fortuna que se gasta mensualmente en un casoplón en Mona Vale. Se trata de que viva según sus posibilidades.

—Tú verás, a mí no me compete, la casa está a su nombre, pero recuerda que es vuestra única herencia.

—Chris y yo hace tiempo que sabemos que no tendremos ninguna herencia, papá, no te preocupes por eso. Ahora lo urgente es resolver la papeleta y vender. Te lo cuento para que lo sepas.

—¿Tu hermano está de acuerdo?

—Supongo que sí, tampoco es que se involucre demasiado.

—Vale, haced lo que queráis. Yo me voy, si me necesitas, me llamas. Adiós, princesa.

Se acercó a la butaca donde estaba sentada, se inclinó, le dio un beso en la frente y desapareció con sus aires de dandi británico educado en Eton, dejándola a la deriva en el hospital donde su madre se recuperaba de una neurocirugía de urgencia.

Se tapó la cara con las dos manos y Judith, su mejor amiga, que estaba sentada a su lado, le acarició la espalda sin decir nada, porque toda aquella situación superaba a cualquiera, y agradeció el gesto acariciándole la pierna y tragándose las lágrimas, porque estaba tan cansada que ya no podía ni llorar.

—Baja a comer algo, yo me quedo con tu madre, Bella, despéjate un poco.

—Pensé que mi padre se quedaría al menos un par de horas.

—¿En serio?, pues yo no, ya sabemos cómo es, y te digo una cosa, Nancy está mejor sin él, seguro que verlo la altera. No lo necesitamos, venga, baja a la cafetería.

—No, ¿estás loca?, acabas de terminar un turno de doce horas, vete a casa y descansa, yo me arreglo perfectamente.

—¿Qué sabemos de Chris?

—Me ha jurado que viene a pasar la noche con ella, así que con algo de suerte esta noche dormiré en una cama.

—Eso espero, pero yo no me voy hasta que te vea comer. Quédate aquí, baja a buscar algo rico y te lo subo. No te muevas.

—Gracias, Jud.

—De nada, amiga.

Le dio un beso en la mejilla y la dejó sola en esa sala de espera de la planta de neurología del St. Vincent's Hospital, el hospital de Sydney donde habían llevado a su madre después de encontrarla inconsciente en la terraza de su casa.

Un día después de que Oliver apareciera en casa de su tía Rose, removiéndole el alma y cambiándole los muebles de sitio, una de sus vecinas de Mona Vale la había llamado histérica para contarle que habían encontrado a su madre tirada en las baldosas junto a la piscina, gracias a que alguien había visto a su gato solo paseándose por la calle.

Que Tom, que era el gato más mimado del mundo, anduviera suelto por el barrio había hecho saltar todas las alarmas y alguien había llamado a la puerta, y al no recibir respuesta, había entrado a la casa y se había encontrado el panorama. En seguida habían llamado a emergencias y una ambulancia se la había llevado al St. Vincent's donde le habían hecho cuatro pruebas y habían determinado de inmediato que tenía un tumor cerebral.

Todo ese proceso lo había vivido a la distancia desesperada, porque no podía contar con su padre, con su hermano o con alguien para que estuviera con ella. Ni siquiera Liz, la madre de Oliver, estaba en Sydney, así que no le había quedado más remedio que olvidarse de todo, comprar un billete carísimo de avión y marcharse a Australia a la carrera.

De eso ya habían pasado tres semanas y al fin estaba viendo una mejoría evidente en su madre, pero el susto, la fatiga, el cansancio y sobre todo el sentimiento de culpa le costaría muchísimo tiempo quitárselo de encima, y había días en que se quería morir, aunque era imposible, claro, entre otras cosas porque no tenía a nadie que cuidara de Nancy y no podía dejarla sola.

En realidad, nunca tendría que haberla dejado sola, porque eso había supuesto que nadie se diera cuenta de lo mal que estaba, y, siendo enfermera, era algo que no se podría perdonar en la vida.

Lo cierto es que su madre llevaba media vida quejándose de jaquecas continuas, de vértigos, de mareos y náuseas, pero como no iba al médico, tomaba hierbas para sus males y jamás se había hecho una resonancia magnética, el tumor había permanecido dormido y no había dado la cara hasta que había sido gravísimo, algo que se podría haber evitado si ella, su hija sanitaria de profesión, hubiese estado cerca para ver alguna señal, y no en Wellington o en Londres mirándose el ombligo.

Aquello le costaría superarlo, a pesar de que gracias a Dios todo había salido bien.

Resuelta su llegada a Australia y cuando los especialistas le explicaron el diagnóstico mirándola a los ojos y le dijeron que pensaban operar en el plazo de una semana, había decidido traer a Chris de África para que las apoyara en el proceso, y esa había sido otra verdadera odisea.

Pagarse un billete de urgencia de Londres a Sydney le había costado casi todos sus ahorros, y tras localizar a su hermano, que ya no estaba con su última novia en Sudáfrica, sino con otra nueva en la Isla N'Gor, en Senegal, le había tocado pedir dinero prestado a su padre y a su tía Rose para que le pagaran un billete de ida a Australia, y lo habían hecho después de complicarle muchísimo la vida, no obstante, al final había podido viajar y había acabado apareciendo dos días después de la operación para llorar y angustiarse y colaborar más bien poco, aunque al menos lo tenía cerca

para abrazarlo y consolarse juntos.

—¿Isabella?

—¿Doctor Campbell?

Levantó la cabeza y se encontró con el hermano de Oliver a dos pasos, así que se puso de pie para saludarlo. Él se le acercó y le sonrió antes de darle un par de besos.

—¿Qué haces aquí?, ¿va todo bien?

—Bueno, ahora sí, hace diez días operaron a mi madre de un meningioma grado dos.

—Vaya, lo siento mucho, ¿se encuentra bien?, ¿quién la ha operado?

—El equipo del doctor Simmons y afortunadamente todo salió de maravilla. Lo pudieron extraer completo, era benigno y casi no ha tenido secuelas. Ahora está con el fisioterapeuta haciendo un poco de terapia, pero está como nueva, gracias a Dios.

—¿Os la lleváis pronto a casa?

—Sí, mañana por la tarde. ¿Qué tal está usted?

—Por favor, no me llames de usted —Le sonrió otra vez y se metió las manos en los bolsillos—. Acabo de incorporarme al servicio tras las vacaciones en el Reino Unido, lamentablemente Australia no ganó el Torneo Seis Naciones, pero lo pasamos muy bien.

—Ya, fue una pena.

—¿Oliver sabe lo que ha pasado con tu madre?

—Le mandé un mensaje, pero no me respondió, supongo que ha estado muy liado y yo no he tenido tiempo ni de respirar, así que no lo he vuelto a intentar.

—Se quedó en Europa para cumplir con varios compromisos publicitarios y esas historias que hace cuando no juega al rugby, pero creo que vuelve dentro de una semana.

—... —no supo qué decir y bajó la cabeza.

—¿Cuándo vuelves tú a Londres?

—No lo sé, de momento no es posible, me quedaré cuidando de mi madre. No tenemos a nadie que nos eche un cable y la recuperación hay que hacerla despacio.

—¿No tienes familia en Sydney?

—No, bueno, tengo a mi hermano, que también estaba fuera del país y ha venido, pero se irá pronto y... mis padres están separados, ella no tiene familia, es hija única... en fin, que en la práctica solo estamos las dos.

—¿Y Liz?, ¿la madre de Oliver?, él me contó que sois vecinas y muy amigas.

—Sí, pero Liz está en la Isla Sur de Nueva Zelanda haciendo un retiro espiritual, aún no le he dicho nada, no he querido preocuparla.

—Vale, si necesitas algo, lo que sea, no dudes en pedírmelo.

—Muchísimas gracias, doctor... William...

—De nada... —Le sonrió y se giró hacia la puerta, pero antes de llegar se detuvo y la miró con

atención—. ¿Piensas volver al Charing Cross Hospital?, ¿tienes un contrato en vigor?

—El contrato estaba en vigor, pero me lo han rescindido por tener que marcharme de la noche a la mañana, solo llevaba dos meses con ellos y se han tomado fatal que me viniera a Australia. ¿Por qué?

—Lo siento, es una faena.

—Sí, pero es lo que hay.

—Bueno, si quieres volver aquí o a otro hospital de Sydney dímelo, una enfermera especialista en cuidados intensivos siempre es necesaria, y puedo mover algunos hilos.

—Muchas gracias, seguro que tengo que tomarte la palabra.

—Por supuesto, eso espero y ya sabes, si necesitas algo, dame un toque. Apunta mi teléfono.

Ella asintió y sacó el teléfono móvil muy impresionada por lo amable que era ese hombre que apenas la conocía y que además era una especie de dios en la profesión, y apuntó el número dándole de paso el suyo.

—Ok, Isabella, espero que tu madre se recupere muy pronto.

—Muchísimas gracias.

—Ya nos veremos, adiós.

Le guiñó un ojo y desapareció por la puerta a la par que Judith volvía a la sala de espera con la comida.

Su amiga la miró abriendo mucho la boca y ella asintió con la misma cara de sorpresa, aunque ninguna dijo nada hasta que él estuvo lo suficientemente lejos para poder comentar la jugada.

—¿Qué haces hablando con el buenorro Campbell?

—Lo conocí en Londres, cuando ingresaron a Oliver, y parece que no se ha olvidado de mí. Es increíblemente simpático, nunca imaginé que el doctor William Campbell fuera tan cercano.

—Ni yo, si cuando pasa por la UCI no mira a nadie.

—Yo creo que es el típico genio que vive en su mundo, pero cuando te presta atención es encantador. Oli tiene mucha suerte de tenerlo ahora en su vida.

—La verdad es que sí, y su mujer es majísima, la fiesta de navidad del año pasado vino con él y habló con todo el mundo.

—Es una pintora muy buena —Miró el recipiente con la ensalada de pasta que le había comprado Judith y se lo agradeció, aunque no tenía mucha hambre—. Muchas gracias, cariño.

—¿En qué piensas?

—En que quién nos iba a decir que Oliver al fin conocería a sus hermanos y acabarían siendo inseparables. Su madre dice que se ven muchísimo y mira, hasta fueron a Inglaterra a verlo jugar. Toda la vida oyendo hablar de ellos como de extraterrestres inalcanzables y fue conocerse y conectar.

—Bueno, Oliver es un tío adorable, eso ayuda.

—Sí, es verdad...

Pensar en él le encogió el alma y se le llenaron los ojos de lágrimas, porque tras su último beso a traición en casa de su tía Rose se le habían venido abajo muchas de sus defensas, pero se concentró en la ensalada y trató de comer un poco antes de que su madre terminara con el fisioterapeuta.

—No llores.

—No lloro, solo estoy cansada.

—Dicen que Peter tiene novia cañón, que lo ha colgado en Instagram. Yo creo que lo hace para que veas que no se ha muerto sin ti.

—Me alegro mucho de que tenga a alguien, estaba segura de que no le costaría nada volver a tener novia.

—Está muy bueno, la verdad, pero le faltaba un poquito de... no sé qué...

—En cuanto Liz regrese de Nueva Zelanda le voy a pedir que ponga la casa de mi madre a la venta —cambió de tema porque no le apetecía nada hablar de su ex y Judith asintió—. Su agencia inmobiliaria mueve muchas propiedades en Mona Vale, seguro que nos encuentra un comprador.

—Y... ¿mientras tanto qué?

—Mientras tanto viviremos de mi trabajo. William Campbell me ha dicho que lo llame si quiero volver a este hospital y estoy tan desesperada que creo que lo haré, lo llamaré. Nunca he tirado de enchufe, pero el dinero de mi madre y el mío está bajo mínimos y necesitaré ingresos urgentemente.

—Si necesitas algo, ya sabes. No tengo mucha pasta, pero entre Daniel y yo te podemos echar un cable.

—Muchísimas gracias, Jud, gracias...

Le acarició el brazo, muy conmovida por lo bien que se estaba portando con ellas, mientras todos los amigos de su madre habían desaparecido como por arte de magia al saber que estaba ingresada en un hospital, y quiso echarse a llorar, pero no lo hizo, se aguantó y se tragó las lágrimas hasta que la voz de alguien la sobresaltó desde la puerta y la hizo levantarse de un salto.

—¡Bella!, por Dios, hija, ¿cómo es posible que no me hayas llamado?

—¿Liz?

Preguntó como una idiota y corrió hacia ella como una cría.

La madre de Oliver abrió los brazos y la estrechó contra su pecho regañándola, pero le dio igual, no la podía oír entre los sollozos que le entraron de repente, y así se pasó mucho rato, hasta que ella la apartó para limpiarle las lágrimas con los pulgares.

—¿Cómo estás, cielo?

—Cansada, pero mamá está bien, mejor que nunca.

—¿Por qué no me has avisado, Bella?

—Porque estabas en Nueva Zelanda y... la verdad, no tenía mucha cabeza para nada. Solo me

preocupé por traer a Chris de África y... no sé...

—Vale, no pasa nada, tranquila, que ya estoy aquí y todo irá bien. Te lo prometo.

8

—Con lo bien que estábamos en Italia, macho, con el calorcito y todo el mundo tratándonos como a dioses...

—Ya, pero él manda y se trata de una emergencia familiar.

—¿Familiar?, si solo son unas vecinas. ¿No conoces a la estrella?, de desvive por cualquiera...

Oyó Oliver a lo lejos y se sacó los cascos para prestar atención a Tricia, con la que había tenido una discusión apoteósica en Milán. Una más después de pelearse con ella por el asunto Pamela Brown, asunto que seguía sin explicar con coherencia. Ella se defendía diciendo que la cantante la había llamado mil quinientas veces para preguntar por él y que al final había devuelto la llamada para tranquilizarla y decirle que estaba perfectamente y en el Charing Cross Hospital. Según ella, no la había invitado a visitarlo, pero él seguía sin creérselo del todo, así que cuando le había plantado cara y se había opuesto a que parara su trabajo publicitario en Italia para regresar de urgencia a Sydney, habían acabado a gritos y él pensando seriamente en despedirla.

Lo cuestión es que se conocían demasiado y eso no era muy saludable en su situación. Se conocían desde el colegio, se habían hecho muy amigos en secundaria, porque ella bebía los vientos por Chris Howard y se les había pegado como una lapa, y después, cuando su fama había empezado a crecer y había empezado a ganar pasta, la había contratado como asistente personal y de prensa para tener a alguien de confianza a su lado, y porque era una tía muy eficiente, pero, con el paso de los años su “poder” había ido creciendo de forma exponencial y raramente se circunscribía a sus competencias. Según su madre era una dictadora a la que temían todos sus empleados, y aquello era intolerable, por eso la había empezado a vigilar de cerca, y por eso también discutían cada día más, y aquello empezaba a ser agotador.

—Señores pasajeros, aterrizaremos en el Bankstown Airport en quince minutos. La temperatura en Sydney es de catorce grados, llueve suavemente, pero las previsiones hablan de cielos despejados. Si necesitan algo, pueden pedírselo a Giovanna ahora, porque cerramos el servicio de cocina en cinco minutos.

Oliver se sentó mejor en la butaca del *jet* privado que le había dejado su patrocinador italiano, y miró la hora, las doce del mediodía. Llevaban viajando veinticuatro horas y ya no podía más. Estaba agotado y muy ansioso por ver a Bella.

Apenas había podido conciliar el sueño desde que su madre lo había llamado a Milán para contarle lo que le había pasado a Nancy, y lo sola que se había encontrado a Isabella enfrentando toda aquella situación, y necesitaba verla ya. Necesitaba comprobar personalmente que estaba bien, necesitaba hacerse cargo de todo lo que pudiera, o le dejara, o simplemente estar allí, en Sydney, a su lado y a su disposición, y hasta que eso no pasara no volvería a respirar tranquilo.

Por teléfono le había jurado que todo iba bien y que Liz las estaba ayudando muchísimo, que se sentía aliviada y muy tranquila, pero para él no había sido suficiente y por eso había suspendido todo en Milán y había pedido prestado un avión privado para volver a casa, por eso y

porque ya estaba casi todo el trabajo hecho y quedarse en Italia finiquitando los flecos o haciendo entrevistas le había parecido absurdo y fuera de lugar, aunque a personas como Tricia su decisión les sentara fatal.

—Buenos días, dormilón, ¿has podido descansar? —Lo saludó ella muy alegre al ver cómo se levantaba, y él frunció el ceño y se dirigió a Gerard, el ayudante de su agente, que se había quedado con ellos en Europa después del Torneo Seis Naciones.

—Lamento haceros volver tan de prisa a Australia, Gerry, pero tienes razón, es por fuerza mayor, por una emergencia familiar, no por unas vecinas, como dice Tricia tan despectivamente. Se trata de mi chica y de su madre, que ha estado muy enferma, y ahora ambas me necesitan.

—Claro, Oliver, por mí no te preocupes.

—Lo aclaro por si acaso, porque Tricia es muy dada a dar opiniones sin saber de lo que habla.

—¡Oliver!, yo...

Protestó ella ofendidísima, pero él la ignoró, pasó al cuarto de baño y luego se sentó en silencio a esperar el aterrizaje.

No pretendía montarle un pollo delante de las cuatro personas que viajaban con ellos en la cabina, pero tampoco pretendía disimular su cabreo, así que no le habló ni cuando aterrizaron, ni cuando bajaron del avión, y cuando se acercaron al coche que lo estaba esperando la miró de reojo y le pidió que lo dejara solo.

Ya tendría tiempo de ponerle las pilas, estaba demasiado cansado para aclararle unas cuantas cosas como se merecía, primero necesitaba despejarse y, sobre todo, necesitaba llegar a casa de su madre para ver a Bella.

—¡Oli, cariño! —exclamó Nancy al verlo entrar en el salón y él se acercó para abrazarla y darle un beso—. Ya estás aquí.

—Claro, vengo a cuidarte. ¿Cómo estás?, te veo estupenda —Le dijo sincero, porque se veía como siempre, salvo por el pañuelo en la cabeza, y ella le sonrió coqueta.

—¿En serio?, yo me siento muy bien, hacía siglos que nadie me cuidaba tanto y estar aquí, con tu madre, que me trata como a una reina, me hace tan feliz.

—Está muy bien, pero hay que ir despacio y tiene que dejarse mimar. ¿Qué tal estás, cariño? —Su madre apareció por la terraza, se le abrazó al pecho y él le besó la frente—. ¿Muy cansado?, ¿has podido dormir en el avión?

—He dormido como doce horas, pero sigo cansado. ¿Dónde está Bella?

—Ha ido a una entrevista de trabajo, William gestionó todo muy rápido para que hoy la recibieran en el hospital.

—Algo me dijo de que iba a mover sus hilos, pero no sabía que era hoy, tengo los días trastocados. ¿Puedo tomar algo fresco?, ¿un zumo o...?

—Claro, siéntate con Nancy, ahora te lo traigo.

Le sonrió y se desplomó en una butaca junto a Nancy, que estaba descansando en la terraza

acristalada de su madre, porque desde que había salido del hospital vivía con ella. Liz no la había querido dejar sola en su casa, sin ayuda salvo la de Isabella, y las dos habían accedido encantadas a recibir su hospitalidad, algo que a él personalmente tranquilizaba muchísimo.

—¿Has hablado con Isabella por teléfono, cielo?

—Sí, desde que mamá me avisó de tu operación varias veces.

—Se ha portado de maravilla, es increíble, y pobrecilla, sola con todo porque ni Hugh ni Chris han hecho demasiado.

—Espero que se lo digas a ella.

—Se lo he dicho, no te preocupes —Le acarició el brazo—. Sé la hija que tengo, aunque ella crea que Chris es mi ojito derecho, en realidad, ella es de la que más me orgullosa me siento.

—Me alegra oír eso, porque no hay nadie mejor que tu hija.

—Lo sé, es un milagro, tú siempre lo has sabido, ¿verdad?

—Ya han empezado a dismantelar la casa de Nancy —comentó su madre irrumpiendo en la terraza con un vaso enorme de zumo de frutas—. Hemos contratado una empresa de mudanzas para que embalen y se lleven todo a un guardamuebles.

—¿Tan rápido?

—Bueno, ya que ha decidido vender, Bella y yo pensamos que cuanto antes mejor. Han empezado hoy, pero ya puedo ofrecer la propiedad vacía.

—Vaya, sí que habéis corrido.

—Prefiero deshacerme de ella antes de que me arrepienta —intervino Nancy—. Me gasté casi todo lo que tenía en esa casa cuando volvimos a Sydney, se van a cumplir treinta años y solo me ha dado gastos. Tengo recuerdos maravillosos allí, pero Isabella tiene razón, hay que vender y buscar en seguida un pisito pequeño.

—Por eso no te preocupes, te puedes quedar aquí el tiempo que sea necesario, ya sabes que tengo espacio de sobra.

—O te puedes venir a mi casa, que aún es más grande —Le dijo Oliver guiñándole un ojo.

—Gracias, mi vida, pero esperaremos a encontrar en seguida un pisito pequeño frente al mar, me hace mucha ilusión vivir en algo recogido y tranquilo...

—Hola...

Oír la voz de Bella le paralizó el pulso, como siempre, y miró hacia la puerta para verla ahí de pie, vestida muy formal, con un vestido precioso color beige y el pelo recogido. No llevaba apenas maquillaje, ni joyas, ni nada fuera de lo normal, pero sí llevaba tacones y un poco de carmín, y le pareció la chica más preciosa del universo.

—¡Oli!, ¿qué tal?

No le contestó, se levantó, estiró la mano y la abrazó, muy fuerte contra su pecho, sintiendo su calor y percibiendo el aroma de su perfume suave y delicioso, y ella respondió el abrazo en silencio mucho rato, hasta que se separaron y lo miró a los ojos con una sonrisa resplandeciente.

—¿Estás bien?, ¿ya has pasado por tu casa?, debes estar agotado.

—He venido directamente desde el aeropuerto, estoy cansado, pero me alegro de estar aquí.

—Acabo de ver a tu hermano William, hemos podido charlar un ratito después de mi entrevista de trabajo.

—¿Qué tal ha ido, hija?

—Genial, gracias a Dios, empiezo el lunes y en turno de tarde.

—¡Madre mía, qué bien! —Exclamaron todos y ella dejó el bolso en una mesa.

—Pensé que me iban a dar la noche, pero como la tarde suele ser muy movida por las operaciones de la mañana y se necesita más personal, me han cogido de inmediato. La jefa de servicio, la señora Crowley, me vio y dio el visto bueno antes de poder abrir la boca.

—Porque eres una enfermera maravillosa, cariño.

—Bueno, hace tres años me fui del hospital sin querer renovar el contrato y pensé que me iban a echar la charla, pero nada. Seguro que los “hilos” que movió el doctor Campbell sirvieron para algo.

—Seguro, pero también te precede tu fama. William dice que tienes una hoja de servicio excepcional —Comentó sin poder quitarle los ojos de encima y ella le sonrió.

—Es un encanto. ¿Qué tal tú, mamá?, ¿has comido bien?, ¿has salido a pasear un poco?

—Sí, hemos caminado por el jardín, hemos comido genial y ahora, ver a Oli aquí, me ha subido más el ánimo.

—Me alegro mucho. Si os parece bien voy a cruzar a casa a ver a los de la mudanza y a despertar a Chris, que seguirá durmiendo —se acercó a su madre para echarle un vistazo de cerca y le dio un beso en la frente antes de girarse hacia la calle—. Vuelvo en un ratito, Liz.

—Tómate tu tiempo, cielo.

—Muchas gracias. Oliver, te veo luego, voy a...

Le hizo un gesto con el pulgar hacia la calle y desapareció por el pasillo. Él la siguió con los ojos admirando el contoneo de su trasero perfecto enfundado en el vestido beige, y sus piernas preciosas sobre esos tacones tan sexys, y tragó saliva, embobado como un crío, hasta que su madre le tocó un brazo para que volviera al mundo real.

—¿Quieres comer algo, cariño?, tenemos pasta fresca recién hecha. ¿Oliver?

—Mmm, no sé...

—Te puedo hacer un filete o lo que te apetezca.

—No, yo...

—Síguela, cielo, ve con ella. Luego nos vemos.

Dijo Nancy muerta de la risa y él les sonrió, le dio un beso a cada una y salió detrás de Bella, no corriendo, sino despacio, hasta que llegó a su jardín donde un camión de mudanzas estaba preparado para ir metiendo las primeras cajas. Se quedó observando a los operarios un rato, los saludó con la mano, y luego pasó dentro de la casa para buscarla, pero no la encontró.

Recorrió toda la primera planta, el jardín trasero, la cocina y hasta el invernadero, y luego decidió subir a la segunda planta dónde estaban las habitaciones de la familia. Entró en la de Chris, que estaba hecha un desastre, pasó por la de invitados y se fue directo a la de Bella, que estaba al final del pasillo. Llegó allí comprobando que estaba todo más o menos intacto, y oyendo unas voces y unas risas, y se asomó a tiempo de ver a los dos hermanos Howard acostados en la cama y mirando el techo.

—¡La madre que te parió!, hablando del rey de Roma. ¡Oliver, hijo de la gran puta! —gritó Chris al verlo y saltó de la cama para abrazarlo—. Tenía tantas ganas de verte, hermano.

—Y yo a ti, ¿qué tal estás?

—Salvo por lo de *milady*, que nos ha tenido muy jodidos, bastante bien. Mira... estábamos cachondeándonos de ti.

Lo acercó a la cama y le indicó el techo donde aún estaba pegado el primer póster que habían hecho de una foto suya, cuando había fichado por los Sydney Roosters a los diecinueve años, y se echó a reír.

—Madre mía, ¿cómo tienes eso todavía ahí, Bella?

—Tu fan número uno, no podemos culparla, se dormía mirándote.

—¿Qué tiempo tiene? ¿doce años?

—Trece —Respondió ella.

—Le estaba diciendo que podría subastarlo en Ebay —Chris se tiró en la cama junto a su hermana y lo obligó a hacer lo mismo para quedarse los tres acostados mirando el techo—. Es de los primeros, está firmado y tiene un corazoncito pintado por ti, seguro que podría sacarle una pasta.

—No creo, pero, bueno...

Se calló mirándolo todo, porque no recordaba la de veces que había estado allí durmiendo con Bella a escondidas, o con el permiso de sus padres, solo, cuando ella estudiaba hasta tarde o incluso los tres en esa misma posición, con Chris en medio, y sintió un pellizco de nostalgia muy fuerte en el pecho.

—No sabía que tenías el dormitorio igual que siempre.

—Ya, mi madre nunca ha querido mover nada y a mí me daba pereza.

—Pues ahora se moverá a lo grande —Opinó Chris—. Menuda faena, tíos, me da mucha pena vender esta casa.

—A mí no, esta casa ha arruinado a mamá, nunca debió mantenerla tanto tiempo.

—Ya habló el sentido común. Qué cansina eres, hermanita, pero te quiero de todas maneras... ¡mierda!, tengo que responder —Se sentó mirando su teléfono móvil—. No os cortéis por mí, echad un polvo, yo me bajo a hablar por teléfono.

Salió corriendo del cuarto hablando en francés y Oliver no se movió, Bella, tampoco, así que cerró los ojos y se relajó, porque estaba cansadísimo.

—Yo podría comprar la casa.

—¿Tú?, ¿para qué quieres otra casa en Mona Vale, Oliver?

—Por inversión, y vosotros podríais seguir viviendo aquí tranquilamente.

—No. Gracias, pero no.

—Podría pedir a tu madre un alquiler simbólico y yo pagaría los gastos más gordos.

—Te lo agradezco muchísimo, te honra ser así de generoso, Oli, pero no puedo permitirlo y, además, creo que ha llegado la hora de que mi madre viva según sus posibilidades. Tiene sesenta años y ha estado muy enferma, es el momento perfecto para que asuma su realidad y viva de acuerdo a sus ingresos.

—¿Estás segura? —Giró la cabeza y la miró a los ojos.

—Sí, es importante que madure de una vez. Con el dinero que le quede de la venta pagaré deudas, podrá comprar algo más pequeño y cómodo, y vivirá muy tranquila, sin necesidad de andar haciendo trabajos de decoradora mal pagados, ya verás.

—Y ¿tú qué harás?

—Me quedaré con ella hasta que esté del todo bien y la ayudaré con mi sueldo. Tu madre dice que podemos quedarnos en su casita de invitados hasta que consigamos el piso perfecto.

—Lo tienes todo planeado, como siempre.

—Bueno, esta vez estoy contando con la ayuda de Liz, que se está portando de maravilla con nosotras.

—También me tienes a mí, que he vuelto de Italia solo para que cuentes conmigo.

—Oli...

Lo miró a los ojos, estiró la mano y le acarició la mejilla, él le sujetó la mano y se la besó.

—¿Qué tal estás, Wallabí?

—Estoy bien, ¿tú cómo estás?

—Agotado con el viaje, tanto, que creo que estoy soñando y esto no es verdad. Parece mentira que estemos juntos en tu cama y en casa de tus padres.

—Es surrealista —soltó una risa y miró el póster del techo—. No sé cuántas horas de mi vida me he pasado mirando ese póster, creo que no podré desprenderme de él, lo voy a bajar y me lo guardaré. ¿Me ayudas a despegarlo?

—Claro, pero dame un minuto, me ha bajado el cansancio de golpe, supongo que es el estrés sumado a un *jet lag* cojonudo... —confesó con sinceridad, sintiendo cómo se le cerraban los ojos, y ella asintió, se le acercó y se le acurrucó en el pecho.

—Menudo par de blandengues, Oliver, yo también me muero de sueño.

—Nos estamos haciendo mayores.

—Ya... y tu pecho sigue siendo el mejor lugar del universo para dormir.

Susurró con total naturalidad, pegándose más a él, y él estiró la mano y le acarició la espalda percibiendo como el cansancio lo vencía sin que pudiera oponer resistencia. Se incorporó

un poco y le besó el pelo, ella ronroneó aferrándose a su camiseta, cerró los ojos y se durmió.

9

—¡Isabella!

Escuchó su nombre y se detuvo a mitad de la escalera, se giró y vio a William Campbell llamándola con la mano. Iba sin la bata blanca, luciendo vaqueros y un jersey celeste muy finito, y se le acercó seguido por una chica rubia guapísima y Sashi, la mujer de Alex, a la que había conocido en Londres y que llevaba a su bebé en los brazos.

—¡Hola!, ¿qué tal?

—Muy bien, gracias, ¿qué tal tú?, ¿qué tal la primera semana de trabajo?

—Muy bien, muy contenta, muchas gracias.

—Te presento a mi mujer, Sophie. A Sashi y a Alexander ya los conoces.

—Encantada —Saludó a Sophie y luego acarició la carita de Alexander, que lo miraba todo con sus ojazos azules enormes—. Hola, chiquitín, has crecido un montón.

—Bueno, han pasado dos meses desde la última vez que nos vimos —Le dijo Sashi—. ¿Qué tal tu madre?, Oliver nos contó que se ha recuperado muy rápido.

—Sí, gracias a Dios ahora está muy bien, aunque han sido dos meses complicados.

—Me imagino.

—¿Qué tal vosotros?

—Muy bien, aumentando la familia —Susurró William muy sonriente y su mujer movió la cabeza agarrándose a su brazo.

—No puede callárselo, es increíble.

—¿Vais a ser papás?, enhorabuena.

—Sí, por segunda vez, nuestro hijo Sean ya tiene dos años, así que estamos muy ilusionados.

—Qué bien, me alegro mucho.

—Sí, es un embarazo en grupo —intervino Sashi limpiando la carita de su bebé y Bella la miró con cara de pregunta—. Las dos estamos embarazadas. Londres obró su magia y estamos las dos de diez semanas. Un recuerdo del Torneo Seis Naciones.

—¿En serio? —los tres asintieron muertos de la risa—. Madre mía, qué bien, enhorabuena al grupo entonces.

—Muchas gracias, no ganamos el torneo, pero nos trajimos un regalito.

—¿Te vienes a cenar?, tenemos reserva en... —Le preguntó Sophie y ella negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero no puedo, estamos buscando piso mi madre y yo y me enseñan uno dentro de media hora en Mona Vale.

—Vaya, pues otra vez será.

—Sí, por supuesto, muchas gracias y enhorabuena otra vez. Adiós.

Se despidió de los cuatro y salió corriendo hacia el aparcamiento para buscar el coche de su madre, que lo estaba usando desde que había vuelto a Sydney y que le estaba facilitando muchísimo la vida.

Se subió al Austin Mini pensando en el doctor Campbell y su vida familiar fuera del hospital, que para todos sus compañeros era un verdadero misterio, y se alegró por él y por su preciosa mujer, por su nuevo bebé, y también por el de Sashi y Alex, que formaban una pareja tan guapa y tan simpática.

Oliver le había contado que Sashi era la sobrina a la que había criado su padre tras la muerte de su hermano y su esposa en un accidente de tráfico, cuando Sashi, a la que habían adoptado en la India, solo tenía seis años. Muchas veces había oído esa historia en casa de Liz, que siempre había mantenido una relación estupenda con John Campbell, el padre de Oliver, y jamás se había imaginado que llegaría a conocerla, en realidad, que llegaría a conocer a todos los Campbell, pero la vida era así de sorprendente, y otra vez se alegró de que todos ellos estuvieran presentes en la vida de Oli, al que querían y cuidaban un montón.

Giró hacia la carretera, hacia Mona Vale, pensando en Oliver, y suspiró, porque desde que se había enterado de la enfermedad de su madre no la había dejado sola, primero por teléfono y luego en Sydney, cuando había llegado desde Italia para acompañarlas y estar presente, pendiente de todo, incluso pasando tiempo con Nancy, que desde la operación estaba más vulnerable y frágil que nunca.

Había tardado un poco en aparecer, porque su primer mensaje contándole la gravedad de su madre no le había llegado, pero en cuanto se había enterado había reaccionado de inmediato, la había empezado a llamar a diario, varias veces al día, y a la primera ocasión había viajado para estar en casa, y aquello no tenía precio.

Por su parte Liz, a la que ella consideraba una segunda madre, no las había dejado ni a sol ni a sombra desde hacía más de un mes, las tenía alojadas en su casa, lo que le había permitido volver al trabajo, e incluso se estaba ocupando de la venta de su propiedad. Nunca en la vida podría agradecer todo lo que estaba haciendo por ellas, nunca, y a veces la abrazaba sin decirle nada, porque no encontraba palabras suficientes para darle las gracias.

—Chris... —Respondió a la llamada de su hermano con el manos libres y él le habló con su marcado acento australiano haciéndola sonreír.

—Hi, *Mozzie* (2), ¿dónde estás?

—En la carretera entrando a Mona Vale, voy a ver un piso, ¿te vienes conmigo?

—No puedo, *Mozzie*, estoy en el aeropuerto, me voy un par de días a Byron Bay.

—¿Qué?!, se supone que estás cuidando de mamá.

—Está con Liz, dos asistentes, su fisioterapeuta, está muy acompañada y me ha dicho que me vaya. Necesito descansar.

(2) *Mozzie*, es como los australianos llaman a los mosquitos.

—¿Tú necesitas descansar?

—Qué tú no sepas descansar, mi querida hermana, no es culpa mía.

—No es que yo no sepa descansar, es que tengo que trabajar, aunque esté muerta cansancio después de los últimos meses que llevo encima.

—Isabella, cielo, no te quejes, si quisieras podrías vivir sin dar palo al agua, como una emperatriz y con un marido rico al lado. Eres la primera mujer de la familia Howard que se gana la vida como una plebeya cualquiera, pero, mira, parece que te gusta, así que no te hagas la víctima.

—Adiós.

—No te enfades, Bella, cariño, es una broma.

—¿Qué no me enfade?. No podemos abusar de Liz, no puedes esperar que ella se ocupe de tu madre mientras yo trabajo, no puedes hacer eso, y mucho menos para largarte a surfear a Byron Bay. ¿Qué te crees?, ¿que todos seguimos estando a tu servicio?

—Eres insufrible, *Mozzie*, al final vas a conseguir que hasta Oliver pase de ti.

—Vete a la mierda, Christopher.

Le colgó indignada, porque no había durado ni un mes ejerciendo de persona responsable, y a medias, porque solo había estado con su madre o echado una mano exclusivamente cuando le había venido bien, y bufó llegando a la zona del campo de golf de Mona Vale, donde estaba el ático que le había encontrado la agencia inmobiliaria de Liz.

Buscó el aparcamiento intentando no pensar más en el golfo de su hermano, porque le dijera lo que le dijera iba a seguir haciendo lo que le viniera en gana, giró y se encontró el Hummer amarillo de Oliver, y a su lado él, guapísimo con vaqueros, una camiseta blanca y una gorra de béisbol, esperándola muy sonriente.

—¿Y esta sorpresa?, ¿tú me vas a enseñar el piso?

—Sí, a estas horas nadie de la agencia podía venir —le mostró las llaves—. Me he ofrecido a ayudar un poco, así lo veo contigo. Me interesan mucho los pisos de esta zona.

—Vale, gracias.

—Vamos allá.

Le guiñó un ojo y le indicó el edificio de ocho plantas donde estaba ese ático pequeño, pero al parecer muy bonito y con vistas al mar, que le había seleccionado Liz personalmente. Todo apuntaba a que le iba a encantar, y se metió en el ascensor mirando a Oliver de reojo, tranquila y tratando de no estar a la defensiva, porque se suponía que, tras dormir una siesta muy larga en su cama, el mismo día que había regresado de Milán, habían enterrado el hacha de guerra y eran amigos otra vez, y no pensaba estropearlo.

—¿Qué tal los entrenamientos.?

—Muy bien, todo normal, ¿tu trabajo?

—Muy bien. Acabo de ver a tu hermano William, a su mujer y a Sashi con su bebé saliendo del hospital. Me han contado que están embarazados.

—Ya, qué pasada, me lo han dicho esta mañana. Es increíble, las dos parejas a la vez.

—Así podrán criar a los niños juntos.

—Bueno, William y Alex no se llevan demasiado bien, se toleran principalmente por Sashi, que para William es su hermana, pero de ahí a hacer piña y criar bebés juntos... no sé yo...

—¿Ah sí?, vaya, pensé que todos os llevabais de maravilla.

—Sí, bueno, yo me llevo fenomenalmente bien con los dos, pero ellos, por separado, tienen sus reservas. Es una historia muy larga, ya te la contaré. Hemos llegado.

Llegaron a la última planta, salieron al pasillo y él abrió la puerta del ático que tenía setenta metros cuadrados y unas vistas preciosas, le había dicho Liz, y entró allí sabiendo de inmediato que ese era el sitio perfecto. No estaba muy lejos de su calle de siempre, tenía el campo de golf al lado, el mar delante y lo más importante, entraba en su presupuesto una vez vendida la casa de su madre.

Le echó un vistazo rápido a las dos habitaciones en suite, a la cocina y al salón, y buscó a Oliver, que había salido a la terraza para mirar la playa.

—Me encanta, creo que no buscaré nada más.

—¿En serio?, tú no eres nada exigente, Bella, míralo bien, y ven a verlo otro día por la mañana.

—No necesito mirar nada más, es justo lo que necesitamos, vamos, lo que necesita mi madre. Estoy segura, no encontraremos nada parecido en Mona Vale.

—Es muy bonito, los materiales son de primera, tiene una buena vista y está frente a la playa, me gusta, aunque es diminuto y no sé dónde va a meter tu madre todas sus cosas.

—No necesita tantas cosas, las dejaremos en el guardamuebles, y el tamaño es el ideal. Muchas familias viven en menos metros que estos, no hace falta más y entra en su presupuesto. En cuanto se venda la casa haremos una oferta.

—Lo que tú digas... —Se apoyó en la barandilla de la terraza mirando la noche caer sobre el mar y ella se le puso al lado haciendo lo mismo.

—¿Sabes que Chris se ha largado a surfear a Byron Bay?

—Sí, me lo encontré en casa de mi madre y me pidió pasta, pero no se la di, no te preocupes.

—Es increíble, no he visto un tío con más cara dura en toda mi vida... bueno, no, también está mi padre.

—De tal palo...

—Qué triste, como no se case pronto con una mujer rica y generosa, no sé qué será de su vida.

—Siempre cae de pie, no te preocupes.

—Eso es cierto... —Se calló y él se giró buscando sus ojos.

—¿En qué piensas, Wallabí?

—No sé, quiero mucho a mi hermano y no quiero parecer mezquina, pero a veces pienso que mientras caiga de pie y todo le salga rodado no va a madurar, ni a crecer, ni a convertirse en una persona autosuficiente. A veces un buen palo ayuda, aunque ni siquiera la enfermedad de mamá lo

ha hecho reaccionar y es muy frustrante.

—Lo frustrante es que lo sigas viendo como tu responsabilidad. Chris es tu hermano mayor, no estás a cargo de él, deja ya de preocuparte por lo que hace o deja de hacer, no prestes atención a sus gilipolleces.

—El problema es que sus gilipolleces nos afectan también a nosotras. No puedo con todo yo sola.

—Tú no estás sola, Bella, nunca estarás sola, me tienes a mí.

—Muchas gracias, lo mismo digo —lo miró de frente y le sonrió—. No sé qué habría hecho sin tu madre, sin vuestro apoyo, yo...

—No me refiero a este tema en concreto, me refiero a siempre. SIEMPRE podrás contar con nosotros, especialmente conmigo, ¿lo sabes o no?

—Sí.

—Ok, gracias.

—Gracias a ti.

Lo observó con ganas de abrazarlo y comérselo a besos, pero se contuvo y miró otra vez el mar en calma, él suspiró e hizo lo mismo.

—Alex y Sashi se casan dentro de un mes.

—¿No están casados?, yo pensé...

—En serio, tenemos que ponernos al día.

—Es verdad, quiero me lo cuentes todo sobre tus hermanos. Los dos me parecen majísimos.

—Lo son, son estupendos y Alex, que tuvo a su hijo mayor, Jackson, a los diecinueve años, nunca se ha casado, porque nunca ha creído en el matrimonio, pero ahora se declaró a Sashi como un veinteañero en Londres, con anillo y rodilla en tierra, delante de todos nosotros. Fue genial y pensaban tomarse el asunto con calma, pero con la noticia del segundo embarazo han decidido casarse en seguida.

—Ma alegre mucho por ellos, son tan agradables, y ella es preciosa, ¿verdad? Sophie Campbell es un bellezón, pero Sashi... no sé, parece una princesa de cuento, tan exótica y elegante, tan... ¿qué?

—preguntó al ver que no le quitaba los ojos de encima y él movió la cabeza—. ¿A qué se dedica?, ya sé que Sophie es pintora, pero...

—Sashi es veterinaria. Se ha pasado casi toda su carrera en el Kakadu National Park, es especialista en fauna salvaje.

—¿El Kakadu National Park?, qué pasada, ¿te acuerdas de...?

—Claro que me acuerdo, lo pasamos genial... —respiró hondo—. En resumen, ¿quieres ser mi acompañante en la boda?, la celebrarán en un rancho precioso de...

—¿Yo?, ¿no estás saliendo con alguien?

—¡Me cago en la puta, Bella!, ¡cómo te atreves a preguntarme eso?!

—Oye, no me grites, es una pregunta de lo más normal. Has salido con cientos de chicas desde que lo dejamos.

—Tal vez, pero al menos yo no me he comprometido con ninguna.

Fue igual que recibir un jarro de agua fría y le sostuvo la mirada entre dolida y enfadada, decidiendo sobre la marcha que sus buenas intenciones, esas de ser buenos amigos, eran inútiles. Dio un paso atrás, giró hacia el interior del ático y buscó su mochila con los ojos.

—¿Te vas?

—Sí, Oli, no pienso pelearme contigo.

—Has empezado tú, y no he dicho nada que no sea cierto. Yo he podido salir con muchas mujeres, pero tú te ibas a casar con otro.

—Adiós.

—Eso, sal corriendo...

—Me iba a casar con otro porque intentaba recomponer mi vida ¿sabes? —se volvió y lo señaló con el dedo—. Me tuve que ir de aquí porque tú no dejabas de engañarme, porque tú no dejabas de traicionar nuestra relación, nuestro amor, nuestra confianza... me fuiste infiel muchas veces, me hiciste mucho daño y tuve que huir, sí, no me avergüenzo de eso, como tampoco me avergüenzo de haber intentado buscar mi felicidad lejos de ti.

—Te pedí perdón de rodillas, Bella, yo nunca he dejado de amarte, con toda mi alma...

—No necesitaba que me pidieras perdón, necesitaba que no siguieras pisoteando lo nuestro. Las disculpas no sirven de nada cuando el daño es tan inmenso, Oliver.

—Lo sé y lo siento mucho. Fui un imbécil, y me arrepentiré toda la vida haberte defraudado, haberte hecho daño, pero eso no ha impedido que siga enamorado de ti.

—Ojalá el amor fuera suficiente, porque yo también te quiero, más que a mi vida, pero... ya no confío en ti y sigo sufriendo cada vez que recuerdo aquellos años oscuros y horribles en los que me faltabas al respeto acostándote con cualquiera, y luego volvías a nuestra cama mintiéndome y jurándome que no pasaba nada, que los rumores eran falsos. Eso no se le hace a nadie, menos a tu mejor amiga, a tu novia de toda la vida.

—Cariño... lo siento tanto...

Se acercó para abrazarla y ella se dio cuenta de que estaba llorando.

—Vale, no hablemos más de esto, el pasado está enterrado, pero no te atrevas a reprocharme nada, menos lo de Peter, porque tenía, y sigo teniendo, todo el derecho del mundo a rehacer mi vida y a intentar ser feliz.

—No sin mí.

—Oliver, es imposible razonar contigo.

—Escucha, sé que nos queremos más que cualquier otra pareja en el mundo, que aún somos muy jóvenes y podemos intentarlo de nuevo, dejar el pasado de verdad atrás y comenzar de cero. ¿Quieres que busquemos una terapeuta?, lo haremos, haremos todo lo que sea necesario para que esta vez sea la definitiva. Yo no puedo vivir sin ti, ¿no lo ves?, y tú tampoco puedes.

—Madre mía...

—Mírame a los ojos y dime que puedes vivir sin mí, Wallabí. Dilo, vamos...

—No me toques —Se apartó de él de un salto y él no hizo ningún caso y volvió a cogerla por las caderas.

—Bella, ¿no sabes cuánto te quiero?, no puedo ni expresarlo con palabras.

—Eres muy pesado, me largo —Lo apartó y caminó hacia la puerta.

—No sabía que Isabella Rose Howard no tenía los ovarios necesarios.

—¿Perdona?

—Vamos, nena, no tienes lo que hay que tener para quedarte a solas conmigo, eso es lo que te pasa.

—Serás capullo...

Sonrió moviendo la cabeza y lo miró de arriba abajo, ahí tan tremendamente guapo con sus ojazos azules y su cuerpazo de infarto. Su pinta de australiano fuerte y saludable, sexy e irresistible, y volvió a tirar la mochila al suelo.

—Ok, me quedo, ¿qué quieres hacer?, ¿cenamos?

—No es el mejor plan de la noche, pero me vale, venga, vamos a cenar.

Ella respiró hondo y se le acercó mirándolo a los ojos, poniéndolo nervioso, como cuando tenía catorce años y apenas era capaz de sostenerle la mirada, y un pellizco de satisfacción la hizo hacer algo que se había jurado que nunca más, en lo que le restara de vida, iba a volver a hacer.

Empujada por el sitio desconocido, la noche, los recuerdos, la añoranza, el amor o por pura y simple lujuria, se le pegó al cuerpo, se puso de puntillas, lo sujetó por la camiseta y lo besó, primero despacio, sin mucho afán, hasta que él la asió por la cintura y entonces abrió la boca y le pegó un beso de verdad, con ansiedad y muchas ganas, con la necesidad dormida de más de tres años echándolo de menos, y con la certeza de que solo en sus brazos podía sentir lo que necesitaba sentir.

—¿Quieres tener una aventura conmigo, Oliver Watson-Campbell?, así, ¿sin compromiso? —Le susurró sobre la boca y él se la mordió.

—Yo estoy comprometido contigo desde que tengo doce años, Wallabí.

—Ya, ya.

—Sabes que es verdad, que pase lo que pase o haga las estupideces que haga, sigo siendo tuyo y tú mía, porque somos una sola persona.

—Eso suena muy poético, pero...

—Ya no soy el que era, Bella, ya no soy una estrellita del rugby de veinte años al que acosaban las mujeres y se dejaba acosar. Ahora soy otra persona, he crecido. He sufrido hasta lo indecible perdiéndote por culpa de mi inmadurez, pero he aprendido la lección, he tenido paciencia, nunca me he rendido contigo y, aunque te veía intentando rehacer tu vida, sabía que volveríamos a estar juntos, que volverías a mí, porque es nuestro destino y no podemos, aunque lo intentemos, huir de nosotros mismos.

—Oli...

—Yo no soy como tu hermano, que no aprende de los palos que le da la vida, yo he madurado, soy otro hombre, déjame, por favor, demostrártelo.

—¿Sabes que casi a diario, al menos una vez al día, solo quiero olvidarme de todo e ir a buscarte?

—No, no lo sabía.

—Y no lo he hecho en tres años porque me da miedo repetir el pasado. Yo no soy tan fuerte como se cree todo el mundo, como te crees tú, y no podría volver a pasar por lo que pasamos.

—No se repetirá, te doy mi palabra de honor —Le clavó esos ojos azules tan intensos y ella empezó a desarmarse de verdad—. ¿Crees que quiero volver a perderte?, ¿eh?, si sabes que apenas puedo respirar sin ti, mi amor. Lo sabes.

—No lo sé, yo...

—Empecemos por ir juntos a la boda de mi hermano —sonrió relajando tanta tensión y ella hizo lo mismo—, y luego Dios dirá.

—Eres muy cabezota, Oliver, en serio.

—Soy medio escocés, a cabezota no me gana nadie.

Soltó una risa y lo besó otra vez, cada vez más excitada, ya sin poner puertas al campo, hasta que se detuvo, lo miró a los ojos, le acarició la cara con las dos manos y él lo entendió todo, la cogió en brazos como a una pluma, la apoyó contra la pared sin dejar de besarla, y le subió el vestido hasta la cintura antes de desabrocharse los vaqueros, romperle las braguitas y penetrarla con un quejido profundo.

Se arqueó, teniendo un orgasmo nada más sentirlo dentro, se sacó el vestido de un tirón y se aferró a él con brazos y piernas, besándolo y lamiéndolo sin parar. Disfrutando de su piel suave, caliente, pegada a su cuerpo, con los pezones a punto de estallar contra su torso perfecto y fuerte. Sostenida por esos brazos seguros que siempre la abrazaban con tanta propiedad, con tanto amor, mientras la embestía como si la fuera a partir en dos o se fuera a acabar el mundo sin que le importara lo más mínimo porque estaba con él.

Al fin estaba donde tenía que estar, pensó en medio de la locura, con Oliver, que era como volver al hogar, y no sabía ni cómo habían llegado a ese punto, pero de repente nada le importó y se sintió feliz.

—Madre de Dios, Bella... madre de Dios...

Bufó él eyaculando dentro de ella, con una mano apoyada contra la pared, y ella le besó el cuello jadeando, después de un segundo orgasmo descomunal y maravilloso.

—No hemos perdido el toque, señorita Howard, no hay nada igual en este universo —le dijo apartándole el pelo de la cara e inclinándose para besarla y ella asintió—. No sabes cuánto te he echado de menos, mi pequeña y preciosa Wallabí.

—Yo también te he echado de menos, Oli.

—¿En serio?

—Sabes que sí... —le hizo un gesto para que la posara en el suelo y se inclinó para recoger su ropa—. Voy al cuarto de baño, ahora vuelvo.

—Bella... —la sujetó por una muñeca y la hizo volver para darle un beso en la boca—. Mírame.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi amor.

10

Un rayo de sol le dio de lleno en la cara y se despertó lamentando no haber cerrado las cortinas. Se restregó la cara con una mano y de pronto se sintió muy feliz, porque recordó su noche de amor loca con Bella, sus dos semanas de amor desatado con Bella, y estiró la pierna para comprobar que seguía en su cama.

Afortunadamente no se había ido, se había quedado a pasar la noche con él, y giró despacio hacia ella para contemplarla en todo su esplendor. Desnuda boca abajo sobre las sábanas, el pelo oscuro tapándole la cara, su piel suave y tersa al alcance de su mano.

Respiró hondo y se contuvo para no tocarla, porque quería dejarla descansar. Su trabajo era agotador, requería precisión, concentración y muchas horas de entrega absoluta, así que necesitaba descansar bien, dormir lo suficiente, a pesar de lo cual, la víspera, había decidido pasar a verlo, se había quedado a cenar con él y finalmente habían hecho el amor hasta muy tarde.

Estaba muy ocupada entre el hospital, atender a su madre y todo lo demás, pero como siempre, como antes, había priorizado en él y le había dedicado la noche entera. Ella era así, se entregaba a tope con todo y por eso la quería tanto. Ahora solo necesitaba dejar que la cuidaran a ella, de lo que pensaba encargarse personalmente y de forma continua el resto de su vida.

Sonrió como un idiota pensando que estaba con él, que había vuelto con él una noche cualquiera en un ático vacío de Mona Vale, y dio gracias a Dios por el milagro. Llevaba años intentando que lo escuchara, que lo perdonara, y de repente, sin haberlo forzado, aquello había sucedido, lo había mirado a los ojos, habían hablado y le había dado otra oportunidad. Era demasiado bueno para ser cierto y aún seguía temiendo que no fuera más que un sueño. Un sueño que duraba ya dos semanas y que no habían compartido prácticamente con nadie.

Sin pretenderlo sus madres se habían enterado al verlos juntos, sin abrir la boca, y habían tenido que confirmarles lo que estaba pasando, y él se lo había contado a William y a Alex, pero a nadie más. No quería que se lo estropearan, que los contaminaran con dudas u opiniones ajenas que no necesitaban, y habían hecho un pacto tácito de mantener su reconciliación en la intimidad. Total, tampoco es que ella se hubiese ido a vivir con él o los hubiesen pillado enrollándose en público, así que podían tomárselo con calma, aunque a veces él, de lo feliz que estaba, quería publicarlo y gritarlo a los cuatro vientos.

—Si me miras no puedo dormir —susurró Bella sin abrir los ojos y él sonrió.

—Lo siento, es que me encanta despertar y encontrarte desnuda en mi cama.

—¿Qué hora es? —se le acercó y se le acurrucó encima abrazándolo con todo el cuerpo.

—Las siete de la mañana.

—Vale, me quedan un par de horitas. Tengo que cubrir a Judith a partir de las once.

—Ok, sigue durmiendo...

—Sabes y hueles tan bien —le lamió el pecho y luego le mordió un pezón, él se puso duro en medio

segundo y le sujetó el trasero con la mano abierta—, pero promete que no te harás más tatuajes, ¿vale?

—No pensaba hacerme más...

Quiso girarla para ponerse encima, pero ella fue más rápida y lo montó de un salto, se estiró y se apartó el pelo de la cara para mirarlo con una sonrisa antes de acomodarse con sumo cuidado sobre su pene. Él gimió y le acarició los pechos a la par que la penetraba deslizándose por su intimidad húmeda y acogedora con el corazón saltándole en el pecho.

—Te quiero, mi amor —masculó ondulando las caderas a un ritmo suave y sensual, y se inclinó para besarlo—. Creo que nunca me cansaré de esto.

—Eso espero.

La giró y la penetró de frente, mirándola a los ojos, y se volvió loco comiéndole la boca, lamiéndola entera, llenándola de su saliva y su sudor, y tratando de llegar hasta lo más profundo de su cuerpo a un ritmo desbocado, porque no estaba para guardar la compostura, hasta que llegaron al clímax juntos y abrazados, sonriendo y besándose despacito antes de volver a quedarse profundamente dormidos.

—Vaya, dormilón, ¿a qué hora tienes entrenamiento?

Le dijo Tricia al verlo entrar en la cocina y él la miró con el ceño fruncido. Acababa de echar otro polvo sublime con Bella en la ducha, el segundo de la mañana, y estaba tan satisfecho y alegre que no fue capaz de echarla a la calle, pero le molestó bastante encontrársela en su cocina a las nueve de la mañana, y no le respondió.

—¿No estrenas esta mañana?

—¿Qué haces aquí, Tricia?

—Vine a traer un material de su patrocinador italiano, te han mandado varias cajas con ropa de regalo, y a ver si necesitabas algo. Hace mucho que no te veo el pelo.

—Buenos días. ¿Qué te pongo para desayunar, Oliver? —Le preguntó su chef acercándose con un vaso de zumo fresco de naranja y él le hizo una venia sentándose en la mesa que había junto a la terraza.

—Hola, Chip, ¿qué hay en el programa?

—Hoy puedes comer de todo, es día de hidratos y proteínas.

—Ok, pues, ponme huevos y bacon, un poco de cereales y fruta variada. Que sea una ensalada de frutas, que a mi chica le encanta, y unas tostadas, por favor.

—Eso está hecho.

—¿Tienes compañía? —preguntó Tricia acercándose a la mesa donde ya había dos manteles individuales preparados para desayunar y bufó muerta de la risa—. Joder, debe estar muy buena para que se quede hasta estas horas y la invites a desayunar.

—Hola, buenos días, Chip, Mirtha... —Bella entró en la cocina saludando al chef y a la asistente, y se acercó a la terraza recogiendo el pelo, Oliver le sonrió y vio como le cambiaba la cara al ver

a Tricia allí—. Hola, Tricia, ¿qué tal?

—¿Isabella Howard?, ¿no me lo puedo creer!, qué sorpresa verte por aquí. Pensé que Oli desayunaba con otra de sus habituales.

—Cállate ¿quieres? —Le espetó levantándose para saludar a Bella con un beso y le indicó la salida—. Si ya has hecho tu trabajo, vete, por favor, queremos estar solos.

—Eh, qué es una broma, Oliver, no te pongas así. Bella, me conoce.

—Mira, Tricia...

—Cariño, ¿qué hay de desayunar? —Isabella lo agarró de la mano y buscó sus ojos—. Puedo hacer tortitas o...

—No tienes que hacer nada, Chip se ocupa.

—Ah, claro, es verdad, gracias —Se sentaron a la mesa y Tricia, en lugar de largarse, se les acercó más.

—¿Qué sabes de tu hermano?, supongo que sigue en Byron Bay, ¿o se ha largado a otro sitio?. No coge el teléfono.

—Está en Sydney, volvió hace una semana —respondió Bella muy tranquila y Tricia palideció primero y luego se sonrojó.

—Entonces estará liado, voy a ver si lo llamo hoy, tenemos una cena pendiente.

—Tú misma.

—¿Qué quieres decir con eso, Isabella?

—Quiere decir que no lo llames, si no te coge el teléfono es porque no quiere hablar contigo.

—Nadie te ha preguntado, Oliver.

—Nadie te ha invitado a venir a mi casa.

—Muy bien, Oli, muy educado. Os dejo solos para que juguéis a las casitas... otra vez...

Soltó tan fresca y se giró hacia el salón como si nada, él sintió cómo se le disparaba el pulso e hizo amago de levantarse para soltarle unas cuantas cosas, pero Bella lo sujetó y le apretó la mano.

—¿Qué os pasa?, ¿estáis enfadados?

—Desde Londres la cosa va fatal y no he tenido tiempo ni ganas de hablar seriamente con ella, pero tenemos una charla pendiente.

—Bueno... mira, café, qué bien. Chip, muchísimas gracias —se interrumpió para mirar al chef y él le sonrió poniendo más delicias en la mesa—. Menudo lujo que te hagan el desayuno, es como estar de vacaciones. Qué rico todo.

—Si queréis algo más os lo hago en un segundo.

—Muchísimas gracias, todo está perfecto, ¿verdad, Oliver?

—Sí, sí, gracias —respondió muy revuelto y la miró a los ojos—. Mi madre lleva mucho tiempo advirtiéndome sobre la pésima actitud de Tricia, sobre sus aires de dictadora y su falta de

educación. He estado preguntando y mucha gente se ha sincerado y me ha contado algunas barbaridades que le han tenido que soportar. ¿Tú tienes algo que decir al respecto?

—¿Por qué no desayunamos tranquilos?. No me interesa nada hablar de Tricia, sabes que me cae fatal desde el colegio, y yo a ella también, así que...

—No, háblame, por favor, necesito saberlo todo para hacerme una composición de lugar. Está claro que conmigo no es como con los demás.

—¿Qué quieres que te diga? —desvió los ojos para concentrarse en su ensalada de frutas y él parpadeó empezando a temerse lo peor—. Hace mucho que no trato con ella.

—Sí, pero la conoces y necesito saber tu opinión.

—Bueno, me expulsó de las animadoras porque dijo que yo era muy “enana” para animar al equipo de rugby del colegio —bromeó y él se puso serio.

—Fuiste animadora hasta que yo me fui a la universidad.

—Porque mi madre se presentó en el colegio y montó un tremendo escándalo, puso una queja contra ella y Chris, por su parte, le juró que no volvería a dirigirle la palabra por el atropello, así que tuvo que readmitirme.

—¡La madre que me parió!, no me acordaba de eso.

—Es igual, pasó hace quince años, no tiene ninguna importancia, te lo digo para que te rías un poco. Vamos, come algo.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Qué más?

—No sé, nunca ha sido muy amable conmigo, pero es lo normal, supongo que está enamorada de ti desde siempre y por eso no me soporta, pero...

—Nunca ha estado enamorada de mí, siempre ha estado pillada por Chris.

—Y salió con él y le fue fatal, él se portó como un cabrón desalmado con ella y... —tomó un sorbo de café y lo miró a los ojos—. Nunca he entendido que siga siendo su amiga después de como la trató.

—Porque está loca por él, me lo ha dicho muchas veces, no lo oculta y, si hubiese habido el más mínimo resquicio de sentimientos hacia mí no trabajaría conmigo, créeme.

—A lo mejor por eso no te lo ha dicho.

—No, la conozco muy bien, no hay nada de eso.

—Yo no estaría tan segura, siempre ha animado para que nos peleáramos o nos alejáramos, no le ha importado alentar el conflicto, incluso empeorarlo, como en Londres llamando a Pamela Brown para que se presentara en el hospital. Lo ha hecho mil veces.

—Mi madre opina lo mismo, pero me cuesta creer que juegue en mi contra sabiendo lo que siento por ti.

—¿No era ella la que te mantenía al tanto de mis historias personales en Wellington para dejarme

mal?. ¿No ha intentado nunca ponerte en mi contra?

—Yo... —se calló, pensando en la de veces que le había calentado la cabeza contra Bella, incluso enseñándole fotos e historias que le habían hecho mucho daño, y se sintió bastante idiota—. Joder, no sé cómo no lo había visto antes.

—Ok, ya está claro, ¿podemos hablar de otra cosa? Come, seguro que el café se te ha enfriado.

—Me descoloca bastante tener al enemigo en casa.

—Cariño...

—Vale, olvídale, está bien, no pienso arruinarme el día pensando en sus gilipolleces, estoy demasiado contento para permitir que me estropee esto —se acercó y le dio un beso en la boca—. Sabes a fresas.

—Tú también y, ¿sabes qué?, debería irme, si hay tráfico ya voy demasiado justa —se puso de pie, se le acercó, se le puso entre las piernas y lo sujetó por el cuello para mirarlo a los ojos—. Me encanta desayunar contigo, pero tengo que marcharme.

—Sí que eres chiquitina, Bella... —susurró muerto de la risa acariciándole el trasero y ella movió la cabeza.

—Por eso me querían expulsar de las animadoras, con un metro sesenta en realidad era la más enana del grupo.

—Estabas más buena que todas las demás, de lejos, eras mi mini animadora perfecta.

—Qué mono eres, tengo que irme —soltó una risa y caminó hacia la puerta principal despidiéndose con la mano de Chip, y él la siguió hasta su coche llamando a los perros para sacarlos a pasear.

—¿Qué hacemos esta noche?, ¿vienes a dormir aquí? —Preguntó abriéndole la puerta del Austin Mini y ella suspiró.

—No puedo, esta noche ceno con nuestras madres porque me voy a probar los vestidos para la boda de Sashi y Alex. Tu madre tiene un montón de ropa y tengo que elegir algo ya para que de tiempo a arreglarlo.

—¿Por qué no te compras algo nuevo?

—No tengo presupuesto... —le puso un dedo en la boca para acallar sus protestas—. Liz tiene millones de vestidos, seguro que encuentro uno perfecto. Me voy, luego te llamo.

—Bella —la agarró por la cintura, la apoyó contra el coche y la besó—. Cómprate lo que quieras, ¿ok?, tienes todo el presupuesto del mundo, no me hagas suplicar para que me dejes regalarte algo bonito.

—Te quiero, mi vida, que tengas un buen día. Adiós, chicos.

Se despidió de los perros, se metió dentro del coche, le tiró un beso y aceleró hacia la salida. Él la siguió con los ojos y se quedó plantado allí hasta que la vio desaparecer, y mucho rato después, pensando en que ya la echaba demasiado de menos y pensando, aunque no le gustara, en Tricia y en las decisiones que pensaba tomar de inmediato con respecto a ella.

Había aprendido a llevar tacones desde muy jovencita porque salía, desde los catorce años, con alguien como Oliver, un tiarrón de más de metro noventa que encima era muy fuerte, pero no le gustaban demasiado. De hecho, solo los había empezado a usar porque la gente de su entorno, especialmente su hermano, se metía constantemente con su diferencia de estatura, pero los mantenía muy aparcados. En el trabajo, gracias a Dios, no los tenía que usar, y en su vida normal tampoco, pero ese día, el de la boda de Sashi y Alex Campbell, se los había puesto con mucho gusto y se sentía realmente cómoda y femenina.

Salió a la terraza de ese espectacular rancho a orillas del mar donde habían decidido celebrar la boda y sonrió viendo como la familia más cercana se estaba haciendo fotos con un marco incomparable detrás.

Estaban los tres hermanos, William, Alex y Oliver, muy elegantes vestidos con traje y rodeando a Sashi, que iba maravillosa con un sari de boda en tonos beige, y a su lado los tíos paternos, Fiona y Sean MacIntyre, recién llegados de Edimburgo, y todos sonreían al fotógrafo que les hablaba y los recolocaba para captar la mejor imagen, algo bastante sencillo, pensó Bella, porque todos eran guapísimos.

Se los quedó observando con una sonrisa hasta que sus ojos convergieron en Oliver, como siempre, no podía evitarlo, y un pequeño cosquilleo en el estómago le recordó que estaba otra vez con él (aunque en realidad no sabía si alguna vez había dejado de estar con él), que había dado mil pasos atrás en sus intenciones de rehacer su vida sola y que había sucumbido de nuevo a ese amor loco, intenso y salvaje que los unía de una forma tan auténtica y profunda que era muy complicado zafarse.

Se emocionó un poco viendo como le sonreía desde la distancia y le tiró un beso. Te quiero, le dijo en voz baja y respiró hondo espantando las dudas. Ya era tarde para lamentaciones, decidió, ya no podía arrepentirse de lo que estaba haciendo, ella no era una cobarde y si se había tirado a la piscina de cabeza no pensaba recular o replegar las alas, por una vez en años había seguido solo a su corazón, solo a su amor incondicional por él, y si así había pasado, así era como tenía que ser, no pensaba darle más vueltas, mucho menos ese fin de semana fuera de Sydney durante el cual solo aspiraba a pasarlo bien y divertirse.

Cogió una copa de champán de una bandeja e hizo amago de acercarse a Oliver, pero por el rabillo del ojo localizó a Liz sola en una mesa del banquete y se le acercó de inmediato porque estaba llorando. Llegó hasta ella, se le sentó al lado y la cogió de la mano, ella movió la cabeza y le acarició los dedos secándose los lagrimones.

—¿Qué pasa, Liz?, ¿te encuentras bien?

—No te preocupes, cielo, estoy bien, solo estoy emocionada, no puedo dejar de pensar en John

—Le indicó con la cabeza a los hermanos y respiró hondo—. Estaría tan feliz y orgulloso de ver a sus tres hijos juntos, compartiendo algo tan bonito, y a la niña de sus ojos, a Sashi, casándose con un hombre fuerte y cabal como su propio hijo Alexander. Es maravilloso.

—Sí que lo es.

—Él los adoraba a todos, aunque solo pudo criar a William, siempre estuvo pendiente de Oli y de Alex, bastante menos del pobre Alex, pero lo quería, y sé que se sentiría muy tranquilo viéndolo convertido en el marido de su sobrina, en el padre de sus hijos.

—Seguro que sí.

—Qué lástima que no haya llegado a ver este milagro con sus propios ojos.

—¿Por qué nunca los reunió en vida?

—Era todo muy complicado, cariño, y me consta que quería hacerlo. Todos los días pensaba en cómo poder enfrentar la verdad sin hacer daño a nadie, en cómo contarla sin perjudicar a nadie, sin embargo, esperó demasiado y no pudo ser, no le dio tiempo, murió de repente. Por eso, Bella, nunca hay que dejar las cosas para mañana, porque nunca sabes lo que va a pasar.

—Eso es cierto.

—Bueno, cariño —le sonrió y le acarició el brazo—. No lloro más, es un día demasiado feliz para llorar. ¿Qué tal estaba tu madre?

—Muy bien, feliz porque Chris la había invitado a comer, ahora estaban preparándose para ver una película juntos.

—Me alegro mucho. Mira qué guapos son...

Le indicó otra vez al grupo, al que se había sumado Jackson, el hijo mayor de Alex, con su hermanito Alexander en brazos, y Bella sonrió porque era cierto, eran todos unos chicos muy guapos, y muy altos, muy elegantes y atractivos, pero, sobre todo, eran estupendos. Los tres Campbell eran encantadores y caballerosos, inteligentes y divertidos, y se sintió tan feliz de ver a Oliver ahí, radiante abrazado a sus hermanos mayores, que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Venga, vamos a hacernos unas fotos —Le dijo Liz poniéndose de pie y ella negó con la cabeza—. Vamos, Isabella, que estás preciosa.

—No, no, después, ahora solo es para la familia.

—Cariño, tú no puedes ser más de la familia, venga...

—No, yo...

—¡Bella, ven aquí!

La llamó Oliver caminando hacia ella con la mano extendida y no le quedó más remedio que asentir, darle la mano y posar con toda la familia durante un buen rato, hasta que el bebé de Sashi se puso a llorar y decidieron posponer la sesión de fotos para más tarde.

—¿Así que conocías al tío John? —Le preguntó Sashi dos horas después, cuando estaban bastante más relajados, y Bella asintió.

—Sí, de cuando iba a ver a Oliver. Muchas veces nos llevaba a cenar fuera, a Oli, a mi hermano y a mí, sobre todo después de los partidos, y una vez, hace como diez años, compró unas obras de arte a mi padre, así que pasó bastante tiempo en mi casa y con mi familia.

—¿En serio?, ¿qué obras? —Intervino William.

—Un retrato de mi tatarabuelo pintado por Sir Joshua Reynolds, un paisaje de Ford Madox Brown y dos grabados de William Hogarth. Eran las últimas reliquias que conservaba mi padre del patrimonio de su familia en Inglaterra, Liz actuó como intermediaria y tu padre compró el lote antes de que saliera a subasta.

—¿Un retrato de Sir Joshua Reynolds? —preguntó Sophie con los ojos muy abiertos y ella asintió—. Menuda joya, ese hombre es uno de los pintores más importantes de la Escuela Inglesa.

—Así es y la familia de mi padre tenía varios cuadros suyos, aunque ahora solo queda uno en casa de mi tía Rose, en Londres.

—Y ¿qué hizo tu padre con esos cuadros, cariño? —Preguntó Sophie a William y él entornó los ojos antes de responder.

—Si no me equivoco, los donó a la Galería Nacional de Australia, en Camberra.

—No te equivocas —susurró Sashi—. Fuimos a la entrega oficial con la tía Edith justo antes de que enfermara.

—Vaya, pues, es increíble... —Sophie la miró muy sorprendida—. Perdona, Isabella, pero ¿cómo es que tu familia tenía un patrimonio pictórico tan alucinante?

—Su padre es el conde de Clarendon y su familia tenía muchas propiedades y obras de arte, y todas esas cosas que suelen tener las grandes familias inglesas —Intervino Oliver antes de que ella respondiera.

—Lástima que ya no queda casi nada, la familia empezó a arruinarse un poco antes de la segunda guerra mundial y mi padre acabó por liquidar el patrimonio hace diez años.

—¿Entonces tenemos que llamarte condesa o algo así?

—No... —se echó a reír—. Yo no voy a heredar el título, pero el tratamiento protocolario estricto para la hija de un conde sería de lady, aunque, afortunadamente, nosotros no lo usamos. Son formulismos que respeto, pero que me pillan bastante lejos.

—En ambientes muy conservadores y monárquicos que, aunque no lo creáis, abundan en Australia o Nueva Zelanda, les encanta llamarla lady, lo mismo a sus padres —se pronunció Liz con el pequeño Sean, el hijo de William y Sophie, en brazos—, y si salen en la prensa les ponen todos los títulos. Ya sabéis lo paletos que podemos llegar a ser.

—¿Y quién es el heredero al título?

—Mi hermano mayor, Chris, aunque se la refanfinfla un montón.

—Vaya... —soltó Alex moviendo la cabeza—, o sea que nuestro Oliver no se convertirá en conde cuando se case contigo, qué lástima.

—Muy gracioso, hermano —Bufó Oliver tirándole una servilleta.

—¡Eh! ¿no venís a bailar?

Jackson se acercó a la mesa para animarlos y les señaló a la banda que había empezado a tocar los primeros temas de la noche. Isabella asintió y se puso de pie para seguirlo, porque le encantaba bailar, y se pasó el resto de la noche bailando con todo el mundo, incluido Oliver, que no era muy aficionado al baile, pero que la acompañó en los temas lentos mientras hacía todo lo

posible por llevársela a la habitación del hotel donde iban a pasar dos noches de ensueño, y dos jornadas completas de surf, porque estaban muy cerca de una de las playas más surferas de Byron Bay.

—Este vestidito te queda demasiado bien, Wallabí...

Subieron las escaleras del hotel besándose e Isabella notó un pequeño mareo, porque se había bebido al menos seis copas de champagne y aquello superaba con creces su cuota de alcohol por noche, así que se sujetó con las dos manos a su camisa y Oliver la abrazó muy fuerte.

—Te dije que te estabas pasando, cariño, te conozco mejor que nadie.

—Es verdad, pero una boda es una boda y no tengo que conducir.

—Sí, pero yo te necesito sobria —bajó la mano por su espalda, alcanzó su muslo desnudo y deslizó la mano por debajo del minivestido hasta sus braguitas—. Madre mía, no se puede estar más buena.

—Lo mismo digo... estás impresionante con traje, Oli, te sienta de maravilla.

—Ok, vamos, date prisa.

La cogió en brazos, se la subió al hombro y se la llevó corriendo a la suite que les habían reservado Alex y Sashi. Ella entró cada vez más mareada, pisó la alfombra, tiró el bolso y los tacones al suelo, y caminó hacia la terraza para abrir las ventanas de par en par. Estaban a finales de julio, hacía frío, pero le dio igual porque necesitaba aire fresco, se apoyó en la barandilla mirando el mar inmenso y oscuro frente a ellos y luego cerró los ojos. Oliver se le acercó por detrás y la abrazó con todo el cuerpo.

—¿Qué te parece el nuevo noviete de Liz?

—Muy agradable y a ella le gusta mucho. ¿A ti qué te parece?

—Salvo por el hecho de que solo me habla de rugby, me cae bien. Ya era hora de que mi madre empezara a salir con alguien en condiciones.

—Exactamente... ¿sabes qué? —se giró, le besó el pecho y luego lo miró a los ojos—. Voy a darme una duchita rápida a ver si me despejo.

—Te acompaño.

—No, por favor, estoy muy mareada, mejor sola, ¿vale?

—Vale...

Le dio un cachete en el trasero y la siguió con los ojos hasta que entró en el cuarto de baño. Ella le tiró un beso, se sacó el vestido y se metió debajo de la ducha de agua caliente mucho rato, pensando en que no iba a volver a beber en lo que le restara de vida porque le sentaba cada vez peor, y se quedó allí recuperándose hasta que Oliver apartó la mampara y se la quedó mirando.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias, mucho mejor.

—Ma alegre...

Entró en la ducha, cerró otra vez la mampara de cristal y la empujó suavemente contra los

azulejos. Con una mano la levantó, la apoyó contra la pared y la penetró mirándola a los ojos, sin mediar palabra. Isabella jadeó y se sujetó a su cuello con las dos manos, besándole las mejillas, la frente, los ojos y los labios hasta que él abrió la boca y la mordió. La lamió mientras no dejaba de hacerle el amor como solo él sabía hacerlo, y ella empezó a perder el sentido muy pronto, aunque lo esperó y siguió su ritmo lento a veces, salvaje después, hasta llegar juntos a un orgasmo de los suyos, de esos que habían aprendido a conseguir a la vez desde muy jovencitos, y que la dejaban exhausta y temblando entera, con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Te quiero, Oli... —Le peinó el pelo con los dedos y él sonrió sin dejar de estar dentro de ella.

—Quiero que vuelvas a llevar el anillo de compromiso.

—Es un anillo muy caro y...

—Si quieres comparemos otro como símbolo de un nuevo comienzo.

—Oliver...

—Te he pedido matrimonio dos veces con el mismo anillo, igual está chafado, si quieres otro, buscaremos otro.

—No hace falta, en serio, no...

—¿Me vas a rechazar?, ¿no te vas a casar conmigo? —La posó en el suelo y se puso las manos en las caderas.

—¿Quién ha dicho eso?

—Vale, pues ponte el anillo de compromiso y casémonos, de hecho, deberíamos casarnos en seguida, llevo desde los dieciocho años esperando a que estuvieras preparada.

—Podemos...

—Quiero hijos, muchos, no hay ningún motivo para no casarse y empezar de una vez por todas a formar una familia. Ya hemos esperado suficiente.

—¿Hijos? —Sintió un pinchazo en el centro del corazón y le sostuvo la mirada, pero él se giró y salió de la ducha para buscar un albornoz.

—Podemos casarnos en casa, en la intimidad, o con una gran boda, como quieras, también podemos fugarnos a Las Vegas y casarnos como en las películas —volvió con una toalla y la envolvió besándole la frente—. No quiero esperar más, es absurdo seguir así.

—¿Podemos hablarlo en otro momento?, no creo que haya que precipitarse y podemos planearlo con calma.

—¿Más calma?

—Ay, Oliver, no...

Salió a la habitación y miró su bolso, que no dejaba de vibrar en el suelo, se agachó, lo agarró y lo abrió sacando el teléfono móvil. Gracias a Dios no era su madre, o su hermano, pero la persona que llamaba con número oculto no dejaba de llamar y supuso que sería algo importante, así que contestó observando como Oliver se quedaba quieto junto a la cama.

—Hola, ¿quién es?

—¿Eres Isabella?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy la novia de Oliver, necesito hablar contigo.

—¿Perdona?

—Sé que te ha llevado a la boda de su hermano porque quería cumplir con la familia, porque para él eres como su hermana pequeña, pero quería advertirte de...

—Espera un segundo...

Con toda la sangre fría del mundo, porque no era la primera vez que vivía una situación semejante, miró a Oliver a los ojos, pulsó el manos libres y dejó el aparatito sobre la cama.

—Te oigo, ¿qué querías decirme?

—Quería preguntarte si piensas dejar a mi novio de una puta vez en paz, y quería que supieras que si te apartas voy a hacerlo muy feliz, cosa que tú nunca podrás hacer. Es MI novio, nos amamos, tenemos el mejor sexo del mundo, quiero quedarme embarazada y necesito que te quites de en medio o...

—¿Quién es? —le preguntó Oliver muy tranquilo, en un susurro, y ella movió la cabeza.

—Perdona, ¿quién eres?, ¿me puedes decir tu nombre?

—Mi nombre no te importa, zorra lamentable, solo tienes que saber que soy la novia de Oliver Watson-Campbell y...

—¿Qué coño?! —exclamó Oliver y la chica del teléfono se calló— ¿¿Quién demonios dices que eres?!

El silencio se alargó unos segundos más e Isabella le sostuvo la mirada con el corazón a mil por hora, rememorando millones de malas sensaciones y recuerdos, hasta que él hizo amago de coger el teléfono y la persona en cuestión colgó sin pronunciar palabra.

—¿No te creerás que yo tengo algo que ver con esa mujer?... ¿¿Isabella?!... ¡Isabella!

—No... claro que no...

Dijo al fin bufando y buscando un punto de apoyo. Él saltó y la abrazó muy fuerte, muy fuerte contra su pecho, hasta que lo soltó y se apartó de él limpiándose las lágrimas.

—No llores, por favor, esto no tiene nada que ver con nosotros, será una broma de mal gusto, no sé quién coño es esa loca, pero...

—No lloro por ella, lloro porque esto es agotador, en serio, me supera por todas partes. Es imposible vivir así.

—No digas eso, Bella...

—No es la primera vez que me pasa.

—¿Cómo dices?

—Muchas novias o supuestas novias tuyas me han llamado a lo largo de los años para decirme cosas semejantes.

—¿Por qué nunca me habías dicho nada?

—Porque nunca habías estado delante y... —se sentó en la cama y se tapó la cara con las dos manos—. Siempre que hay un acercamiento entre nosotros, por mínimo que sea, casualmente aparecen este tipo de llamadas. ¿Por qué crees que he cambiado tantas veces de número de teléfono?

—¡Joder!, ¡me cago en la puta, Bella!. Si no me cuentas estas cosas no puedo protegerte.

—No tienes que protegerme, Oli, y tampoco creo que puedas controlarlo.

—Podríamos empezar por oficializar lo nuestro.

—¿Crees que eso serviría para algo?

Dio un puñetazo en la pared blasfemando indignado, caminó hacia la terraza y luego volvió a la cama, se puso en cuclillas y buscó sus ojos cogiéndole las manos.

—Lo único que me importa ahora mismo, Wallabí, es saber que nada ha cambiado entre nosotros. Por favor, júrame que sigues confiando en mí y que no te has creído semejante sarta de mentiras. No tengo ni idea de quienes son esas personas que te llaman o si es casual o no, pero, te doy mi palabra de honor, removeré cielo y tierra hasta averiguarlo.

12

—¡Una carrera más y a los vestuarios!. Es todo por hoy, caballeros.

Gritó su entrenador y él se dobló tocando el suelo con los nudillos, porque tenía un pequeño tirón a la altura de coxis que lo estaba incomodando más de lo necesario. Cerró los ojos y pensó en ir directo al fisioterapeuta, pero recordó que su madre lo necesitaba en casa para cuidar de Alexander, el hijo de Sashi y Alex, que estaba pasando una semana con ella mientras sus padres disfrutaban de su luna de miel.

Hacía dos semanas que la parejita había pasado por el altar, al fin habían podido tomarse unos días de descanso y Liz estaba exultante ejerciendo como abuela sustituta, decía ella, con la ayuda de Bella y el apoyo de Juani, la niñera del pequeñajo, pero ese día en el que él no tenía partido, ni otros compromisos profesionales, le habían pedido un poco de ayuda y se había ofrecido encantado.

Liz tenía que acompañar a Nancy a un control con su médico, Bella estaba trabajando, Juani no podía pasarse y a él le había encantado la perspectiva de pasar un par de horas con su sobrino, que solo tenía ocho meses, pero que era un bebé simpático y muy sociable, muy fácil de cuidar, así que aplazó mentalmente la visita al fisio y se animó a dar una última carrera antes de pasar por los vestuarios, ducharse y salir pitando hacia Mona Vale.

Se lanzó a correr detrás de sus compañeros y sin querer pensó en la abuela de Alexander, la madre de Alex, Laura Williams, con la que no se hablaba desde hacía más de un año. Por supuesto, no había asistido a la boda, ni siquiera conocía a su segundo nieto, y lamentó que así fuera porque a una madre se la necesitaba siempre, sin embargo, nunca había tenido una imagen muy positiva de esa mujer y en el fondo se alegraba de que se mantuviera al margen de la relación y la vida de Sashi y Alex, que formaban una pareja perfecta y feliz, y que lo último que necesitaban en ese momento era a una persona negativa y hostil que se la estropeará.

Una pareja perfecta y feliz, repitió, como la que formaban Bella y él, porque, aunque las cosas a veces se torcieran y la fastidiaran bien, al final siempre volvían al hogar, a estar juntos, y se alegró tanto de estar nuevamente en ese punto exacto de su relación que sonrió pensando en sus ojos oscuros, en su boca deliciosa, en ese cuerpo suyo que deseaba a todas horas, y miró el reloj pensando en cuánto le faltaba para verla.

En teoría aún no se había mudado a su casa, esa casa que habían elegido y decorado juntos hacía mil años, seguía resistiéndose, escondida detrás de la recuperación de su madre y la compra de su nuevo piso, del trabajo y de otras cosas que la mantenían muy ocupada, pero en la práctica se veían casi a diario, dormía casi a diario en su cama y, de momento, con eso le bastaba. Con dormir con ella seis de los siete días de la semana se conformaba, sobre todo porque tenía la certeza de que esta vez estaban en el camino correcto, que esta vez era la definitiva y que dentro de nada estarían conviviendo como una pareja normal.

Ella siempre había tenido tendencia a defender su autonomía, siempre había ido a su aire, siempre había sido autosuficiente e independiente, algo que él valoraba muchísimo, que lo enamoraba especialmente de ella, y por eso estaba acostumbrado a darle espacio. Sabía cuándo le

convenía presionar o apretar las tuercas, y cuándo no, y sabía que en ese momento aún podía esperar, solo bastaba con tener un pelín más de paciencia y todo se colocaría en su sitio. Ese era su destino y por más que se empeñaran en esquivarlo, al final siempre acababan dónde tenían que estar: uno junto al otro.

Respiró hondo pensando en la llamada que había recibido en el hotel hacía dos semanas, y que a punto había estado de mandarlo todo al carajo, y se tuvo que detener, paró de correr, se puso una mano en el pecho y volvió a sentir el miedo concreto que le había paralizado el corazón esa noche, en esa suite, mirando la cara desolada de Bella ante las palabras de esa loca a la que no conocía y que se había atrevido a llamarla por teléfono.

Gracias al cielo, al universo o a quién fuera, ella había reaccionado bien, le había creído y se había quedado con él, había hecho caso omiso a la llamada y habían afrontado juntos, en el mismo equipo, aquella idiotez que podría haber desatado un verdadero drama, y desde entonces lo habían hablado muchas veces, diseccionando cada palabra, relacionándola con otras llamadas similares que había recibido en el pasado y él, finalmente, había decidido poner el tema en manos de profesionales.

Frederick Bateman, su jefe de seguridad, ya estaba investigando el asunto con el fin de identificar y localizar a la acosadora, habían puesto una denuncia en la policía y su abogado se estaba ocupando de protegerlos a nivel judicial. Todo se había puesto en marcha porque necesitaba proteger a Isabella, proteger su relación y vivir tranquilos. Los dos se lo merecían después de tantos desencuentros y rupturas, y no pretendía consentir que nadie, nunca más, intentara perjudicarlos.

Jamás entendería por qué había personas empeñadas en joder la existencia de los demás. Conocía muchos casos, incluso de personas muy cercanas que habían tenido que enfrentarse a acosadores, difamadores o desequilibrados con mucho tiempo libre, bastante peligrosos, que se habían empeñado en fastidiarles la vida. En el ámbito privado sucedía a diario, pero en el ámbito público la cosa podía llegar a quintuplicarse.

Muchísimos personajes populares o famosos sufrían el acoso en las redes sociales, en eventos públicos, en sus propias casas, en sus lugares de trabajo o a través de sus teléfonos privados. Compañeros suyos y él mismo tenían que cambiar de número de teléfono cada cierto tiempo, tenían que contratar un equipo de escoltas y vivir rodeados de precauciones, porque nunca faltaba el fan de turno que ante una derrota deportiva te quería matar y te freía a amenazas, o una mujer enajenada que se plantaba en una rueda de prensa, en el estadio o en la tele intentando agredirte, desacreditarte o contar que la habías dejado embarazada.

Los casos eran incontables, las redes sociales los habían disparado en muy poco tiempo y, aunque él vivía en Australia y no formaba parte del *Star system* internacional, sí había sido víctima demasiadas veces de amenazas, acoso u hostigamiento, tantas, que contaba con un equipo de seguridad permanente y había aprendido a ser más cauto, a mostrar más distancia con todo el mundo.

Nunca se negaba a firmar un autógrafo o a hacerse un *selfie*, pero sus apariciones públicas eran cada vez más controladas, algo que terminaba siendo agotador, de hecho, no recordaba cuando había sido la última vez que había salido o viajado sin dos tíos detrás vigilándolo o un coche de escoltas pegado a sus talones para protegerlo.

Incluso en el caso positivo, es decir, cuando la gente o los fans se te acercaban solo para conocerte o felicitarte, podía llegar a ser peligroso, el tumulto podía transformarse rápidamente en una situación de alto riesgo para los demás y muy estresante para él, y en ese momento también actuaban los guardaespaldas.

Esa era su vida, era el precio que tenía que pagar por el éxito y la fama, le había dicho una vez su madre cuando se había quejado del agobio mediático y social, y ella sabía perfectamente de lo que hablaba porque era una persona muy conocida en Australia, y había tenido que aceptar el consejo y aprender a vivir con ello, sin embargo, Isabella no. Ella nunca había llevado bien todo ese circo, nunca había asimilado lo vulnerables que podían llegar a ser y lo expuestos que estaban. Nunca había comulgado, como hacían las parejas de otros famosos, con la idea de aprovechar esa fama o el reconocimiento público en su beneficio, y aquella filosofía les había acarreado muchos dolores de cabeza.

Al principio, cuando había empezado a ser famoso, hablaba de su novia con naturalidad, la llamaba por su nombre en los medios de comunicación e incluso se dejaban fotografiar juntos, pero cuando el asunto se había vuelto insoportable y no los dejaban dar un paso sin hacerles fotos o preguntas, ella había decidido pasar a la retaguardia. Poco a poco había empezado a no acompañarlo en sus compromisos oficiales, poco a poco había empezado a hacerse invisible, a ensimismarse en sus estudios y en su vida anónima en Mona Vale, primero como universitaria y luego como enfermera, y un buen día le había exigido que no volviera a mencionarla en público.

Y él lo había hecho, claro, había respetado su deseo y no había vuelto a hablar de su prometida en público. Una decisión simple y con buena intención que había desembocado en una avalancha masiva de ligues, de pretendientes y de chicas que habían empezado a perseguirlo descaradamente... pero eso ya era historia.

Siempre había tenido claro que estar en lo alto de la pirámide podía llegar a ser fatal para su salud mental, familiar y amorosa, y siempre había sabido que Isabella era el eslabón más débil de la cadena, la más vulnerable de los dos, y por eso, a pesar de sus inmensos e imperdonables errores, había hecho todo lo posible por protegerla, por no perderla en medio del mar de gente que lo rodeaba, sin embargo, lo había hecho fatal en multitud de ocasiones, por su juventud e inmadurez, por su propia idiotez, por lo que fuera, pero lo había hecho rematadamente mal en el pasado y no pensaba volver a repetirlo.

—Tu chica está en las gradas... —Le gritó uno de los asistentes acercándose, y él se giró y miró hacia el final del campo donde la figura diminuta de Bella se dibujaba contra el cielo nublado.

—Vaya, qué sorpresa. Gracias, Charly.

—De nada, tío. ¿Qué pasa con Tricia?, hace mucho que no la vemos por aquí.

—Hemos variado la naturaleza de su trabajo.

Respondió, caminando hacia las gradas y acordándose de Tricia, en la que no pensaba desde hacía al menos un mes, cuando había hablado con ella para limitar sus funciones exclusivamente a las de agente de prensa. Ella se había revuelto y le había dicho de todo, le había sacado en cara sus sacrificios y sus años de apoyo y de amistad incondicional, pero él no había transigido, aunque al final le había mantenido el sueldo para que se callara y lo dejara en paz.

No la había despedido de forma tajante, como quería su madre y otros miembros de su

equipo, precisamente por esa amistad de años que los unía, pero no la quería cerca, menos con Isabella de vuelta en su vida, y ahora sabía que apartarla de su entorno más estrecho había sido la mejor decisión que había tomado en años.

—¿Y esta sorpresa, Wallabí?

Se acercó a Bella con una sonrisa y en cuanto la miró a la cara supo que algo no iba bien. Se quedó quieto y sin querer entornó los ojos. Ella, que llevaba debajo de su abrigo la bata blanca del hospital, saltó al campo y se le puso delante con los brazos cruzados y el teléfono en una mano.

—¿Qué pasa?, ¿va todo bien?

—No, porque de alguna u otra forma hay gente que disfruta haciéndonos daño.

—¿De qué estás hablando?

—Mira esto...

Se le acercó más y le pasó el móvil limpiándose las lágrimas con la manga del abrigo, él sujetó el iPad y lo tocó para mirar lo que le estaba señalando, un artículo de prensa en un periódico sensacionalista británico. Amplió la imagen y vio la cara de ese tipejo, Peter Armstrong, junto a un titular que rezaba: *“Cuando la conocí estaba destrozada, había pedido un hijo suyo y ni había respondido a sus llamadas. Oliver Watson-Campbell será una estrella del rugby, pero como persona es un verdadero hijo de puta...”*

—¿De dónde demonios sale esto?

—Ni idea, me lo han mandado, lo ha visto mi madre, la tuya, varias amigas del hospital, incluso Sophie Campbell me ha llamado... No sé qué diantres hace hablando en un periódico, no entiendo nada. Seguro que le habrán ofrecido mucho dinero, pero...

—No me refiero a la puta entrevista, me refiero a lo que dice de que habías perdido un hijo mío. ¿De dónde saca semejante trola?

—¿Qué? —volvió a enjugarse las lágrimas y le sostuvo la mirada.

—¿Por qué se inventa algo así?

—No se inventa nada, ¿ya no te acuerdas? Tuve un aborto dos semanas después de romper contigo, cuando me mudé a Wellington.

—No, Bella, no... —sintió cómo se le iba el aire y tragó saliva— ¿Qué coño estás diciendo?, a mí nunca me hablaste de un aborto.

—Te llamé desde el hospital mil veces y al final te dejé un mensaje escrito y otro de voz. Tú nunca respondiste e imaginé que era porque estabas enfadado y no querías saber nada de mí o de lo que me había pasado... pero...

—¿Qué?!, yo jamás... ¿cómo no iba a responder?, ¿cómo...? ¡Joder!

—Y yo qué sé, te llamé, intenté decírtelo y tú nunca... nunca me has hablado de eso, ni lo has mencionado, ni... —se echó a llorar y él no pudo acercarse para consolarla, al contrario, dio un paso atrás y levantó una mano.

—¿Cómo lo iba a mencionar si no sabía nada?!. Mira, no sé qué mierda es todo esto, ni por qué tu

novio lo sabe y yo no, no lo sé, pero me parece insólito que creyeras que yo, sabiendo que habías perdido un bebé, no te llamara porque estaba enfadado.

—Te lo dije, intenté hacerlo, lo intenté y al final lo dejé correr.

—¿Lo dejaste correr?, ¿por qué no viniste a Sydney a hablarlo conmigo?

—¿Porque te habías liado con una azafata en un vuelo con tu equipo?

—No, no, Isabella, no vayas por ahí... esto no tiene nada que ver con...

—Ok, es igual, solo quería enseñarte personalmente lo que ha contado Peter, porque igual alguien te lo pregunta —Le arrebató el teléfono móvil y se giró hacia la salida.

—No te atrevas a largarte, no puedes soltarme que perdimos un hijo y salir corriendo.

—No salgo corriendo, pero no pienso seguir hablando de esto.

—¿Ah no?, ¿por qué?, yo necesito...

—Porque pasó hace tres años, me destrozó la vida e intenté contar contigo, como mi amigo, pero no respondiste a ninguna de mis llamadas o mensajes. ¿No los viste?, no es mi responsabilidad, yo hice lo correcto, te avisé y después, al ver tu nula reacción, lo dejé correr, intenté seguir mi vida sin ti. Es lo único que he hecho durante estos últimos tres años, intentar recomponer mi vida sin ti, dejarte en paz para que fueras feliz, así que no voy a consentir que encima me culpes de...

—¿Quién más lo sabía además de tu novio? —La interrumpió y ella miró al cielo.

—Mi amiga Judith, nadie más, ni siquiera mi madre o mi hermano, aunque está visto que ahora se está enterando todo el mundo.

—¿Por qué se lo contaste a él?, ¿por qué se lo dijiste a Peter?

—¿Porque necesitaba desahogarme?, ¿porque me preguntó qué me pasaba?, ¿porque me iba a casar con él...?

—¡Me cago en la puta, Bella!

—Lo siento, siento si no lo sabías, pero no fue por mi culpa, yo te avisé, te llamé y...

—¡Joder!, ¡joder!

Se pasó la mano por la cara sintiendo como un vacío sin retorno se le abría en el pecho y se limpió una lágrima sabiendo que aquello era demasiado serio para dejarlo pasar.

—Mira, Oli, yo... —se le acercó con intención de tocarlo, pero él se apartó de un salto.

—¡No!, por favor, ahora mismo no puedo...

—Vale.

Susurró con un hilito de voz, llorando, y él la miró tan decepcionado y dolido que le dedicó la peor de las miradas y se alejó de ella a la carrera, con el corazón latiéndole muy fuerte y un daño tan concreto y desgarrador por dentro, que supo que nunca podría llegar a perdonárselo.

—Señorita Howard...

Oyó a su espalda y se giró hacia la voz un poco distraída, fijó la vista y vio a una chica joven, la hija del señor Ferry, uno de sus pacientes, acercándose con un enorme ramo de rosas.

—Isabella, disculpa que venga hasta aquí, me han dejado pasar para darte este regalo de agradecimiento en nombre de mi padre y de toda nuestra familia —se echó a llorar y a Isabella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No tenías por qué... —Se le acercó y le acarició el brazo.

—Claro que sí, tener un familiar en la UCI siempre es tan impersonal y tremendo, sin embargo, gracias a ti podemos sentirnos cerca de papá y él dice que lo atiendes de maravilla y yo...

—Es mi trabajo, lo hago encantada, y él es un paciente estupendo.

—De todas maneras, acepta nuestro regalo, por favor.

—Vale, mil gracias —sujetó el ramo de rosas blancas y se acercó para darle un abrazo—. Son preciosas, muchísimas gracias.

—Los médicos son unos héroes, pero sin las enfermeras o enfermeros no podrían hacer ni un cuarto de su trabajo, y tú siempre has sido tan cariñosa y amable con nosotros. Es una bendición haberte conocido.

—Madre mía... —le dijo empezando a emocionarse de verdad y ella le sonrió.

—Lo siento, lo siento, no quería hacerte llorar, es que... —se calló de golpe, dio un paso atrás y la observó un poco asustada—. ¿Mi padre está bien?

—Sí, muy bien.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, lo habéis visto vosotros mismos esta tarde.

—Sí, pero es que como te has emocionado así, yo...

—Me emocionado por las rosas y por tus palabras, tu padre sigue evolucionando muy bien y como os ha dicho el doctor Wilson seguramente mañana por la mañana lo suban a planta. Tranquila.

—Ah, vale, qué susto.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Ahora debería irme. Muchas gracias por todo.

—Gracias a ti. Hasta luego.

Se despidió de ella, giró hacia el pasillo y caminó casi corriendo hacia los vestuarios, entró allí, lo cruzó y salió por la puerta trasera para tomar un poco de aire en el jardincito que había en la zona de enfermería del hospital. Eran pocos metros cuadrados, pero estaba vacío a esas horas

porque hacía mucho frío, y se sentó en el banco más escondido que encontró, se desplomó tapándose la cara con las dos manos y se echó a llorar.

Llevaba unos días fatal, llorando por cualquier cosa, y lamentaba muchísimo haber asustado a la hija del señor Ferry con su reacción, había sido muy poco profesional, y solo esperaba que su supervisora no la hubiese visto o le iba a caer un buen rapapolvo.

Estaba acostumbrada a que los pacientes, o sus familiares agradecidos, les llevaran regalos, no solo a ella, a todos sus compañeros, y siempre se lo tomaba con un poco de vergüenza, porque consideraba que no era necesario que la agasajaran por hacer bien su trabajo. Siempre reaccionaba con profesionalidad y mesura, como le habían enseñado en la escuela de enfermería, pero ese día no había podido contenerle, ni ser muy profesional, y se sintió fatal, pero tenía sus motivos, así que no pensaba fustigarse.

Respiró hondo mirando las rosas blancas y pensó que era hora de irse a casa. Su madre estaba fuera de la ciudad con Liz, a la que había invitado a un Spa, y ella llevaba una semana alojando en el ático de Mona Vale donde aún no tenían muchos muebles, pero al menos sí tenía una cama donde podía dormir tranquila y sin que nadie le preguntara por nada.

Hacía exactamente ocho días que Oliver no le dirigía la palabra. No quería verla, ni responder a sus llamadas. Hacía exactamente ocho días que había salido esa entrevista inexplicable de Peter en el periódico inglés, y hacía ocho días que su vida se había convertido en un pequeño infierno.

Que toda Australia y medio mundo se hubiese enterado a través de la prensa que había perdido un bebé hacía tres años seguía pareciéndole una pesadilla. Aquello era absolutamente insólito, innecesario e injusto, un atentado flagrante contra su intimidad, así que había interpuesto una demanda contra el diario y contra Peter Armstrong, aunque él le había jurado por teléfono que le habían tendido una trampa.

—Contactaron conmigo para hablar de mi trabajo —Le había dicho por Skype con ojos de cordero degollado—. Quedamos en el hospital y hablamos de mis investigaciones, luego nos fuimos a comer y la periodista me hizo varias preguntas personales, me comentó que sabía por la prensa neozelandesa que había estado prometido contigo. Me habló de Oliver y de ti, me dijo que habíais vuelto, que os habían fotografiado varias veces en Sydney, y me habló de tu aborto como si ya lo supiera.

—¿Perdona?

—Sí, te lo juro. Ella me dijo que habías tenido ese aborto y que sabía que el cabrón de Watson-Campbell ni si quiera te había cogido el teléfono cuando quisiste contárselo.

—Es imposible que supiera eso, nadie lo sabía, nadie, solo la persona que me atendió en el hospital y mi amiga Judith.

—Igual Judith o el médico de urgencias o...

—Judith no, y la gente de urgencias no sabía quién era yo o qué relación tenía con Oliver, menos aún que no me quisiera coger el teléfono.

—No lo sé, Isabella, yo solo me limité a asentir, dije sí a lo que me estaba contando y seguimos hablando de otra cosa. Estoy tan sorprendido como tú de ver esa entrevista y ese titular en un

periódico de mierda. A mí me dijo que la entrevista iba a salir en el dominical de...

—Necesito el nombre de esa periodista y todos los datos que tengas, todo lo que te dijo y cómo te lo dijo. Mándalo por escrito, porque os voy a meter una demanda que se os va a caer el pelo.

—¿No pensarás demandarme a mí?, soy tan víctima como tú en todo este asunto.

—Genial, si es así y puedes probarlo delante de un juez, entonces no tienes de qué preocuparte.

Le había colgado e inmediatamente había llamado a su tía Rose a Londres para que le consiguiera un buen abogado. Ella, que estaba en estado de shock por la noticia y por ver su nombre mezclado con la peor prensa amarilla del Reino Unido, había accedido a ayudarla y le había conseguido un abogado especializado en delitos contra el honor y la intimidad, uno dispuesto a cobrar solo cuando ganara la demanda contra el periódico. Una verdadera suerte, porque no tenía dinero para hacer frente a un pleito semejante, así que le había mandado un poder y lo había dejado todo en sus manos.

Eso lo había resuelto en dos días, lo de sus padres y los demás, le había costado un poco más, porque lo mismo Liz que su madre, su padre o su hermano, aún seguían sin entender que no hubiera acudido a ninguno de ellos para contarles lo que le había pasado.

Liz, descompuesta, había cerrado filas con su hijo y lo había defendido a muerte. No habían discutido, pero Bella era consciente de que estaba bastante disgustada con ella por todo lo ocurrido y por acusar a Oliver de haberla ignorado en el peor momento de su vida, y no la culpaba, porque una vez destapado el tema, y en la distancia, había empezado a contemplar por primera vez que en realidad Oliver no era de los que se comportaba así, por muy enfadados que estuvieran, y que en realidad alguien había tenido que interferir para que no recibiera sus llamadas desde el hospital.

Él, toda la vida, había cruzado océanos por ella, muchas veces, para ir a recogerla a un concierto perdido en una playa desierta, para rescatarla de una mala caída haciendo surf con Chris en cualquier parte, para liberarla de algún compromiso familiar horrible o para sacarla de un embrollo al otro lado del mundo. Siempre había estado a su lado, por muy enfadados que estuvieran, por lo tanto, su comportamiento hacía tres años era completamente ilógico, impropio de él, imposible... pero eso lo podía ver en el presente, sin las hormonas revueltas y el corazón roto, y no entonces, cuando su última infidelidad, su ruptura, su cambio de país y la pérdida de su bebé la tenían superada por todos los flancos.

Con eso claro en la cabeza había intentado hablar con él otra vez, verlo y pedirle perdón por la duda y los tres años de silencio y dolor enconado, pero él se había negado rotundamente a mirarla a la cara. Con educación, y una frialdad que nunca había empleado con ella antes, le había pedido que lo dejara en paz, porque no estaba para charlas ni para perdones, ni para escuchar sus explicaciones, y le había cerrado la puerta en las narices.

Nunca, en dieciocho años, la había tratado así, y empezaba a pensar que cómo no volviera a mirarla a los ojos se iba a morir, así de simple, se iba a dejar morir y nadie podría impedirselo.

—¡Isabella!

—¿Sí?

Saliendo del hospital se detuvo para mirar al doctor Campbell, a William, que salía también

camino de su coche. Lo esperó al final de la escalera y le sonrió, aunque no tenía ninguna gana de hablar con él.

—¿Qué tal estás?, siento mucho lo de...

—Sí, gracias. ¿Qué tal vosotros?

—Bien, un poco preocupados por Oliver, porque se ha ensimismado en casa y difícilmente se puede hablar con él.

—Lo sé, yo también lo he intentado, pero tampoco quiere hablar conmigo.

—Si no se abre contigo, entonces supongo que nosotros poco podemos hacer.

—Cuando está enfadado o triste necesita tiempo, no le gusta hablar y se consuela solo, organiza su cabeza solo y se ensimisma, siempre lo ha hecho, pero luego vuelve a ser el mismo. Solo dadle tiempo.

—Eso dice Liz, pero también dice que por muy mal que esté siempre quiere hablar contigo, así que...

—Bueno, ahora soy yo la culpable de todo, es lógico que no quiera verme... —se enjugó una lágrima y William se le acercó para acariciarle el brazo.

—Mira, Isabella, si necesitas algo, lo que sea, aquí me tienes. Nos tienes a todos, me consta que Sashi y Alexander te han escrito para que sepas que seguimos aquí, yo te reitero lo mismo, en mi nombre, en el de ellos y en el de Sophie, por supuesto.

—Muchas gracias.

—Hola, *Mozzie*... —de la nada apareció su hermano y ella se volvió de un salto para saludarlo—. ¿Va todo bien?

—¿Qué haces aquí?, qué sorpresa verte.

—Quería ver a mi hermanita y acompañarla a casa —La sujetó por el cuello y miró a William con el ceño fruncido—. ¿Tú eres uno de los Campbell?

—Sí, sí, es William, el hermano de Oliver. William este es mi hermano Chris.

—Hola, encantado. Parece que te dejo en buenas manos, yo debería marcharme.

—Claro, hasta luego y un abrazo a Sophie y a Sean.

—En tu nombre, adiós.

Desapareció con prisas hacia el aparcamiento y ella se giró y abrazó a Chris muy fuerte, él le besó el pelo y luego le ofreció el brazo para llevarla hasta su coche.

—*Milady*, he venido en Uber, nos volvemos a Mona Vale en tu coche, ¿te parece? ¿Me invitas a cenar?, podemos pedir comida india, hay un restaurante nuevo en...

—Es la primera vez en tu vida que vienes a buscarme al trabajo, ¿estás bien?, ni siquiera sabía que estabas en Sydney.

—Bueno, dado los acontecimientos, he venido a verte y a hablar con Oliver.

—¿Hablar con Oliver?, ¿en qué términos?, no quiero que te metas en...

—Mamá me ha dicho que no te habla, hasta la tía Rose me ha dicho que no quiere saber nada de ti, solo voy a preguntarle qué coño le pasa.

—¡No!, ni se te ocurra, esta no es tu guerra, Chris, y él... él está enfadado y está en su derecho, solo necesita tiempo, así que vamos a dejarlo en paz, ¿de acuerdo?.

—Dame las llaves, yo conduzco —Le quitó las llaves y le hizo un gesto para que se subiera al coche—. No voy a recriminarle nada, lo que vosotros tengáis es asunto vuestro, aunque, que conste que como tu hermano mayor tengo derecho a meterme donde me dé la gana, lo que realmente me intriga en este momento es saber por qué no recibió tus llamadas, ni tus mensajes desde el hospital hace tres años.

—Bueno, a estas alturas... ¿qué más da?

—¿Cómo que qué más da?, es rarísimo.

—Ya han pasado tres años y...

—¿Sabes que Tricia me amenazó una vez con joderte la vida a ti hasta que yo pagara por todo lo que le hice? —Aceleró hacia Mona vale y ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Lo que ella cree que le hice, claro, porque son fantasías suyas.

—¿Qué?

—Como le dije que me importaba una mierda lo que ella me dijera o me hiciera, me amenazó contigo, y yo no hice ni puto caso porque estaba muy pedo y porque dos días después me llamó como si tal cosa, pero estos últimos días no dejo de pensar en eso.

—¿Crees que Tricia...?, ¿por qué?

—Ya te lo he dicho, por hacerme daño, porque nunca te ha tragado y te tiene una envidia que te cagas, porque está medio pirada y es una caprichosa vengativa. Tiene muchos motivos y no pienso descartar ninguno. La conozco muy bien y la he visto putear a mucha gente.

—Y... ¿cómo...?

—¿Cómo podría putearte a ti?, de mil formas posibles, por ejemplo, impidiendo que Oli recibiera tus llamadas desde el hospital de Wellington hace tres años.

—No tiene sentido... ¿qué provecho podía sacar ella de algo así?

—Ninguno, o muchos, no lo sé, pero investigaré un poco.

—Lo siento, pero me parece absurdo.

—¿Nunca te preguntas por qué siempre te pasa de todo, especialmente en lo referente a Oliver?

—Yo... —respiró hondo aceptando que eso era cierto y Chris extendió la mano y le acarició la pierna.

—No te preocupes, *Mozzie*, yo me ocuparé de esto.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú déjame a mí, ya sabemos que tú eres la doña perfecta de la familia, pero de putas y locas peligrosas el experto soy yo. Tú observa y aprende.

Despertó en medio de una pesadilla y fue incapaz de moverse, se restregó la cara e intentó seguir durmiendo, sin embargo, no pudo, porque ya era tarde y nunca había sido de los que remoloneaba en la cama, nunca, menos sin Bella.

Giró despacio y estiró la mano para tocar la almohada donde había estado durmiendo hacía diez días, justo antes de que el gilipollas de su ex neozelandés saliera en un periódico contando sus intimidades.

En realidad, el tipejo aquel le importaba un carajo, le daba igual que diera exclusivas a su costa, porque el dolor que le había provocado enterarse de que habían perdido un bebé, y que ella ni siquiera se lo había contado, había logrado eclipsar todo lo demás. Todo, incluso su trabajo, la recta final de la Liga que su equipo ya tenía ganada, y su propia vida.

Desde entonces, desde que aquel cabrón saliera en los periódicos y en Internet hablando de algo tan privado, él vivía como en una nebulosa. No quería hablar con nadie, menos con Isabella, ni con su madre, sus hermanos, sus amigos, sus compañeros o su entrenador. Por supuesto, no había podido dejar de acudir a los entrenamientos, o al partido de turno, y se había presentado y había cumplido como siempre, pero se había negado a dar ruedas de prensa, se había negado en rotundo a relacionarse con el mundo exterior, y había decidido que necesitaba estar en casa solo, incomunicado, mirando el mar o jugando con sus perros, y de momento se lo estaban respetando.

Se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño para darse una ducha. Tenía todo el día libre y pretendía pasarlo como los últimos diez, en decir, encerrado en casa o saliendo a dar un paseo por la playa con los perros, nada más, luego cenaría y se metería en la cama a ver series o partidos de rugby de otras ligas, tras lo cual se dormiría de puro aburrimiento.

Abrió el grifo de agua caliente, se metió debajo y cerró los ojos pensando en Bella, que había intentado varias veces hablar con él, pero que al final se había resignado a dejarlo a su aire. Ella lo conocía mejor que nadie en el mundo y sabía que cuando estaba mal necesitaba espacio, soledad y silencio. No era la primera vez que entraba en barrena, claro que las veces anteriores ella había estado a su lado para abrazarlo o darle la mano, para acompañarlo sin abrir la boca, y la echaba terriblemente de menos, pero aún no podía verla, no hasta que consiguiera dejar de estar furioso y decepcionado con ella, algo que seguramente tardaría mucho tiempo en pasar.

Aún dolía demasiado pensar en todo lo que había pasado, en que le había mentido y engañado, en que le había ocultado lo más importante que le podía ocultar alguien a su pareja. Eso no sabía si sería capaz de olvidarlo y enterrarlo para siempre, y la sola perspectiva de no poder volver a mirarla con los mismos ojos, no poder volver a estar con ella de la misma forma, lo partía por la mitad.

Todo el mundo sabía que Isabella Howard era la mujer de su vida, el primero él, que lo había entendido desde el minuto uno. Ella era su amor, su mejor amiga, su apoyo, su cómplice, su otra mitad, en eso no cabía la menor duda, pero lo había dejado al margen en el momento más importante de sus vidas, lo había tenido engañado tres años ocultando semejante secreto, y aquello

lo superaba. Ya no sabía si podría volver a confiar en ella, ya no estaba seguro de si la conocía tan bien como creía, y con eso sobre la mesa cualquier relación de pareja saludable y plena quedaba completamente descartada, al menos de momento.

Ellos, que solo con mirarse sabían lo que estaba pensando o sintiendo el otro, nunca se habían mentido. Él había podido cagarla muchas veces liándose con terceras personas en medio de una crisis, una juerga desatada o por pura estupidez, pero nunca la había engañado. ¿Había evitado decirle lo que pasaba para no hacerle daño?, sí, porque sabía el dolor que le provocaba con sus enajenaciones sexuales fuera de la pareja, pero a la hora de la verdad siempre, siempre, había sido sincero, no le había ocultado nada, incluso cuando decir la verdad había significado perderla.

En resumen, podía haberle sido infiel, de acuerdo, pero nunca le había sido desleal, nunca, jamás le había mentado, porque ella era lo primero, ella lo era todo para él, su relación era lo único que de verdad le importaba en la vida, y por eso no le cabía en la cabeza que le hubiera ocultado un embarazo, un aborto y luego hubiese sido capaz de mirarlo a los ojos como si tal cosa.

—¿Qué hacéis aquí?

Entró en el salón y se encontró a William y a Alex esperándolo con un café en la mano. Miró a su asistente y ella se encogió de hombros y desapareció camino de la cocina.

—Hola, tío, venimos a buscarte para ir a cazar unas olas a Tamarama —Soltó Alex poniéndose de pie y él lo miró entornando los ojos.

—¿Habéis venido juntos?

—Sí, no podía traer la tabla en la moto —susurró William señalándole a Alexander—. Venga, desayuna y nos vamos a la playa.

—Me sorprende gratamente veros juntos y en armonía, hermanos, pero no me apetece nada salir de casa, menos para ir a la playa.

—En cuanto te subas a la tabla te vendrán las ganas.

—Tíos, yo...

—Ya sabemos que estás pasando una mala racha y que no te apetece hablar, en eso estamos de acuerdo, no te hablaremos, solo queremos pasar una mañana al aire libre los tres juntos —Le dijo Alex acercándose—. Ni preguntas, ni charlas, ni nada, solo unas buenas olas en Tamarama, ¿ok?

—¿Os ha mandado mi madre?

—No nos ha mandado nadie, solo queremos llevar a nuestro hermano pequeño a surfear

—respondió William—. Sabemos que tienes el día libre, venga, no nos hagas suplicar.

—Pero...

—Hemos dejado a nuestras mujeres y a nuestros hijos en casa, no puedes fallarnos ahora.

—Sois un poquito cabezotas, ¿lo sabéis?

—La sangre escocesa —bromeó Alex y él respiró hondo.

—Ok, como algo y nos vamos.

—Coge el neopreno, hace un poco de frío.

Tal como le prometió Alex, ni hablaron más de la cuenta, ni le hicieron preguntas, tampoco lo miraron con cara de angustia como hacía su madre, así que nada más llegar a Tamarama y subirse a la tabla sus males empezaron a espantarse, al menos momentáneamente, y se dedicó a disfrutar de las olas a pesar del frío, o gracias a él, porque las bajas temperaturas mantenían a muchos surfistas lejos del mar y eso les permitió pasar una mañana espectacular y casi a solas en la playa. Mañana que remataron con una comida de lo más relajada en uno de los chiringuitos locales, antes de que lo devolvieran a casa sano y salvo, le dijeron, despidiéndose de él con un abrazo silencioso y una palmadita en la espalda.

Esperó a que se subieran al 4X4 de William, les dijo adiós con la mano y respiró hondo cayendo en la cuenta de que se había pasado media vida soñando con ese preciso momento, soñando con sus hermanos mayores, los “otros” Campbell, los otros hijos de su padre, a los que no había conocido hasta los veintinueve años, cuando la repentina muerte de John Campbell los había reunido forzosamente para la lectura de su testamento, revelando de paso al pobre William la existencia de dos hermanos de los que él no sabía absolutamente nada.

John Campbell solo había vivido con William, el hijo de su esposa legítima, y había mantenido en secreto a sus otros dos vástagos fuera del matrimonio, y él, que era diez años menor que Will y Alex, se había pasado muchos años fantaseando con la idea de conocerlos y hablar con ellos, porque sabía que compartían muchas cosas como su amor por los deportes, sin embargo, su madre y su propio padre se lo habían impedido, así que tenerlos ahora en su vida, contar con ellos, pasar mucho tiempo con ellos e incluso que se presentaran en su casa juntos para llevarlo a surfear, le parecía casi un milagro, y entró en su jardín mucho más animado, sintiendo que a pesar de todo no estaba tan solo como a veces se pensaba.

—Capullo, ¿te has ido a surfear sin mí?

—¡Coño, Chris!

Dio un salto y se giró hacia su amigo que lo estaba esperando en la cocina, aunque no recordaba haberlo invitado, y dejó la tabla en la terraza respirando hondo, cabreándose de forma instantánea y buscando con los ojos a alguien del servicio para que le explicara por qué lo habían dejado pasar.

—¿Qué haces aquí, tío?, no estoy con ánimo para...

—Me da igual si estás con ánimo o no. A lo largo de los años te he pasado por alto muchas faenas contra Bella, he hecho la vista gorda incluso cuando has hecho sufrir un huevo a mi hermana pequeña, porque ella te quiere a ti más que a mí y siempre me ha prohibido que me meta contigo, pero ahora, chaval, me paso por el forro lo que ella me prohíba, o si a ti no te apetece hablar. He venido para decirte algunas cosas y no me voy a ir de aquí hasta que las diga todas.

—Vale, dispara...

Se apartó de él dejando todos los trastos de la playa en el suelo y luego se giró con paciencia y lo miró a los ojos.

—Habla, estoy esperando.

—No vengo a pegarme contigo, Oliver, no soy tan idiota, no quiero que me mandes al hospital.

Solo quiero hablar.

—Ok.

—Somos amigos desde los doce años y sé cómo quieres a mi hermana, cómo ella te quiere a ti, sé cómo sois los dos, sé que habéis nacido para estar juntos, por eso siempre os he apoyado. Incluso cuando te has tirado a otras tías me he mantenido al margen, no le he dado importancia, porque te conozco y sé que lo hacías por pura gilipollez, no por falta de amor hacia Bella, y si encima ella te perdonaba, pues...

—Al grano, Chris.

—Yo soy mil veces más golfo que tú, por eso nunca me he sentido con el derecho a recriminarte nada, pero esta vez es diferente, tío, esta vez estás haciendo sufrir a mi hermana gratuitamente y no me parece justo.

—Me alegro muchísimo de que al fin hayas decidido sacar la cara por tu hermana, porque ella la ha sacado muchas veces por ti, pero mi enfado con ella es legítimo y se circunscribe a un ámbito íntimo y muy delicado que solo nos incumbe a los dos, así que no tengo nada más que hablar contigo.

—Ella no miente.

—¿A qué te refieres?

—A que hizo todo lo posible por contactar contigo cuando estaba en la sala de Urgencias del hospital de Wellington.

—Yo tampoco miento y te digo que no recibí ninguna llamada, ni ningún mensaje.

—De acuerdo, ella jura que te llamó mil veces desde el hospital y te dejó dos mensajes en tu buzón de voz para contarte lo que estaba pasando, y a su vez tú juras que nunca recibiste esas llamadas ni esos mensajes. ¿Estamos?

—¿Adónde quieres llegar, Chris?

—A que estoy seguro de que alguien ha estado jugando en vuestra contra.

—¿Perdona?

—¿Te acuerdas de Phil Sutherland? —Oliver asintió—. Su mujer le clonó el teléfono, ¿sabes lo que significa?, pues que podía ver sus llamadas, sus mensajes, su ubicación, todos sus movimientos. Contestaba a sus llamadas, o nos las contestaba, y borraba todo lo que le daba la gana, mensajes, emails, el buzón de voz... Le robó toda su vida cibernética y estuvo más de un año dejándolo fatal, espiándolo y perjudicándolo. Su divorcio fue como la tercera guerra mundial.

—Que yo recuerde él la dejó por su jefa.

—Exacto, después de descubrir y probar que lo había hackeado.

—¿Y?

—A mí también me clonaron el móvil una vez. Solo basta con que alguien con acceso a tu teléfono sepa hacerlo *et voilà*, por eso no me gusta llevar esos chismes encima.

—Mira, Chris, es tarde y...

—Tricia lo hizo, Tricia me hackeó el teléfono para demostrarme cómo se hacía cuando nos enteramos de lo que le había pasado a Phil Sutherland.

—¿Qué?

—Esa mujer tiene una inquina insana por los Howard, principalmente por mí, claro, pero no soporta a mi hermana, le tiene una envidia alucinante, nunca ha podido disimularla, y una vez me amenazó con joderle la vida a Bella hasta que yo pagara por todo lo que supuestamente le había hecho, ya sabes, haberla dejado tirada y todos esos rencores acumulados a lo largo de los años. Yo no tengo culpa de que no me guste, de no me ponga, es absurdo que me amenace continuamente para obligarme a estar con ella, pero es así y...

—Un momento... —lo interrumpió levantando una mano y Chris parpadeó— ¿Por qué nunca me habías contado semejante barbaridad?

—¿Qué no soporta a Isabella?

—Que te amenazara con joderle la vida.

—Porque después de que me dijera aquello me largué a Europa un año y lo dejé aparcado, lo olvidé, ¿cómo iba a creer que estaba hablando en serio? No me había acordado hasta la semana pasada, cuando me enteré de toda esta movida con Bella, el hospital, las llamadas que te hizo desde Wellington y que tú juras que nunca recibiste...

—¿Crees que Tricia sería capaz de hackearme el teléfono?

—Totalmente. Tenía el motivo y la oportunidad, es de cajón. Desde hace años os ponen zancadillas, os joden la vida, especialmente a mi hermana. Movías un centímetro un pie fuera del tiesto y ya estaba llegando a oídos de Bella, aunque ella nunca ha sido de las de andar vigilándote.

—No puede ser.

—¿Y la de veces que le han llegado mensajes de tus ligues casuales?, ¿las fotos subidas de tono? incluso la han llamado para insultarla, pedirle que te dejara en paz o para contarle cómo y dónde se habían acostado contigo. En cuatro años ha cambiado seis veces de número de teléfono y siempre, siempre, volvían a localizarla. Tú mismo fuiste testigo de una de esas llamadas en la boda de tu hermano.

—Joder...

Buscó apoyo en la pared y pensó en Tricia, que habitualmente se había hecho cargo de su teléfono personal cuando salía al campo a jugar o cuando tenía alguna entrevista. Ella lo había manejado como le había dado la gana, sabía sus claves de acceso, controlaba su agenda y hasta el más mínimo detalle de sus actividades públicas y privadas, así que era perfectamente plausible lo que le estaba planteando Chris, pero no podía creérselo y volvió a mirarlo a los ojos con cara de duda.

—Encima, Oli, la mayoría de las veces esas llamadas o mensajes contaban mentiras, ¿no es así?

—Sí.

—Se molestaban en contactar con tu novia para mentirle, perjudicarte, armar la de Dios y separaros.

—Pero ¿qué provecho podía sacar Tricia de todo esto?

—Lo mismo me ha preguntado Bella y no lo sé, igual no soporta ver a la gente feliz o le divierte joderos, joder a Isabella y de paso joderme a mí. Tricia O’Neal es vengativa, rencorosa y está loca, Oliver, por eso te advertí desde el principio que no la contrataras y menos aún para convertirla en tu asistente personal.

—Pensé que era porque no la querías cerca, porque te caía fatal, no porque la consideraras “peligrosa”.

—Bueno, peligrosa... peligrosa no, pero no me daba buena espina que estuviera tan pegada a ti, porque era una forma de tenerla pegada a mi hermana y a mí, y eso me jode bastante.

—Sé que te odia y te ama a partes iguales, que está muy resentida contigo, pero siempre se ha comportado como una buena amiga conmigo. Ha sido una colaboradora muy eficiente y aunque es un pelín intensa y se ha tomado algunas licencias excediéndose en sus funciones más de una vez, no me cabe en la cabeza que maquine contra mí o me clone el teléfono para hacer daño a mi novia. Ella sabe perfectamente lo que Bella significa para mí...

—Hay gente muy desequilibrada, Oli.

—Ok... —bufó completamente desconcertado, intentando colocar todo en su cabeza, y dio un paso atrás antes de volver a mirarlo a los ojos— Ok y... ¿qué quieres que haga ahora?

—Primero que vayas a buscar a mi hermana, le des un abrazo, la consueles de la pena que lleva acarreando tres años y que ha revivido por culpa de la puta entrevista de su ex en *The Sun*, y le des una oportunidad para hablar y explicarse. Ella te ha dado mil quinientas oportunidades a lo largo de los años, no es tan descabellado que tú le des una por una vez.

—Te advertí que no voy a hablar de nuestros problemas contigo, Chris.

—Vale, entonces ayúdame a confirmar mi teoría. Sé que tu jefe de seguridad es un tío con muchos recursos, pídele que me eche un cable, que se ponga a mi servicio y te demostraré antes de dos días que tengo razón y que alguien os ha estado manipulando y perjudicando descaradamente.

—Ya está investigando las llamadas que le han hecho a Isabella, empezando por la última que le hicieron al rancho donde celebramos la boda de mi hermano. Ya está sobre la pista, o sea que, si Tricia está detrás de toda esta mierda y de verdad hay una conspiración contra nosotros, la destapará, no te preocupes. Solo hay que darle tiempo.

—Igual si yo le echo un cable acabamos antes.

—De acuerdo.

—Una cosa más: ¿cómo es que te enterabas tan rápido de todos los pasos de mi hermana en Wellington?, lo de sus novios, su compromiso, sus salidas, acompañada por el tal Peter Armstrong al que no conocía ni yo, sus apariciones en la prensa, sus viajes, su traslado a Londres, etc. ¿Cómo estabas tan bien informado?, y no me digas que era gracias a mi madre, que la pobre no sabía de la misa la media. ¿Le habías puesto un detective privado como cree la tía Rose?

—No, por supuesto que no.

—¿Entonces?

—Principalmente por Tricia —reconoció y entornó los ojos—, pero era lo normal, su obligación era mantenerme al tanto de todo.

—No, macho, ella te contaba lo que te cabreaba y te acababa alejando más de mi hermana, porque cada vez que aparecías para montarle un pollo la perdías un poco más. Tricia nunca contribuyó a apaciguar los ánimos, ni colaboró para arreglar lo vuestro, al contrario, ella te encendía la mecha y se quedaba tranquilamente a ver como os matabais, no me lo puedes negar.

Guardó silencio recordando la de veces que lo había hecho saltar en contra de Bella, enseñándole historias que le hacían mucho daño, y no pudo rebatir nada de lo que estaba diciendo, tragó saliva y miró al suelo derrotado.

—No te preocupes, hermano, al menos ya no la tienes metida en casa. ¿Puedo contar entonces con tu jefe de seguridad para que me ayude a buscar un hacker que investigue a fondo toda esta movida? —Oliver asintió y Chris le acercó el puño para que se lo chocara—. Genial, Oli, dentro de nada resolveremos el misterio y todo aclarado y resuelto...

—Bueno, en todo caso... —se enderezó y se metió las manos en los bolsillos—, si algo de esto es verdad y Tricia, por alguna razón que me resulta imposible de entender ha jugado en nuestra contra, no mejora el hecho de que tu hermana me ocultara su embarazo.

—¿Qué embarazo?

—¿Cómo que qué embarazo?

—Bella no sabía que estaba embarazada, se enteró cuando estando de guardia en el hospital empezó a sangrar, se fue a Urgencias y le dijeron que estaba sufriendo un aborto. No tenía ni idea de que estaba embarazada.

—¿Ah no? —Sintió como se le abría el pecho en canal y se tuvo que apoyar otra vez contra la pared.

—Claro que no, si ella hubiese sabido que estaba embarazada no se hubiese ido de Sydney, y seguramente tú habrías sido el primero en saberlo, ¿no crees? Ella jamás te hubiese ocultado algo así, hombre, la conoces, sabes cómo es.

—¿Sabes dónde está ahora?

—¿Bella?, pues trabajando.

Asintió, cogió las llaves del coche y salió corriendo, porque una luz cegadora lo empujó a la calle. Se había pasado diez días ofendido y dolido porque creía que ella no le había querido contar lo del bebé deliberadamente, para castigarlo, porque ese momento estaban enfadados y habían roto otra vez por culpa de una infidelidad de las suyas.

Había dado por hecho eso, que lo había dejado al margen de su embarazo por decisión propia, nunca habría podido imaginar que no lo sabía, que no sabía que estaba embarazada... ¿cómo no iba a saber que estaba embarazada?... ¿no lo solían saber las mujeres?... y de repente, al subirse al coche y acelerar camino de su hospital lo vio todo claro, lo entendió todo y se sintió culpable, muy culpable por dudar de ella, pero también muy aliviado por conocer la verdad, y se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta pensando solo en abrazarla y volver a vivir en paz.

Avanzó por la carretera estrecha que lo sacaba de Mona Vale con intención de sorprenderla en el trabajo para aclarar cuánto antes todo aquel malentendido, pero de pronto vio un Austin Mini blanco acercándose en dirección contraria y disminuyó la velocidad, el otro coche hizo lo mismo

y al cruzarse comprobó que se trataba de ella, era Isabella, y también estaba frenando para aparcar en el arcén.

Dejó el Hummer en un lateral, se bajó del coche, cruzó la carretera y caminó hacia ella sin poder dejar de mirarla, hasta que la tuvo lo suficientemente cerca para ver sus ojos oscuros, preciosos y brillantes, observándolo como mucha curiosidad.

—Iba a buscarte al hospital.

—Yo también iba a buscarte, no podía más.

—Ven aquí.

Dio un paso, estiró la mano y ella corrió y se le abrazó de un salto, con todo el cuerpo, sollozando, y él la estrechó con mucha fuerza, hundiendo la cara en su cuello, con los ojos cerrados, dando gracias al cielo por ese milagro, por ese cable de última hora que no pensaba desaprovechar.

Madre mía, susurró mirándose en el inmenso espejo del cuarto de baño, y se acercó para observar las ojeras enormes que tenía. Por hacer un favor había doblado el turno y se había pasado dieciséis horas seguidas al pie del cañón, en tensión y trabajado a destajo porque habían tenido un par de días muy duros en la UCI, y era evidente que estaba agotada.

Cerró los ojos, se secó bien, luego se untó con crema por todas partes y apagó la luz de ese acogedor cuarto de baño decorado con madera y piedras naturales para no despertar a Oliver, que dormía a pierna suelta a esas horas de la noche.

Pisó el dormitorio con mucha precaución para no hacer ruido y vio que él había dejado encendida la lámpara de su mesilla de noche, la de su lado, mientras dormía abrazado a la almohada dándole la espalda. Estaba desnudo, y no pudo evitar contemplar lo guapo que era, con ese cuerpo saludable y fuerte en reposo, el pelo claro y ondulado un poco más largo de lo habitual, y los tatuajes en todo su esplendor convirtiéndolo en aún más sexy si eso era posible.

Se acercó a su lado de la cama y en seguida vio la cajita que le había dejado junto a la lámpara encendida, era la de su anillo de compromiso, ese que le había devuelto en medio de escandalosas peleas dos veces, una por cada sonora infidelidad de las suyas, y respiró hondo sin querer acordarse de esos años oscuros, porque no pensaba estropear lo que habían conseguido. No pensaba ensombrecer su reconciliación, la definitiva pensaban ambos, y se inclinó para abrir el cofrecito, sacar el anillo y ponérselo como ofrenda de buena voluntad y de amor, como ofrenda a ese compromiso que habían sellado cuando no eran más que unos críos y del que nunca, a pesar de todo, habían podido liberarse.

Apartó el edredón y se recostó con sumo cuidado, cerrando los ojos para intentar dormir, aunque el agotamiento siempre impedía el reposo instantáneo, y pensó en su encuentro fortuito en la carretera, cuando ella iba decidida a asaltar su casa para conseguir hablar con él, y él iba camino del hospital para hablar con ella gracias a Chris, que le había aclarado todo el tema de su aborto.

Por increíble que pareciera no habían hablado de todo eso, porque él se había ensimismado en su pena y no había querido ni verla, así que se había hecho una idea muy equivocada de las circunstancias de su aborto espontáneo en Wellington. Por alguna razón había creído durante diez días que ella le había ocultado un embarazo y si no llega a ser por Chris, que se había presentado en su casa para hablar sobre Tricia, seguramente hubiese seguido sufriendo y acusándola de engañarlo el resto de su vida.

Gracias a Dios los milagros existían y sin querer su hermano había resuelto el misterio y los dos habían podido encontrarse, abrazarse y empezar de cero una vez más.

Esa misma noche, después de verse en la carretera, le había contado con todo detalle cómo se había enterado de un embarazo y de un aborto en cuestión de minutos. En cómo había sangrado y tenido unos dolores tremendos, en cómo la habían intervenido de urgencia y cómo lo primero que había hecho había sido intentar localizarlo a él.

Nunca podría olvidar ese día en el hospital de Wellington, sola, confusa y muy dolida, culpándose por haber perdido un bebé, y más desolada aún porque él no había respondido a su llamada de auxilio. Nunca podría olvidarlo, aunque se había pasado tres años intentándolo, y volver a revivirlo todo le había hecho mucho daño, pero lo había hecho por él, porque necesitaba respuestas y necesitaba llorar y desahogarse con ella.

—¿Por qué nunca me recriminaste no haber respondido a tus llamadas?, ¿por qué nunca me enfrentaste para aclarar lo que había pasado? —Le preguntó limpiándose las lágrimas y ella se encogió de hombros.

—No sé, seguramente porque no nos hablábamos y di por hecho que tú no querías saber nada del tema. Después de que me recuperara estuvimos meses distanciados y cuándo volvimos a vernos fue para discutir otra vez, no para hablar de cosas importantes.

—¿Cómo no iba a querer saber nada del tema, Bella?, ¿cómo pudiste pensar que yo...?

—Habíamos roto, yo me había largado a Wellington, estaba deprimida, triste y en baja forma, no me detuve a pensar en nada, ni en analizar nada, solo acepté la peor de las opciones, es decir, que ya no querías saber nada de mí y punto.

—Sabes que eso es imposible.

—Cuando uno está muy mal ve todo desde una perspectiva muy oscura. Tú te has pasado diez días pensando que yo te había ocultado un embarazo cuando sabes, fehacientemente, que sería incapaz de hacer algo así.

—Entonces deberíamos prometernos no dejar pasar nunca más una duda de semejante calibre, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar, como lo hemos hecho siempre, sin tapujos, sin miedos, sin suponer nada, sin dar por hecho nada.

—De acuerdo.

—Si no llega a aparecer Chris, yo... no quiero ni imaginarlo...

—Estoy segura de que al final habríamos llegado a este mismo punto, no sé cuándo, pero lo habríamos hecho.

—Sí, pero él lo ha precipitado y se lo agradeceré siempre. Le debo una, por una vez en su vida ha dejado de mirarse el ombligo y ha sacado la cara por ti.

—Pobre mi hermano, tú y yo sabemos que es un tipo estupendo y noble, y adorable, es muy buena persona y nos quiere a todos un montón, aunque él se empeña en aparentar lo contrario.

—Sí, y si tiene razón y prueba su teoría contra Tricia y sus maniobras para jodernos la vida, le pondré un monumento.

—Bueno, eso ya me parece un poco de ciencia ficción.

—Lo parece, pero no perdemos nada con hacer algunas averiguaciones. No quiero despedir a Tricia sin pruebas, lleva demasiado tiempo trabajando conmigo y tampoco quiero mandarla al paro sin argumentos.

—¿Vas a despedirla?

—Ya no me fío de ella, hace tiempo que no me siento cómodo con ella y ha llegado la hora de

poner las cartas sobre la mesa.

—Vaya...

—Además, si vas a volver a vivir aquí, quiero que sea un espacio solo nuestro y libre de factores negativos externos.

—Oli, yo...

—No voy a permitir que te vayas, ni siquiera tienes un piso donde estar y creo que ya hemos perdido demasiado tiempo viviendo separados. Mañana vamos a recoger tus cosas al ático vacío de tu madre y vuelves a TU casa, porque esta casa es tan tuya como mía.

—Parece que no me dejas demasiadas opciones.

—No, no voy a dejar más opciones abiertas, se acabó andar con pies de plomo y poniendo límites. Ya somos adultos, afrontémoslo de una vez, Isabella, no podemos seguir jugando siempre en contra de nosotros mismos.

Y no había podido rebatirlo, porque estaba cansada de seguir oponiendo resistencia a todo, y se había abrazado a él y se había dejado llevar.

No recordaba cuánto tiempo había malgastado a lo largo de su vida intentando mantener su posición, intentando ser inmune al amor arrasador que le había tocado vivir, pero eso se había acabado. Le había costado muchísimo mudarse con él la primera vez, aunque llevaban toda la vida juntos, pero la segunda, la definitiva, no iba a convertirla en una batalla campal, ya estaba mayor para seguir resistiéndose a lo evidente, y había cerrado los ojos sin más, y llevaba casi una semana de vuelta en “su hogar”, el hogar de los dos, ese que habían diseñado y elegido juntos desde los cimientos.

Ese hogar que pensaba llenar de amor, paz y tranquilidad, que pensaba mantener libre de factores negativos externos, como decía Oliver, convirtiéndolo en un refugio para los dos y para los niños que pudieran tener (y en los que no dejaba de pensar) y al que pretendía volver cada noche, pasara lo que pasara, el resto de su vida.

—Wallabí...

Sintió como giraba en la cama y se le acercaba para abrazarla con brazos y piernas, y lo acurrucó contra su pecho acariciándole el pelo.

—Hola, mi vida, sigue durmiendo, son las dos de la mañana.

—Pues no son horas de llegar.

—Ya, lo siento, es que se ha complicado todo muchísimo.

—¿Estás bien? —se incorporó para mirarla a la cara y ella le dio un beso.

—Sí, perfectamente, solo estoy cansada, la UCI los fines de semana puede llegar a ser una verdadera locura.

—Lo sé, descansa, mañana te dejaré dormir hasta tarde.

—He comido con William.

—Genial.

—Sí y me estuvo hablando de una especialidad en enfermería cardiorrespiratoria que se imparte el próximo trimestre en el mismo St. Vincent. Él es uno de los profesores y me ha ofrecido una plaza.

—¿Vas a aceptarla?

—Ya la acepté, me inscribí de inmediato, es justo lo que estaba buscando.

—Me alegro mucho por ti, cariño.

—Sí, es una suerte... y... también he estado pensando en otras cosas, Oli.

—Mmm...

—El viernes por la mañana fui ginecólogo, me ha quitado las pastillas anticonceptivas, ya no las necesito para regular la regla y... bueno... he estado pensando que, después de todo lo que hemos pasado, pues... si a ti te apetece, yo, igual...

—¿Qué?

—Me gustaría ir pensando en quedarme embarazada.

—¿Perdón? —se sentó de un salto y la miró a los ojos con cara de duda—. ¿En serio?

—Sí, si a ti te parece bien, no tiene que ser ahora mismo, pero...

—Claro que me parece bien, ¿cómo no me va a parecer bien?

—Genial, entonces... ¿podemos intentarlo?

—¡Me cago en la puta, Bella!, tú sí que sabes desvelarme a lo grande.

—Vale, lo siento, mañana hablamos, sigue durmiendo.

—¿Durmiendo yo?, de eso nada, Wallabí, pienso ponerme manos a la obra ahora mismo. No te voy a dejar en paz hasta que te vea embarazada.

—Oliver...

Se echó a reír a carcajadas y él apartó el edredón y la acarició desde las rodillas hasta las caderas con la mano abierta, le subió la camiseta y le tocó el vientre con los dedos muy despacito antes de clavarle los ojos azules con picardía.

—Te voy a hacer unos niños tan guapos, señorita Howard, que no querrás que pare hasta que tengamos al menos media docena.

—Ok, pues, adelante.

El nuevo estadio de los Sydney Roosters, recientemente remodelado con todos los lujos disponibles, era espectacular, y esa tarde en la que el equipo jugaba el último partido de la temporada, bullía con su público fiel y entregado en las gradas repletas de banderas, globos y camisetas azules, rojas y blancas, con cientos de niños emocionados, familias enteras dispuestas a celebrar el nuevo título de Liga de su club, que había arrasado en la *Australian Rugby League*.

Oliver se levantó de la silla preparado para salir a jugar, llegó al pasillo y se asomó al túnel de vestuarios para echar un vistazo a la tremenda algarabía general. Estaba medio Sydney allí, incluida su familia al completo, y una emoción extraordinaria le llenó el pecho, porque ese día no solo iba a jugar para miles de personas, también iba a jugar para su chica que estaba en el estadio, y aquello no tenía precio.

Desde que había empezado a jugar en serio al rugby Isabella había ido a verlo jugar, no se había perdido ningún partido de los suyos durante años, incluso se había hecho animadora en el instituto, aunque no le gustaba nada la idea, solo para cumplir con su deseo de que lo acompañara a todas partes, porque siempre le había encantado tenerla cerca, lo tranquilizaba y a la vez lo estimulaba sentirla a pocos metros, y esa noche, la primera en la que ella volvía al estadio tras años de separación y distanciamiento, pensaba dedicarle cada jugada, cada Ensayo, cada Drop-Goal que pudiera conseguir, porque era la mejor forma de celebrar que volvían a estar juntos, que volvían a ser una sola persona y que, con algo de suerte, pronto también se convertirían en una verdadera familia.

—Te llaman... —Charly, uno de los asistentes del entrenador, le acercó un teléfono inalámbrico y él lo miró frunciendo el ceño—. Es el teléfono del vestuario, dice que es tu cuñado y que es urgente.

—Joder... —respiró hondo y saludó a Chris apartándose de sus compañeros— ¿Qué pasa, Chris?, salgo al campo en diez minutos.

—Lo sé, si estoy aquí, en el palco con toda la familia, por cierto, que geniales tus hermanos, macho.

—Tío, no puedo entretenerme, ¿qué quieres? ¿Bella está bien?

—Perfectamente, con una camiseta oficial de Oliver Watson-Campbell que le llega a las rodillas, pero no encontramos una de su tamaño.

—Ya —mover la cabeza y preguntó la hora a uno de los entrenadores—. Tengo que colgar, lo que tengas que decirme dímelo después, tenemos toda la noche.

—Frederick al fin ha conseguido probar mi teoría, Tricia te hackeó el móvil, creen que lo tenía permanentemente clonado y está que se sube por las paredes porque parte de su trabajo consiste en protegerte de mierdas como esa, así que...

—¿En serio?

—Sí. Teléfono nuevo que tenías, teléfono nuevo que clonaba. También han recuperado tu tráfico de llamadas de hace tres años y encontraron las de Bella y sus mensajes escritos y de voz desde el hospital de Wellington. Me parece que Tricia tiene muchas explicaciones que dar.

—¡Me cago en la puta!

—Te lo dije, capullo, era evidente.

—Está bien, luego hablamos, tengo que salir al campo.

—Si ya lo tenéis todo ganado, no te me estreses, Oli, hoy solo disfruta y luego nos vamos a jugar el *Tercer Tiempo* (3) a uno de los locales del gran Alex Campbell.

—Eso es, ¿está Bella contigo?

—No, he salido del palco, está dentro disfrutando del ambiente. ¿Quieres que se ponga al teléfono?

—No, deja que disfrute, hablé con ella hace diez minutos.

—Ok, suerte, chaval y machaca a esos cabrones.

(3) Se denomina Tercer Tiempo (Third Half en inglés) a una tradición del rugby que “obliga” al terminar el partido (de dos tiempos), a que se reúnan los contrincantes para compartir unas cervezas, comida y unas risas, y confraternizar tras el duro encuentro deportivo.

Le colgó y volvió al vestuario para entregar el teléfono inalámbrico y sacar el móvil de su taquilla.

Estaba demasiado centrado en el partido como para perder el tiempo cabreándose con Tricia, pero sí buscó su número en la agenda y le mandó un mensaje de Telegram escueto y contundente: “Estás despedida, pero ya hablaremos”.

—¡Capitán, salimos!

Gritó uno de los asistentes y él guardó el móvil y salió corriendo al campo, pisó el césped y cientos de gargantas empezaron a corear su nombre a la par que los chicos de la prensa disparaban los *flashes* y los video marcadores ponían su imagen en tamaño XXL como capitán de los Sydney Roosters.

Levantó los brazos saludando a su gente, se acercó a dar la mano al capitán del equipo contrario y luego corrió hasta la zona donde estaban los palcos para saludar a la familia y a Bella, que le tiró besos vestida, efectivamente, con una camiseta de rugby enorme y la cara pintada con franjas azules y rojas. Sonrió y susurró un *te quiero* antes de girar de vuelta al centro del campo para empezar el último partido de la temporada.

—¡Campeones, campeones!

Gritaban sus compañeros en el vestuario, empapados en champagne, y Oliver se sumó a la algarabía una media hora antes de salir a dar la última rueda de prensa de la temporada, para hablar con los medios de comunicación que llenaban la sala de prensa haciendo preguntas y felicitándolo por la excelente Liga que habían hecho. Él se concentró en responder a todo, en posar para las fotos con la copa y en hacer directos para algunas televisiones, y al final acabó debajo de la ducha otra vez, celebrando un poco más antes de dispersarse como el resto para ir a buscar a sus respectivas familias.

El club había previsto una gran cena con fiesta en el mismo estadio, pero Alex se había molestado en organizar algo similar en uno de sus locales de Circular Quay, que había reservado toda la noche para ellos solos, y estaba deseando partir hacia allí para alejarse de tanto revuelo y de tanta foto, y entró en el palco con ganas de coger a la familia y largarse lo antes posible, antes de empezar a agobiarse de verdad.

—¡Oliver!

Gritaron todos al verlo entrar y corrieron para abrazarlo, desde los más pequeñajos a sus hermanos, que también iban con sus camisetas de los Sydney Roosters, pasando por Nancy, Chris, Jackson y su madre, que había aparecido acompañada por su novio, ese tío tan amable que se esforzaba tanto por integrarse en la familia.

—¿Isabella? —Preguntó al cabo de un rato y ella apareció por su espalda para abrazarlo y darle un beso.

—Enhorabuena, cariño, ha sido fantástico.

—Partidazo —Opinaron todos y Alex cogió a su bebé en brazos indicándoles la salida.

—Los coches están esperando, los de seguridad dicen que podemos ir saliendo poco a poco

camino del restaurante, ¿nos vamos?

—Sí, sí, vayamos saliendo.

—Id vosotros primero, el último coche ya lo cogemos nosotros —los animó a todos sujetando a Isabella por el cuello y miró con ojos golosos los aperitivos que aún quedaban repartidos por el palco—. Me muero de hambre.

—Genial, yo voy a ir saludar a una de las animadoras que es amiga mía y luego vengo a buscaros para ir en vuestro coche.

Susurró Chris y desapareció cerrando la puerta, Oliver cogió unos sándwiches fríos de una bandeja y se volvió para observar a Bella, que lo estaba mirando vestida con su camiseta de rugby y una enorme sonrisa.

—¿No tienes un vestido para la fiesta, Wallabí?

—No, ya he visto cómo van las demás mujeres de tus compañeros, pero yo no me iba a traer tacones y una minifalda para ver un partido de rugby.

—Joder, qué bien el silencio —respiró hondo y cerró los ojos para disfrutar del palco vacío y sin ruido.

—Sí, enhorabuena otra vez, mi amor, ha sido un partidazo y ya tienes otra liga en el bolsillo —se acercó y se le abrazó al pecho muy fuerte, él le acarició la espalda y le besó la cabeza aspirando su perfume—. ¿Quieres beber algo?, ¿pido que te traigan alguna cosa?

—No, Wallabí, solo quédate conmigo.

La mantuvo abrazada mucho rato, con los ojos cerrados, hasta que se apartó y movió la cabeza, muerto de la risa, admirando otra vez sus pintas de forofa de los Sydney Roosters.

—¿Qué pasa?, ¿te da vergüenza que vaya a la fiesta así?, si quieres paso antes por casa y me pongo un vestido. Tú vas guapísimo y yo...

—No, Bella, no hace falta, lleves lo que lleves siempre eres la chica más guapa y más sexy del lugar.

—También puedo sacarme los vaqueros y simular que esto es un vestido de cóctel.

Con un movimiento rápido se sacó las botas y los vaqueros ceñidos y se quedó solo con la camiseta de rugby, le guiñó un ojo y él soltó una carcajada.

—Madre mía, es imposible estar más buena.

Dio un paso, la agarró con una mano y la levantó del suelo sin ningún esfuerzo para darle un beso. La sujetó por el trasero y la metió al cuarto de baño tirando los vaqueros en un rincón, cerró la puerta y se abrió sus pantalones mientras ella le desabrochaba la camisa y lo besaba sin parar. En un pis pas estaban en la posición correcta y él la miró a los ojos, esos ojos oscuros tan increíbles, antes de penetrarla apoyando una mano en la pared.

Ella, que era pequeña y flexible, y que lo conocía mejor que nadie, se le pegó al cuerpo y lo besó despacio ondulando las caderas, y luego más rápido gimiendo y suspirando sobre su boca, sin decir nada, solo siguiendo su ritmo, que empezó a ser desbocado demasiado pronto por culpa de la adrenalina disparada que le recorría el torrente sanguíneo.

—Te amo, Bella, no sabes cuánto te...

—Lo sé, mi amor.

—Y si no lo hemos hecho ya, hoy haremos el bebé más precioso del mundo.

Se deslizó con más energía dentro de ella y ella gimió más fuerte, arqueándose para conseguir llevarlo a la locura total. Cerró los ojos y la empotró con fuerza, con intensidad, hasta que llegaron juntos a un orgasmo brutal que lo hizo eyacular con una sonrisa en la boca.

—Madre mía, un día me vas a matar, Wallabí.

—Y tú a mí... ¿qué es eso?

Se puso tensa y prestaron atención al ruido que provenía claramente del palco y que había sonado como un portazo. Oliver la posó en el suelo y se acercó a la puerta para intentar oír lo que estaba pasando, sonaba como una discusión contenida, entre un hombre y una mujer, hasta que un grito de Tricia lo hizo saltar y volverse hacia Isabella con la mano levantada.

—No te muevas.

—Pero ¿con quién discute así?

—No lo sé, pero no me gusta. Es muy inestable cuando está cabreada y no quiero que tú te pongas delante, ¿ok? Voy a ver qué está pasando.

—De eso nada...

—La despedí justo antes del partido, después de que tu hermano me contara lo del informe de Frederick, así que supongo que me busca a mí, no a ti, ¿de acuerdo? Quieta ahí.

—¿Chris ya te contó lo del informe?

—Sí, ¿tú sabes de qué va?

—Perfectamente, me lo enseñó en un descanso.

—Entonces ya sabes cómo están los ánimos. Voy a ver qué coño quiere ahora. Tú vístete y espera aquí.

Se arregló la ropa y salió del cuarto de baño a tiempo de ver como Tricia, que era muy alta, enfrentaba a Chris con intenciones de pegarle.

Christopher Howard no es que fuera un tío enclenque o inútil, todo lo contrario, era un tiarrón muy en forma, perfectamente capaz de defenderse, pero, por supuesto, nunca iba a agredir a una mujer, por muy peligrosa que fuera, así que estaba medio arrinconado contra la pared intentando dialogar con ella.

—¡Tricia, ¿qué coño estás haciendo?!

Le gritó por la espalda y ella saltó, se dio la vuelta y lo señaló con un dedo echando espuma por la boca.

—Hijo de la gran puta, Oliver, puto cobarde de mierda, que para despedirme no has tenido huevos ni de mirarme a la cara.

—Oli, pensé que ya os habíais ido —susurró Chris mirando hacia el cuarto de baño y él se giró para ver a Isabella de pie, blanca como el papel, junto a la puerta.

—Bella, sal de aquí, espérame fuera o mejor en el coche. Vamos, cielo.

—Eso, Isabella —masculló Tricia en tono burlón—, vete con tus gilipollices de princesita de cuento a otra parte, que aburres mucho.

—No hables así a mi hermana o juro por Dios que no respondo —Chris se le puso delante y ella soltó una carcajada.

—¿Me vas a pegar, Chris?, siempre te ha gustado el sexo duro, ¿te apetece pegarme?, porque si lo haces tú yo me dejaría encantada.

—Chris —Oliver le puso una mano en el hombro y tiró de él—. No vale la pena, solo está provocando, salgamos de aquí. Y tú, Tricia, cuando quieras hablar conmigo tranquilamente, para explicarme por qué cojones has clonado mi teléfono y te has empeñado durante años en joderme la vida, me llamas.

—¿Qué yo he hecho qué?!

—Tenemos un amplio informe sobre tus maniobras, de todas ella, y a estas horas mis abogados ya estarán redactando una denuncia contra ti. Te voy a demandar por tantas cosas que es mejor que no te la juegues más conmigo, con ninguno de nosotros, porque si no, no voy a parar hasta meterte en la cárcel.

—¿Eso es mentira!, ¿de dónde sacas eso?, ¿has sido tú, Bella?

—No, he sido yo —respondió Chris buscando sus ojos—. Yo lo he destapado todo, estos dos son demasiado buenas personas para imaginar que existe gente como tú suelta por el mundo.

—¿Serás hijo de la gran puta, Chris Howard!, ¿cómo te atreves a acusarme de nada?, ¿a mí?, que llevo toda la vida haciéndote favores...

—El único favor que te he pedido en la vida es que me dejaras en paz.

—A la mierda los tres, solo sois una panda de aprovechados que me habéis utilizado siempre, y todo por tu culpa, Isabella, que nunca me has permitido estar con tu hermano o ser parte de vuestro súper club privado.

—Yo nunca te he hecho nada, Tricia.

—No, no, claro, solo interponerte entre nosotros.

—¿En serio?, ¿cuándo?

—Siempre, contantemente, porque nunca has querido compartir a tu hermanito con nadie.

—Eso no es verdad.

—Es la pura verdad. Te encanta acaparar a todo el mundo, especialmente a este par de gilipollas —bufó señalándolos con el dedo—, que son incapaces de ver la clase de zorra que eres.

—¿Eh!, ya está bien —saltaron los dos y Tricia se echó a reír a carcajadas.

—Uy, ¿qué pasa, hijos de puta?, ¿qué me vais a hacer, payasos?

—Cómo sigas insultando a mi hermano y a Oliver te voy a partir la cara, estás avisada —Bella se escabulló entre los dos y se puso delante de ella cuadrando los hombros y con los puños cerrados.

—¿Tú y cuántos más, ENANA?

—¡Hija de puta! —se lanzó como una fiera contra ella, pero Oliver la agarró al vuelo por la cintura y la puso a su espalda intentando que lo mirara a los ojos.

—Bella, por favor, amor... mírame, mírame, no vale la pena, ¿Ok?, no vale la pena. Vamos, salgamos de aquí.

—¿Ves?, ahí sin mover un dedo y protegida por el mundo entero, como si te fueras a romper, cuando yo sé que detrás de esa imagen de muñequita perfecta que tienes no hay más que una cabrona retorcida.

—¡Oliver, no! —Chris lo agarró por el brazo para evitar que la estrangulara y luego la miró a ella entornando los ojos—. Tía, una palabra más y te llevo a rastras a una comisaría, te lo juro por Dios, no voy a consentir ni una palabra más contra mi hermana. Si tienes algo que decirme salgamos fuera y vomita toda tu bilis contra mí, pero a Isabella y a Oliver los dejas en paz.

—No la pienso dejar en paz, porque ella nunca me ha dejado en paz a mí y siempre me ha despreciado, me ha impedido acercarme a ti.

—Jamás en mi vida te he hecho daño, Tricia —susurró Isabella—. Jamás he hablado en tu contra, ni a Oliver, que te ha tenido contratada muchos años, aunque a mí me cayeras fatal. Nunca te he despreciado y, por supuesto, jamás te he impedido acercarte a Chris.

—¿Estás segura?. Te pedí mil veces que me apoyaras para estar con tu hermano, que hablaras con él, incluso cuando me quedé embarazada y él dijo que no era suyo y que pasaba de mí, tú...

—¿Qué?

—Ni siquiera mi hermana iba a conseguir que me enamorara de ti, Tricia, o que aceptara un hijo que era imposible que fuera mío porque NUNCA ME HE ACOSTADO CONTIGO —bramó finalmente Chris y Tricia se sonrojó hasta las orejas.

—Claro que sí, en el Territorio Norte durante...

—Suficiente, vámonos —decidió Oliver viendo el cariz que estaba tomando la discusión y agarró a Bella de la mano para salir de allí.

—Eso, iros a la mierda los tres, os voy a demandar a todos por acoso y maltrato psicológico, y a ti, capullo lamentable, por despido improcedente.

—Genial, pero primero tendrás que responder delante de un juez por haber invadido mi intimidad durante años.

—Jamás probarás eso.

—Ya veremos. Chris, vamos.

Respiró hondo y abandonó el palco con el pulso acelerado y buscando con los ojos a su escolta, que no estaba por ninguna parte. Llegaron a la línea de ascensores y Tricia volvió a hablarles por la espalda.

—¿Cuánto crees que os durará esta vez, Bella?

—Déjanos en paz.

—En serio, ¿serás capaz de aguantar a la nueva amante de turno o a algún hijo ilegítimo que se vea obligado a reconocer?, ¿eh?, porque lo llevo protegiendo muchos años, pero ahora voy a sacar a

la luz todos sus trapos sucios.

—Cállate, tía loca, esto ya es patético —Chris se interpuso para evitar que los tocara y ella se echó a reír.

—Oliver es igual que su padre, Isabella, es igualito a John Campbell, va dejando su semillita por ahí, no puede evitarlo. Te querrá mucho, pero en la cama, ya sabes, nunca tiene suficiente, y un día, antes o después, te enterarás de que tiene hijos con otra.

—Gracias por tus advertencias, Tricia, eres muy amable, y no te preocupes, pase lo que pase en el futuro, nosotros sabremos afrontarlo juntos.

—Puta arrogante, te mereces todo lo malo que te pase.

—¡Ya está bien! —Chris la empujó por el hombro y ella escupió al suelo.

—Panda de patéticos, los tres, os voy a joder vivos.

Se echó a reír a carcajadas, completamente fuera de sí, y se dedicó a soltar todos los improperios que se le ocurrieron hasta que aparecieron los escoltas y varios agentes de seguridad del estadio para rodearlos y sacarlos de allí camino del aparcamiento.

En cuestión de segundos la perdieron de vista, aunque durante unos minutos le siguieron temblando las rodillas de la impotencia y la rabia, y llegó a la furgoneta que los estaba esperando en silencio, sin soltar a Bella de la mano, hasta que ella lo detuvo en la puerta del vehículo y lo miró de frente.

—Lo que le he dicho es cierto, no sé qué contará o qué trapos sucios pretende destapar Tricia, pero, te doy mi palabra de honor, Oli, no me importa, pase lo que pase, lo afrontaremos juntos. ¿De acuerdo?

—No me preocupa lo más mínimo lo que tenga que contar, porque no hay nada que tenga que contar, ahora mismo lo único que me preocupa es que no vuelvas a intentar pegar a alguien mucho más grande que tú —Le guiñó un ojo y ella se echó a reír a carcajadas.

—¿Podemos olvidarnos ya de Tricia y empezar a divertirnos de una vez? —Preguntó Chris haciendo una venia hacia el coche y los dos asintieron.

—Sí, vámonos, ya es hora de que empecemos a divertirnos.

EPILOGO

Tres meses después

Se miró en el espejo del cuarto de baño y se sintió muy sexy con esa lencería blanca tan bonita que le había traído su tía Rose de Londres. Era carísima, una verdadera fortuna invertida en encaje de Irlanda y seda natural, pero valía la pena para una vez en la vida, le había dicho ella, que era una de las personas más ilusionadas con su boda.

Se dio la vuelta para inspeccionarse bien y decidió que le quedaba de maravilla. Se ajustaba de una forma increíble a cada curva de su cuerpo y llevaba esos *culottes* tan sensuales que a Oliver encantaban, así que se dio el visto bueno y cogió un pastelito de nata antes de volver a la suite donde la estaban esperando para ayudarla con el vestido de novia.

Tomó el bocadito de hojaldre y crema de Chantilly y sonrió ante la casualidad, porque su traje de novia también era de Chantilly, concretamente de encaje de Chantilly. Una verdadera joya que le habían hecho a medida a su madre hacía treinta y seis años en la casa Dior de París, cuando aún era una preciosa y rica heredera australiana que había pillado a un conde inglés para casarse. Un conde medio arruinado, pero un conde al fin.

La historia de amor de sus padres tenía mucho de cinematográfica, porque les había pasado de todo y habían acabado separándose, pero, aún así, desde bien pequeña había decidido que si llegaba a casarse alguna vez lo haría con el vestido de novia de su madre, porque era de ensueño. De hecho, se lo habían pedido más de una vez para alguna exposición de Dior en Londres o en Sydney, y siempre le había maravillado verlo fuera de su elegante funda y escrutar cada botoncito, cada bordado, cada dibujo del encaje, y tocar la seda salvaje con el que estaba forrado, así pues, cuando Oliver y ella habían decidido casarse de la noche a la mañana, no había tenido dudas, había pedido prestado el traje y su madre se lo había cedido emocionada.

Sólo habían tenido que ajustarlo un poco, pero nada más, las dos tenían más o menos la misma talla y, aunque su tía Rose y su padre juraban que ella era Howard por los cuatro costados, igualita a su abuela Isabella, ilustre condesa de Clarendon, la realidad es que cada vez se veía más parecida a su madre y la prueba irrefutable era el vestido de novia, que le quedaba como hecho a medida.

Miró el reloj por última vez antes de sacárselo, comprobó que le quedaban cuarenta minutos antes de empezar la ceremonia y tuvo el impulso de llamar a Oliver para ver cómo estaba, porque se había pegado una escapada de dos días con sus hermanos, con Chris y cuatro de sus mejores amigos a Hyams Beach para surfear y salir de juerga, y aún no lo había visto.

Sabía que habían llegado de madrugada al hotel del resort donde celebraban la boda, donde a William y a Alex los esperaban sus respectivas mujeres embarazadas de ocho meses, y sus hijos, pero él no había podido subir a verla, no lo habían dejado ni Liz ni Nancy, que se habían negado en redondo a permitir que los novios durmieran la víspera del enlace en la misma habitación.

Era un poco absurda tanta ceremonia teniendo en cuenta que llevaban juntos toda la vida,

que compartían casa y que ella estaba embarazada de tres meses, pero ambas se habían empeñado y para no discutir habían acabado aceptando la separación momentánea, y él se había instalado en la planta de los amigos y de la familia recién llegada de Escocia, sus tíos Fiona y Sean, y sus primos Ewan y Kyle, que habían aparecido hacía veinticuatro horas en un avión privado con sus respectivas familias.

Una gran locura de personas, todas con muchas ganas de divertirse, y que llenaban todas las plantas de ese resort de lujo que habían reservado para su boda.

Al principio, cuando al fin habían decidido pasar por el altar, animados por la feliz noticia de su embarazo, habían pensado celebrar una boda pequeñita e íntima, sin embargo, con el paso de las semanas habían ido sumando un montón de invitados y finalmente Liz había propuesto hacerla en ese precioso resort de las afueras de Sydney, donde además de oficiar una ceremonia y ofrecer un banquete nupcial, podrían acoger a sus invitados (especialmente a los que venían de lejos) durante un fin de semana completo, y eso estaban haciendo, preparándose para disfrutar con la familia y los amigos de tres días enteros de relax y diversión en la más estricta intimidad. Intimidad salvaguardada por el propio resort, que se estaba esmerando al máximo en proteger la discreción y la seguridad de todo el evento, que era algo primordial para ellos.

Pensar en el tema de la protección, que era algo que el equipo de escoltas de Oliver había reforzado el triple desde que habían descubierto los agujeros de seguridad provocados por Tricia, la hizo sentir un pequeño vértigo, porque no podía olvidar a esa mujer, no podía como pretendían Oliver y su hermano, y aquello la desestabilizaba un montón.

Tricia O'Neal, que en lugar de disculparse y aceptar el delito que había cometido y que habían documentado con cientos de pruebas delante de la policía, se estaba dedicando a injuriarlos y a calumniarlos en la prensa y las televisiones de todo el país, y no solo a Oliver o a ella, sino también a sus padres, a los que llamaba sin ningún reparo “nobles de pacotilla y muertos de hambre que vivían de la caridad ajena”, provocando un daño innecesario a toda la familia, por supuesto a su madre que no le había hecho nada, pero sobre todo a su pobre padre, que estaba arruinado, sí, pero que seguía llevando con dignidad y respeto el antiquísimo título nobiliario de su familia.

Aquello sí que no se lo podría perdonar en la vida y, aunque los abogados aseguraban que los iba a tener que indemnizar después de rectificar públicamente sus injurias y calumnias, ella solo quería tenerla enfrente para decirle unas cuantas verdades, porque era la peor persona que había tenido la mala suerte de conocer y tanta maldad no se podía ignorar, ni pasar por alto. Por supuesto, no buscaba venganza ni hacerle daño, pero sí quería enfrentarla y explicarle por qué no la quería nadie, ni si quiera Chris, que nunca había tenido reparos en acostarse con cualquiera, pero que a ella había rechazado sistemáticamente desde los diecisiete años.

En su cabeza repasaba muchas veces lo que le quería decir, porque estaba furiosa, pero no se lo había contado a nadie, menos a Oliver, que decía estar demasiado feliz y agradecido con la vida como para amargarse por culpa de semejante personaje.

Y en parte tenía razón, porque realmente tenían muchos motivos para estar contentos, el primero su bebé, que, si todo iba bien, iba a nacer dentro de seis meses.

La noticia de su embarazo no los había pillado del todo despistados, porque llevaban un tiempo buscándolo a conciencia, así que cuando el médico les había confirmado que estaba

embarazada solo habían atinado a abrazarse sin decir demasiado, no hacía falta, los dos lo estaban esperando con los brazos abiertos porque era el hijo más deseado del planeta, decía Oliver, y tanto ellos como sus familias no podían estar más ilusionados con su llegada.

Al parecer, lo habían concebido en la final de la *Australian Rugby League*, en el estadio de los Sydney Roosters, no estaban al cien por cien seguros, pero ambos querían creerlo, y desde que el médico le había confirmado su estado de buena esperanza había empezado a cuidarse mucho más. No tenía por qué repetirse un aborto, ni tener un embarazo de riesgo, lo sabía, pero también era consciente de que necesitaba meter el freno en el trabajo, apartar los turnos dobles y descansar más, como también necesitaba bajar el nivel de estrés en lo referente a su familia y a todo lo demás.

Si miraba hacia atrás llevaba unos años durísimos entre las rupturas con Oliver, sus cambios de país, sus excesos en el trabajo, la enfermedad de su madre y la montaña rusa emocional en la que se había visto inmersa, pero había llegado el momento de parar y lo estaba haciendo gracias sobre todo a Oliver, a su amor, a la buena salud de su madre, que estaba mejor que nunca, y a la paz que le daba haber recuperado su verdadero equilibrio, ese que estaba indudablemente ligado a Oliver, con él en cualquier rincón del mundo, aunque lo habían asentado en su casa Mona Vale, donde tenían el mejor hogar que podían desear.

—Cariño, ¿estás bien?

Preguntó su madre tocando la puerta y ella volvió a la realidad mirando la hora.

—Sí, mamá, lo siento, se me ha ido el santo al cielo —salió a la suite y miró a su madre, que iba espectacular con un vestido en tonos verdes, muy elegante y preciosa como siempre—. Vaya por Dios, estás increíble.

—Bueno, me he arreglado un poquito. Vamos, súbete al taburete.

—Aún no has engordado un gramo, estás tan guapa, cariño —Le dijo su tía Rose acercándose para ayudarla con el vestido y ella le guiñó un ojo a través del espejo.

—Vosotras sí que estáis guapas.

—Las mujeres Howard apenas engordan con los embarazos, seguro que a ti te pasará lo mismo.

—No sé si las mujeres Howard han traído al mundo muchos hijos de tiarrones australianos como Oliver, querida, así que no adelantemos nada —refunfuñó Nancy y después se la quedó mirando con la boca abierta—. Santa madre de Dios, mi vida, nunca había visto a una novia tan guapa. Estás perfecta.

—Perfecta —Repitió Rose tragando saliva.

Las dos se cogieron de la mano con lágrimas en los ojos y la peluquera se acercó para repasar el moño romántico que le había hecho y que iba adornado con unas margaritas diminutas, sin velo, porque le había parecido excesivo para una boda a orillas del mar.

—No está mal para una boda organizada en dos meses —Bromeó alisándose la falta del vestido y les sonrió a todas a través del espejo.

—Yo creo que Liz y yo veníamos organizando esta boda desde que nos conocemos.

—Mamá...

—En serio, para qué nos vamos a engañar.

—¡Joder! Menudo bellezón, a Oli le va a dar un infarto —soltó Chris irrumpiendo en la suite vestido de punta en blanco con su chaqué, y las tres dieron un salto.

—Tesoro, ¿siempre tienes que decir tantas palabrotas?

—Sí, tía Rose, es parte de mi encanto —besó a su tía y a su madre en la mejilla y luego se acercó a ella para ofrecerle la mano—. Papá viene en seguida, si queréis, vosotras id bajando, yo me quedo con mi hermanita hasta que haya que escoltarla al altar.

—Muy bien, ¿lo tienes todo, cariño?

—Sí, la liga azul que me regaló Liz, la pulsera de la abuela y tu vestido, que es lo prestado. Todo en orden.

—¿Ya no tienes hambre?

—De momento no.

—¿No estás nerviosa?

—No, la verdad es que no, solo quiero que pase rápido para empezar a celebrarlo.

—Y para la luna de miel —masculló Chris.

—Estupendo —su madre suspiró y se le acercó para darle un beso—. Te quiero tanto, hija, estoy tan orgullosa de ti y de Oli, de los dos, que vais a formar una familia maravillosa.

—Vale, pero no llores o me vas a hacer llorar a mí.

—Muy bien, vamos, Nancy. Ahora te vemos, mi amor. Es imposible estar más guapa, que Dios te bendiga —Le dijo su tía enjugándose una lagrimita y agarrando a Nancy para salir de la suite.

—Chicas, ahora me siento con vosotras y luego me tenéis que conceder un par de bailes ¿eh?, que estáis matadoras. Si no fuerais mi madre y mi tía seguro que intentaría ligar con vosotras.

—¡Christopher!

Protestaron las dos muertas de la risa y salieron cerrando la puerta, Bella miró a su hermano y le alisó la chaqueta admirando lo elegante que lucía cuando se arreglaba un poco. Tenía porte de caballero inglés, aunque él lo negara y se burlara de esas cosas, y le puso bien uno de sus gemelos de plata antes de mirarlo a los ojos.

—¿Has visto a Oliver?

—Sí, está radiante y nervioso el cabrón, cuando la mercancía ya la tiene más que probada.

—¡Chris!

—Es verdad, ya sabemos que os casáis de penalti.

—Ya, muy gracioso, venga, vamos a ver qué hace papá.

—Está fuera, no te preocupes... oye...

—¿Qué?

—¿Sabes quién es la chiquita española encargada de las flores?, apenas controla el inglés y...

—Es una prima de Sophie, la mujer de William, lleva poco tiempo viviendo en Australia y ayuda a los padres de Sophie en su vivero, pero me parece que habla bastante bien inglés, ¿por qué?

—Porque es una preciosidad.

—Ahora es familia, así que apártate de ella.

—¿Familia?, a William Campbell lo conozco desde hace cuatro meses como mucho.

—Sí, pero es el hermano de Oliver y no quiero que su mujer deje de hablarme por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Ay, Chris, no te hagas el inocente ahora.

—Princesa, ¿bajamos ya? —su padre entró en la suite y en seguida se emocionó mirándola de arriba abajo—. Dios mío, si tu abuela pudiera verte, eres su vivo retrato, cariño, y no ha habido noble dama más hermosa en toda Inglaterra.

—Papá...

Hizo un puchero, pero él se le acercó sonriendo, le pasó un pañuelo y luego le ofreció el brazo.

—Vamos, princesa, que tu hombre te está esperando impaciente.

Se agarró a su brazo admirando lo guapo y elegante que iba, y caminó por el pasillo muy cómoda, porque el vestido era liviano y muy fácil de llevar, pero con muchas mariposas en el estómago, y entraron en el ascensor con Chris, que al llegar al hall principal le dio un beso en la frente y luego los dejó solos para ir a buscar su asiento.

Se aferró más al brazo de su orgulloso padre, que tenía los ojos húmedos, y la *wedding planner* le hizo un gesto hacia la entrada de la enorme terraza blanca, abierta al mar, donde ya estaban todos los invitados sentados en sus respectivos asientos, y Oliver, el amor de su vida, guapísimo y sonriente del brazo de su madre, de pie junto al altar de madera tallada que habían elegido con tanto esmero.

Respiró hondo y avanzó sintiendo la música suave y discreta que empezaba a acompañar su corto paseo hacia su futuro marido, temblando de arriba abajo, y saludó a algunos de sus invitados, a sus amigos y a la familia, con una sonrisa nerviosa, hasta que llegó al pie del altar y su padre la abrazó antes de coger su mano y entregársela a Oliver, que se la apretó muy fuerte buscando sus ojos.

—Al fin estamos aquí, Wallabí —susurró besándole los dedos y mirándola con esos ojos azules tan hermosos, y ella le agarró la mano y también se la besó.

—Al fin, mi amor.

—Dieciséis años de noviazgo es más que suficiente. Ya puede empezar, reverendo, que llevo demasiado tiempo esperando.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebrities y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas.

Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano. La SERIE ESCOCESSES, dedicada a cuatro escoceses del siglo XXI, ANDREW, DUNCAN, EWAN y KYLE, y la SERIE AUSTRALIA, que nos cuenta la historia de tres hermanos que se conocen tras la inesperada muerte de su padre y que incluye los libros WILLIAM, ALEX y OLIVER.